

DA  
SE  
CIÓN

ALFONSO DE LIMA

FILOSOFÍA

ORAL DE

34

B561MA

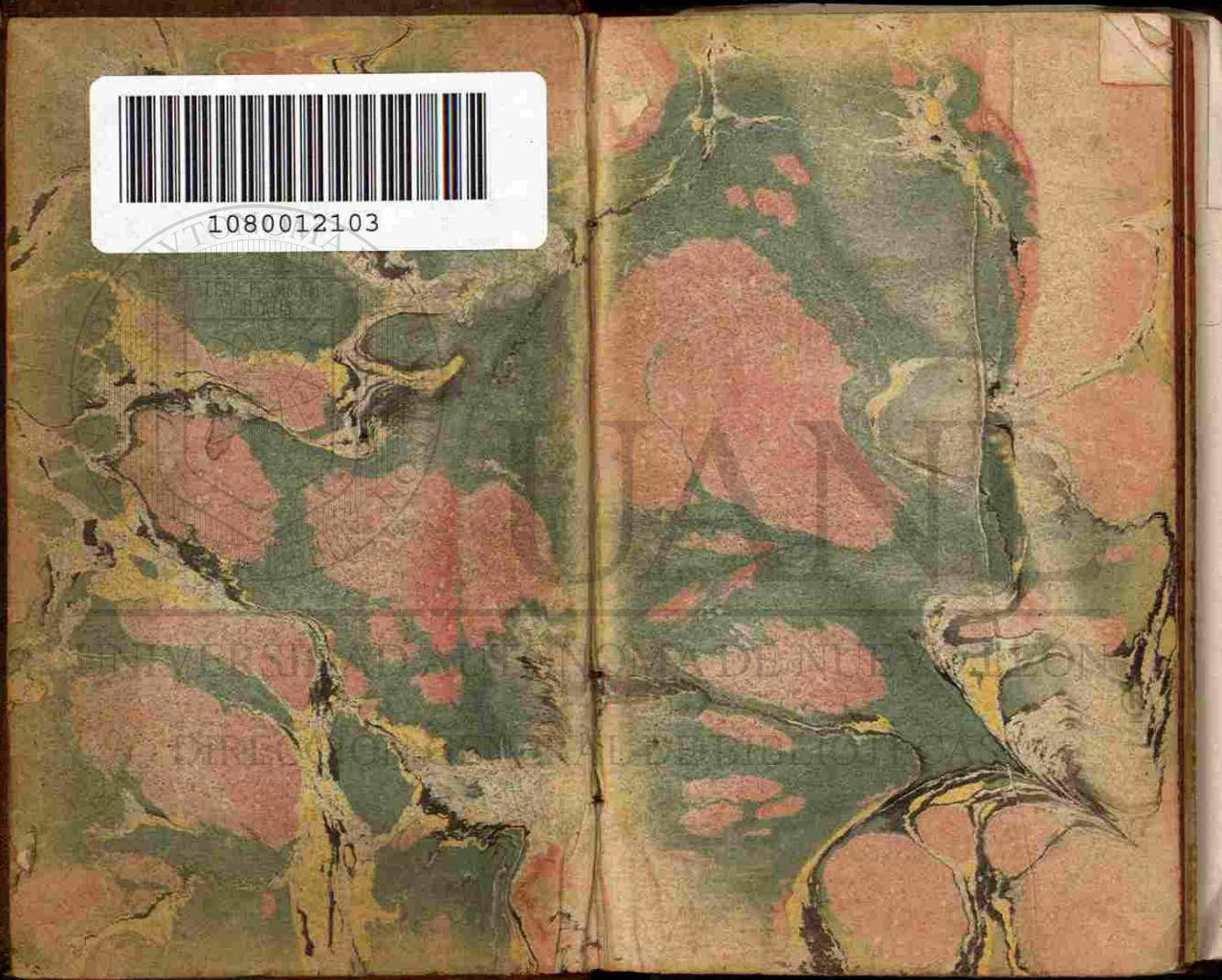
.M4

A7

R. C.



1080012103





---

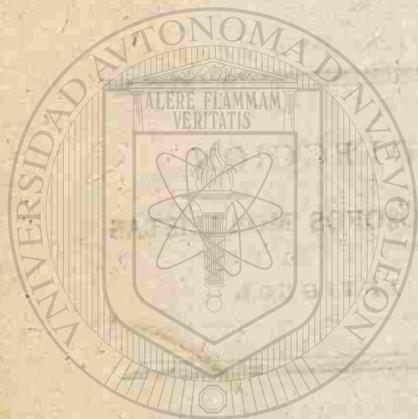
COLECCION  
DE FILÓSOFOS MORALISTAS  
ANTIGUOS.

---

---

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

®



# MANUAL DE EPICTETO,

TRADUCIDO DEL FRANCÉS

AL CASTELLANO

P O R

*D. Enrique Ataide y Portugal.*

TOMO TERCERO.

---

Se incluyen al fin las Vidas de Teo-  
frasto y la de Menandro, y sus  
respectivos Pensamientos morales.

---

CON LICENCIA.

En Madrid, en la Oficina de AZNAR. ®

AÑO M.DCCC.II.

Se hallará en la Librería de Castillo,  
frente á las gradas de S. Felipe.

B561

M4

A7



FONDO HISTÓRICO  
RICARDO COVARRUBIAS

156983

[5]

DISCURSO

PRELIMINAR.

Para conocer los verdaderos principios de una secta religiosa ó filosófica, antigua ó moderna, no hay que buscarla en las obras de un solo autor, porque no se formaría de ella sino una idea tanto mas imperfecta, quanto, á pesar del espíritu general y dominante de la secta, á la qual nos arrimamos, suele hacerse una filosofía, como nos formamos una religion, segun el temperamento, el carácter y las pasiones. Pascál, devoto atrabiliario y melancólico: Fenelón, piadoso, sensible y tierno; pero los dos, igualmente

A 3

B561

M4

A7



FONDO HISTÓRICO  
RICARDO COVARRUBIAS

156983

[5]

DISCURSO

PRELIMINAR.

Para conocer los verdaderos principios de una secta religiosa ó filosófica, antigua ó moderna, no hay que buscarla en las obras de un solo autor, porque no se formaría de ella sino una idea tanto mas imperfecta, quanto, á pesar del espíritu general y dominante de la secta, á la qual nos arrimamos, suele hacerse una filosofía, como nos formamos una religion, segun el temperamento, el carácter y las pasiones. Pascál, devoto atrabiliario y melancólico: Fenelón, piadoso, sensible y tierno; pero los dos, igualmente

A 3

[6]

convencidos de la verdadera existencia de Dios, no tenían de él la misma idea, y no le veían baxo el mismo aspecto: la idea general y abstracta era necesariamente la misma; pero la idea particular era muy diferente. Lo mismo sucede con todos los objetos: estos tienen qualidades generales y comunes, que todos los hombres perciben, poco mas ó menos, del mismo modo, y de acuerdo convienen en su existencia; pero las ideas particulares que estos objetos excitan actualmente en su espíritu, las que despiertan, frecuentemente bien distantes las unas de las otras, las impresiones que dexan en el cerebro ó la substancia encerrada en la cabeza; no solo varían de un individuo á otro en el mismo ins-

[7]

tante, sino en el mismo individuo considerado en dos instantes, ó en dos estados diversos: como, por exemplo, en el estado de la salud ó de la enfermedad; en la juventud, en la madura edad ó en la vejez, &c. &c. No hay que admirarse de la poca uniformidad que reyna en los principios de los antiguos filósofos, como nos han sido transmitidos por sus discípulos. De estos diferentes principios, los unos se han dulcificado, corregido y cambiado, y los otros han sido exâgerados, y llevados al extremo, segun la organizacion fuerte ó endeble, y el espíritu circunspecto ó atrevido de aquellos que fundaban en ellos su filosofia.

Para no hablar aquí sino de

A 4

la moral de Zenón, es evidente, según lo que precede, que ésta, ni fué, ni pudo ser la misma para todos los Estoicos; y lo es igualmente, que no se le nota el mismo carácter en sus escritos. En general no hay filósofo alguno, ni teólogo tampoco, que haya conservado en toda su pureza la doctrina de su maestro; y tampoco podría atribuirse al uno y al otro, aunque dixeran las mismas cosas, y se sirvieran de los mismos terminos. Séneca declara en varios lugares de sus obras (1), que él busca la verdad sin guía: "Yo

(1) Véase el tratado de la Vida dichosa, cap. 3, y la Carta 45.

„no me sujeto á nadie, dice,  
 „yo me permito el tener un pa-  
 „recer: en sujetándose al de un  
 „solo autor, ya no somos de  
 „una secta, sino de una faccion.  
 „Yo respeto los pareceres de  
 „los hombres grandes, sin pres-  
 „cindir del mio." Es verdad que se encuentran en las reflexiones de Marco Antonino las máximas fundamentales del estoicismo; pero tan presto restringidas, y tan presto generalizadas, según juzgaba que estas alteraciones diferentes eran necesarias para desenvolver, aclarar ó rectificar los principios que había aprendido para arreglar su conducta.

Epicteto parece ser de todos los discípulos de Zenón, el que menos se apartó de sus ideas. Es un error el creer que él le

haya (1) abandonado sobre el artículo del suicidio; dogma común á todos los filósofos de esta secta (2); y puede añadirse, y á toda la antigüedad. La teología pagana no lo enseñaba expresamente; pero estaba en al-

(1) Uno de sus traductores ha sostenido esta extraña paradoxa; pero con pruebas mas especiosas, que sólidas. Véase la nota siguiente.

(2) Véase á Arrián, lib. 1, cap. 9, 24 y 25, y el l. 4, c. 10, de Séneca, epist. 12; y sobre todo, epist. 70. Por lo que hace á Marco Aurelio, no citaremos sino este pasage de sus reflexiones: «Sal de la vida, si te se hace importuna; »pero sal de ella sin quejarte, y »sin murmurar, como de un quarto que humea.»

gun modo consagrado por un largo uso, mas ó menos en vigor, segun los tiempos, y porque las leyes (1) no dexaron de

(1) Todo el mundo sabe que la ley Romana no señalaba pena alguna contra el suicidio; y lo que no es menos reparable es, que todas las causas que podian llevar al hombre al extremo de darse la muerte, están previstas y estipuladas en esta ley que sigue: *Si quis impatientia doloris, aut tædio vitæ, aut morbo, aut furore, aut pudore, mori maluit, non animadvertatur in eum.* Véase el Digesto, libro 48, tit. 21; y el Código, lib. 9, tit. 50, *de Bonis eorum, qui mortem consciverunt.* Ha habido naciones enteras que han mirado el suicidio como permitido. Entre los Embaxadores Indianos que Augusto recibió

tolerarlo, á no ser en el reynado de algunos Emperadores, á quienes la avaricia dictó sobre este objeto, reglamentos particu-

bió en Samos, de parte de Pandion y de Poró, Reyes de las Indias, se halló un filósofo de la misma nacion, que habiendo vuelto con el Emperador á Atenas, se hizo quemar en una hoguera, por no exponerse, decia, á los caprichos de la fortuna, y á la inestabilidad de las cosas humanas. Púsose sobre su sepulcro este epitáfio: "Aquí yace »Zarmanochégas, Indiano de Barga, que segun el antiguo uso »de su nacion, se ha dado la muerte á sí mismo." *Apud Strab. geogr. lib. 15, p. 1048. edit. Amst. 1707. Confer. que Dio, in August. l. 54, cap. 9, pág. 739, ed. Hamb.*

lares, en los quales el interés tuvo mucha mas parte que el de la religion (1).

(1) Luego que aquellos que se quitaban la vida á sí mismos, eran acusados ó juzgados culpables de un crimen cuya conviccion prescribia la confiscacion, sus bienes eran aplicados al Fisco; y en el caso en que el crimen, por el qual se habian quitado la vida, no se sujetase á la confiscacion, se le entregaban al heredero legitimo: ley iniqua, arbitraria, y puramente fiscal, que ponía todos los bienes de los ricos en las manos del tirano, cuya avaricia jamás dexaba de hallar pretextos para hacer acusar y declarar culpables de crímenes grandes á todos aquellos que tenia interés de perder. Véase el Rescripto de un Emperador, citado en el Di-

ges-

El Manual de Epicteto encierra el resumen de su filosofía, ó mas bien el del Pórtico, del qual fué el realce y el apoyo. También tenemos sus discursos morales, recopilados igualmente por Arrián, los cuales pueden mirarse como una especie de comentario de su Manual; con esta diferencia, que aquí es el autor mismo el que desenvuelve, explica y aclara sus propias ideas, en vez de que frecuentemente los intérpretes no entienden las que comentan, ó no ven sino un lado del objeto, quando sería preciso el mirarle por

*gesto, lib. 48, tit. 21. Ley 3, §. 1, 2 y 3, ff. De Bonis eorum, qui ante sententiam, mortem sibi consciverunt.*

todas sus partes, y penetrarle, por decirlo así, todo entero, de una mirada.

Pocas relaciones nos quedan de la vida de Epicteto. El tiempo, y aun mas la ignorancia y la superstición, que han hecho perecer tantos monumentos preciosos de la antigüedad, frutos del ingenio y de la libertad, han destruido aquel que Arrián (1) habia elevado á la gloria de su ilustre maestro. Lo que puede concluirse de varios hechos esparcidos en los historiadores, y lo que en el fondo nos importa

(1) El habia compuesto una vida muy circunstanciada de Epicteto. Véase el Prefacio de Simplicio sobre el Manual.

[ 16 ]

mas el saber, es, que en el siglo tempestuoso y corrompido, donde, por observarlo de paso, apenas se hallaban gentes honradas sino entre los Estoicos, Epicteto se manifestó siempre amigo del orden y de la virtud; tan verdad es, como lo dice Marco Antonino, que por todas las partes en donde se puede vivir, se puede vivir bien (1). Pero bien diferente de los Sacerdotes del Paganismo, cuyas acciones estaban sin cesar en contradicción

---

(1) Hablando Tácito de la conducta de Agrícola, báxo el reynado de Domiciano, dice en el mismo sentido: *Sciant quibus moris illicita mirari, posse etiam sub malis principibus magnos viros esse.* In Agricol. cap. 42.

[ 17 ]

con sus preceptos: Epicteto no se ciñó á perfeccionar la teoría de los deberes; hizo mas, los practicó, y siguió sus costumbres con toda la austeridad de sus principios especulativos. Él fué buen amigo, buen ciudadano, vasallo fiel, y lo que sobre todo merece notarse es, que amó y observó su regla mientras vivió con igual fervor al de un novicio. Nadie como él ha simplificado la moral: él reduxo las mas útiles lecciones de ella á esta fórmula, que ciertamente forma un gran sentido: "Abstenerse, y sufrir."

Para juzgar bien la fuerza y el resorte que prestan al alma el desprecio de la muerte y del dolor, y para conocer todas las ventajas de una educación pública y

Tomo III.

B

nacional, que tuviera por base este principio, que puede mirarse como la causa primera de todo lo que los Romanos han hecho de bueno, de útil y de grande, es necesario leer á Epicteto: allí se ve la calma y la serenidad en la desgracia y en los reveses de la vida: la elevacion de los sentimientos en la servidumbre y el abatimiento: el valor en los sufrimientos: la paciencia en la miseria y en la pobreza: el perdón de las injurias; en una palabra, todas las virtudes cuya práctica exige los mayores sacrificios llevados á un punto de perfeccion que admira, pero que prueba al mismo tiempo, que la naturaleza habia hecho á Epicteto estoico, así como Cynico á Diógenes. El estoicismo

era en él, por decirlo así, una virtud de temperamento; y podría asegurarse, que esta doctrina, tan dura y tan severa, que parece que Zenón no habria seguido sino por razon, Epicteto la hubiera encontrado por instinto: ella resultaba de su constitucion física. En efecto, el estudio, la meditacion, la opinion, la costumbre, el amor de la gloria, la esperanza de vivir en la memoria de los hombres, la sola cosa, dice un antiguo, que puede consolar la brevedad de la vida, el deseo bastante general de hacer honor á la doctrina que se profesa, con su virtud y sus sacrificios, para representarla mas respetuosa á los ojos del pueblo; estas diferentes causas puramente morales, reunidas todas, no

son bastante poderosas para dar al hombre aquella resignacion heróyca en todos los sucesos (1), y aquella impassibilidad estoica, de la qual Epicteto presentó constantemente el modelo. La experiencia prueba, que estas causas modifican al hombre mas ó menos; pero ellas no mudan su naturaleza, ni hacen, según la expresion misma de Séneca, un ser de bronce (2).

(1) Véase un hermoso discurso de Epicteto sobre el estado en que deseaba le sorprendiese la muerte. *Apud Arrián, lib. 3, cap. 5.*

(2) No conozco sino una sola causa que transforma absolutamente al hombre, y que da al individuo mas debilmente constituido una fuerza fisica extraordinaria: le hace

Luego que un filósofo, llamado al Tribunal de las Leyes por algunos escritos inconsidera-

---

ce soportar tranquilamente los mas vivos dolores, arrostrar los peligros mas urgentes, y esperar la muerte con intrepidez; y ésta es el fanatismo. Puede tambien, con respecto á esto, hacerse esta causa mas activa, mas enérgica que la organizacion que sustituye, como el delirio y el frenesí en las enfermedades agudas. El fanatismo es el mismo en el que sufre, y en el que hace sufrir sin experimentar la menor emocion, ni el mas ligero movimiento de piedad; y él produce en ellos los propios efectos. El quita á aquel el sentimiento de sus propios males, y hace á éste absolutamente insensible á los males de los otros: es la misma disposicion aplicada á casos diferentes.

dos, no cree que debe rehusar á la verdad una confesion y un sacrificio que cien fanáticos han

Colóquense diversamente estos dos individuos, y se verá el mismo resultado. Pero es menester observar, que el fanatismo en general es una causa accidental y momentánea: es una enfermedad del cerebro, que tiene sus accesos, su paroxismo, su declinacion y su resolucion. Pasa como una epidemia; y su duracion, así como sus efectos, varía segun el progreso de las luces, y el espíritu general y dominante del siglo. A veces se encuentra tambien unido al temperamento mas ardiente, al mas sombrío, al mas melancólico y á la organizacion mas fuerte; y entonces causa los mayores males, y no se apaga sino con la vida. En todos los casos hace al hombre atróz ó insensato. Pero aquí  
no

hecho á la mentira, y se determina á sellar su doctrina con su sangre, con la esperanza de dar por este acto de firmeza una sancion mas fuerte á sus discursos y á sus opiniones; no puede negarse que esta conducta, que por otra parte puede parecer mas ó menos sábia, mas ó menos conforme al objeto que se propone, manifiesta energía y carácter. Pe-

no consideramos los efectos constantes de las causas físicas, que son las solas causas real y necesariamente tales, porque obran incessantemente, y su accion puede acelerarse todavía, y multiplicarse tambien por el concurso y la reunion de todas las causas morales. Véase el texto, despues del pasage que forma el asunto de esta nota.

ro no se compare una sola accion con el tenor entero de la vida , ni se saquen de un fenómeno particular consequencias generales. Por penoso que entonces sea el sacrificio , y sea el que se quiera el esfuerzo , es el negocio de un momento : y si es preciso creer á un buen Juez en esta materia, "es una cosa comun el correr á  
 „ la muerte por impetuosidad de  
 „ espíritu ; pero solo una alma  
 „ grande que haya deliberado si  
 „ es menester vivir ó morir , pe-  
 „ sa exáctamente los motivos de  
 „ una parte y otra , y se deci-  
 „ de por el peso de la razon , ó  
 „ á morir ó vivir (1)."

(1) *Id ergo arduum imprimis et  
 præcipua laude dignum puto. Nam  
 im-*

Observemos todavía con res-  
 pecto al filósofo que prefiere la  
 muerte á la desaprobacion públi-  
 ca de sus opiniones , que si su  
 vida debiera ser como la del es-  
 toico , una larga prueba de pa-  
 ciencia y de valor , y , por de-  
 cirlo así , la lucha continua de un  
 solo hombre contra la naturale-  
 za ; si su suplicio debiera durar  
 solamente algunos dias , no va-  
 cilaría para retractarse , y hacer  
 ceder el interés de la verdad (al  
 progreso de la qual no es indife-

*impetu quodam , et instinctu procur-  
 rere ad mortem , commune cum mul-  
 tis : deliberare verò et causas ejus  
 expendere , utque suaserit ratio , vi-  
 tæ mortisque consilium suscipere vel  
 ponere , ingentis est animi. Plinius,  
 l. 1 , epist. 22.*

rente por otra parte, que él viva ó que muera) (1) á una ley mas fuerte, mas imperiosa, y la primera de todas, que es la de la conservacion. Sin duda, la educacion, la razon perfeccionada por la experiencia y la reflexion, pueden ayudar, fortificar, corregir, ó cambiar tambien hasta un cierto punto las disposiciones naturales; pero si la máquina es débil ó mal constituida: si el género nervioso es demasiado sensible, demasiado irritable: si el jóven educando no tiene pasiones; en una palabra, si la orga-

(1) *Si industria ac rigor adsint, eo laudis excedere, quo plerique per abrupta, sed in nullum reipublicæ usum, ambitiosa morte inclinarunt. Tacit. vita Agric. cap. 42.*

nizacion contradice sin cesar las sábias lecciones del maestro, y se opone constantemente á su efecto; como la ley eterna é invariable establece en el universo, que siempre lo físico arrastre lo moral, estas lecciones no tendrán sobre el hombre sino una influencia débil y pasagera, y la naturaleza quedará la mas fuerte. Esto es lo que tal vez hizo decir al sabio Bordeux: “¡Dichosos aquellos que tienen su filosofía en la sangre!” A lo menos es cierto, que ésta es la mejor y la mas segura; y ésta fué particularmente la de Epicteto. Mientras Séneca, Marco Aurelio, y la mayor parte de aquellos que habian abrazado la secta de Zenón, estoicos ya por institucion, hacian inútiles esfuer-

zos por ser consiguientes á sus principios , y se desesperaban de quedar hombres (1); Epicteto armado , por decirlo así , por la naturaleza contra todas las penas de la vida , encontraba en la extremada fuerza de sus órganos recursos suficientes para soportar con paciencia el estado de baxeza á que se hallaba reducido: los desprecios y los ultrages de un maestro insensato ; y en fin , los males mas crueles y prolongados.

Entre los muchos hechos in-

(1) Yo os exhorto á la firmeza, dice Séneca á Lucilio ; yo que he llorado con exceso á mi caro Seno ; yo á quien pueden contar, y me avergüenzo, entre aquellos á quienes el dolor ha vencido. *Eptst.*  
63.

teresantes de la vida de estos filósofos, hay uno sobre todo , que confirmando estas reflexiones , hace mas sensible el resultado de estas diferentes disposiciones orgánicas.

Epafródito , hombre brutal y feróz hasta en sus juegos , tenia el bárbaro placer de atormentar á Epicteto , y se divertia en torcerle una pierna: Este le dixo sonriendo , y sin alterarse : “ Si continuais , me rom-  
” pereis la pierna : ” lo que en efecto sucedió. Entonces Epicteto repuso friamente , y con un rostro tranquilo : “ Bien os dixe,  
” que me romperiais la pierna. ”

Marco Aurelio perdió su Gobernador , y penetrado de sentimiento , olvidó su constancia ordinaria , y lloró. Los cortesanos,

siempre dispuestos á ridiculizar las virtudes que no poseen, y mas vanos de una buena chocarrería, que lo que las almas honradas deben estarlo de una buena accion; se burlaban de este jóven Príncipe en presencia del Emperador, el qual se lo tachó con una palabra sentenciosa, en donde brillan á un tiempo la bondad de su corazon, y la precision de su entendimiento. „ Per-  
 „ mitidle el ser hombre, les di-  
 „ xo, ni la filosofia ni el imperio  
 „ quitan las pasiones. (1) ”

Se puede unir á este exem-

(1) *Permittite illi (inquit) ut homo sit: neque enim vel philosophia, vel imperium tollit affectus.* Jul. Capitol. in Antonino Pio, cap. 10.

plo el de Posidonio. Pompeyo, á su vuelta de Siria, fué expresamente á Rodas para oír á este filósofo; pero no se prometia conseguirlo de un hombre atormentado de agudos dolores: “El es-  
 „ tado de sufrimiento en que me  
 „ encontráis, le dixo Posido-  
 „ nio (1), no me impedirá el

(1) *At ille, tu verò, inquit, potes: nec committam ut dolor corporis efficiat ut frustra tantus vir ad me venerit. Itaque narrabat (Pompejus) eum graviter et copiosè, de hoc ipso. Nihil esse bonum nisi quod esset honestum, cubantem disputasse; cumque quasi faces ei doloris admoverentur, sæpè dixisse: Nihil agis, dolor; quamvis sis molestus, numquam te esse confitebor malum.* Apud Cicer. Tusc. disput. lib. 2, cap. 24.

„cumplir vuestro deseo; y no  
 „se dirá que Pompeyo vino in-  
 „útilmente á honrar mi retiro  
 „con su presencia.” Al instante  
 le probó con un discurso, tan  
 grave como eloqüente, que solo  
 es bueno lo que es honesto. Pe-  
 ro la violencia del mal le obligaba  
 á interrumpirlo, y dixo: ¡Por mas  
 que hagas, dolor, y por mas  
 importuno que seas, jamás con-  
 fesaré que tú eres un mal!

“Este cuento que tanto ha-  
 „cen valer, dice Montaigne, ¿qué  
 „supone para despreciar el de-  
 „lor? No disputa sino una pa-  
 „labra; y sin embargo, si aque-  
 „llas punzadas no le mueven,  
 „¿por qué interrumpe su dis-  
 „curso? ¿por qué piensa hacer  
 „mucho en no llamarle mal? Él  
 „siente las mismas pasiones que

„mi lacayo; pero se envanece  
 „sobre que á lo menos contiene  
 „su lengua baxo las leyes de su  
 „secta.”

Esta reflexión de Montaigne  
 no dexa de ser justa; pero no  
 es menos cierto, que Posidonio  
 era estoico, quanto se puede ser-  
 lo por estudio y por reflexión; y  
 luego, que la preferencia que se  
 da á esta secta, es antes un nego-  
 cio de eleccion, que de vocacion.  
 Se sabe del estoicismo quanto  
 de él puede saberse y practicar-  
 se; y esto no es poca cosa. Posi-  
 donio era un sabio de un valor y  
 de una firmeza de alma extraordi-  
 narios; pero esto no era ser un es-  
 toico. El verdadero estoico es ne-  
 cesariamente un fenómeno muy  
 raro: es un ente á parte. Epicte-  
 to mismo no se creía digno de

este nombre. "Yo veo (1) bas-  
 "tantes hombres, decia, que pu-  
 "blican las máximas de los es-  
 "toicos, pero yo no veo un es-  
 "toico. Manifiestame, pues, uno:  
 "uno es el que pido. Un estoi-  
 "co; esto es, un hombre que  
 "en la enfermedad se crea di-  
 "choso: que en el peligro se  
 "crea dichoso: que muriendo  
 "se crea dichoso: que en un  
 "destierro se crea dichoso: que  
 "despreciado y calumniado se  
 "crea dichoso. Si no puedes ma-  
 "nifestarme este estoico perfec-  
 "to y acabado, muéstrame uno  
 "empezado: no envidies á un

(1) *Apud Arrián l. 2, cap. 19,*  
*p. 228, 229, edit. Upton. Londin.*  
 1741.

"viejo como yo, ese grande es-  
 "pectáculo de que no he podi-  
 "do, lo confieso, gozar toda-  
 "vía."

Despues de haber definido  
 así al verdadero estoico, hace  
 Epicteto una bella aplicacion de  
 estos preceptos generales á los  
 casos particulares, que es el solo  
 medio de hacer útil la moral;  
 porque las generalidades en mo-  
 ral, son á los ojos del filósofo,  
 lo que las especulaciones subli-  
 mes de la Álgebra y de la Geo-  
 metría son para el pueblo que  
 las mira como indagaciones de pu-  
 ra curiosidad, hasta que algu-  
 no aplica al fin al uso comun  
 las verdades, que el cálculo y  
 la observacion han descubierto.  
 "En todas las cosas, dice Epic-  
 "teto, es necesario hacer lo que

[36]

„depende de uno, y quedar  
„despues firme y tranquilo. Si  
„me veo en la precision de em-  
„barcarme, ¿qué debo hacer?  
„escoger bien el buque, el Pi-  
„loto, los Marineros, la esta-  
„cion, el dia y el viento: es-  
„to es lo que depende de mí.  
„Luego que me hallo en plena  
„mar, sobreviene una tempestad:  
„éste no es ya negocio mio, si-  
„no del Piloto. El barco se vá  
„á fondo: ¿qué debo hacer?  
„hago lo que de mí depende:  
„no grito, no me atormento,  
„ni me quejo de Dios. Yo sé  
„que todo lo que ha nacido de-  
„be morir; esta es la ley ge-  
„neral: preciso es que yo muer-  
„ra. Yo no soy eterno, soy un  
„hombre, una parte del todo,  
„asi como una hora es una par-

[37]

„te del dia. Una hora llega, y  
„pasa; yo vengo, y yo paso  
„tambien. El modo de pasar es  
„indiferente: que sea por el  
„hierro, por la fiebre ó por el  
„agua, todo es igual (1).”

¡Qué contraste tan admira-  
ble forman con la moral incier-  
ta, sutil y sentenciosa de Pla-  
tón y Aristóteles estas máximas  
tan propias, como dice Montaig-  
ne, á *llenar el corazon* de va-  
lor, de independenciam, y de in-  
trepidéz! ¡Quánto la moral esto-  
ica se eleva sobre la de estos,  
sea por el vigor y la firmeza de  
sus principios, sea por las gran-  
des é instructivas lecciones que

(1) *Apud* Arrián *l. 2, cap. 5,*  
*pág. 188.*

pueden sacarse de ella en las diferentes condiciones de la vida! ; Qué no podría esperarse de los hombres, hasta en los países donde los insultos hechos á la naturaleza humana, á sangre fria, son tan frecuentes, si en vez de la educacion pusilánime y contradictoria que reciben en nuestros climas, y que asegura á sus hijos una parte de su debilidad, de sus vicios y de su miseria, se ocupasen temprano en fortificar su cuerpo con el exercicio y el trabajo: en rectificar su juicio con el estudio de las ciencias exáctas: en acostumbrarlos con buenos exemplos al espectáculo útil y consolador de las cosas honestas (porque los buenos exercicios forman las buenas costumbres): en inspirarles el desprecio de las

grandezas de la fortuna; y sobre todo, de la vida, sin el qual tendrán siempre el espíritu encogido, y el alma comun; en fin, en exercitar en ellos el entusiasmo de la virtud por los preceptos firmes y austéros de esta secta tan fecunda en hombres grandes, á la qual llama el autor de los *Ensayos*, con razon, "la primera escuela filosófica, y superintendente de las otras!"

El que ha dicho que "el estoicismo no es otra cosa que un tratado de la libertad tomada en toda su extension," ha dado de ella (1), en pocas palabras, una idea general muy exácta. "Si esta doctrina, añá-

(1) Vida de Séneca, pág. 423.

„de, que tiene tantos puntos  
 „comunes con los cultos religio-  
 „sos, se hubiera propagado co-  
 „mo las otras supersticiones, há  
 „mucho tiempo, que ni hubie-  
 „ra esclavos, ni tiranos sobre la  
 „tierra.”

No es la lógica, la física, ni la metafísica de los estoicos, la que debe temerse, porque ellos no han hecho mas que tartamudear sobre las ciencias, cuyos verdaderos principios no han sido conocidos sino de los modernos. También puede decirse que las sutilezas de su dialectica, aunque tal vez propias á distinguirlos de los otros filósofos por sus expresiones, así como se diferencian por su doctrina, no son ni menos pueriles, ni menos ridículas que las de Escoto, &c. tan

justamente despreciadas en el día; pero que necesariamente han debido, como todos los errores graves é importantes en las ciencias, excusar muchos extravíos á los que los han sucedido (1), y preparar el descubrimiento de las reglas fundamentales de la lógica, así como las disonancias en la música previenen la mas perfecta armonía, y el reposo mas dulce á un oído sensible y exercitado.

Si la filosofía especulativa, y puramente racional de los estoi-

---

(1) Véase lo que han dicho sobre esto en la advertencia sobre las cuestiones naturales de Séneca, en el tomo 6 de sus obras, traducidas por M. la Grange, pág. 11 y 12.

cos, dexára un campo muy vasto á las indagaciones y á los trabajos de los modernos, no sucedería lo mismo con su moral y sus principios generales, de donde han deducido los deberes recíprocos de los hombres. Parece que esta ciencia de las relaciones constantemente establecidas entre los seres que tienen una misma naturaleza, y las mismas necesidades físicas, era la que habian cultivado mas, y la que miraban, igualmente que las ideas de Sócrates, como la mas útil y la mas importante, y la que formaba el carácter distintivo y particular de su secta. Un autor moderno, muy piadoso sin duda, cuyas intenciones son rectas, y las miras loables; pero cuyo zelo nos ha parecido, en general, mas

edificante que ilustrado, ha hablado de los estoicos y de sus principios filosóficos, sin haberlos conocido bien, y no ha dado, ni de los unos ni los otros, sino una idea vaga, incompleta, y frecuentemente falsa (1), como sería facil probarlo si éste fuera lugar para hacerlo. Observemos solamente, en favor de aquellos á quienes la autoridad de este autor pudiera imponer respeto, que todos los lugares de su obra, en donde particularmente se trata de los filósofos antiguos, deben

(1) *¡O utinam arguerem sic, ut non vincere possem!*  
*¡Me miserum! ¿quare tam bona causa mea est?*

Ovid. *Amor.* l. 2, el. 5, v. 7.

leerse con precaucion, sea por el modo poco exácto é insuficiente con que exponen en ellos sus opiniones, ó sea por el juicio que forman. En efecto, ¿qué conocimiento preciso puede tomarse, en este libro, de la doctrina de Zenón, de Séneca, de Epicteto, y de Marco Antonino? ¿Por qué no se presenta al lector, después de haber examinado escrupulosamente, y juzgado con imparcialidad, un compendio fiel de la moral de los estoicos? ¿Y cómo, con un alma dulce y sensible, se habla tan friamente de una secta que ha dado el precepto, y el exemplo de todas las virtudes sociales: que miraba el universo como un Reyno, de quien Dios es el Príncipe, y como un todo, á cuya utilidad ca-

da parte debe concurrir, y dirigir sus acciones sin preferir jamás su ventaja particular al interés comun (1): que enseñaba, que cada uno debe amar á su semejante: velar sobre sus necesidades: preveerlas tambien: interesarse en todo aquello que le pertenece: soportarle: no hacerle mal ninguno; y creer que la injuria, la injusticia es una especie de impiedad: exercitar con

---

(1) *Mundum autem (Stoici) censent regi numine deorum, eumque esse quasi communem urbem, et civitatem hominum, et deorum; et unumquemque nostrum ejus mundi esse partem; ex quo illud naturam consequi, ut communem utilitatem nostram anteponamus.* Cato apud Ciceron, de Finib. bon. esmal. l. 3, c. 19.

él la beneficencia : persuadirse fuertemente que no se ha nacido solamente para sí (1), sino para ventaja de la sociedad , y para hacer bien á todos los hombres , segun sus fuerzas y sus facultades : contentarse de haber hecho una buena accion , y del testimonio de su conciencia : olvi-

(1) *Hi mores , hæc duri immo-  
ta Catonis*

*Secta fuit : servare modum , finem-  
que tenere,*

*Naturamque sequi , patriæque im-  
pendere vitam,*

*Nec sibi , sed toti genitum se credere  
mundo.*

*Pharsal. l. 2 , v. 380 , et seq.*

Lucano ha juntado en estos quatro versos los rasgos mas característicos del estoicismo.

darse tambien en cierto modo de ella , en vez de buscar testigos , ó de proponerse alguna recompensa , ó de obrar mirando á su propio interés : pasar de una buena accion á otra buena accion ; y no cansarse jamás de hacer bien , sino acumular , durante el curso de su vida , buena accion sobre buena accion , sin dexar entre ellas el menor intervalo , ni el menor vacío , como si ésta fuera la única ventaja del exístir : creerse suficientemente pagado con solo el haber tenido ocasion de servir á otro : manifestar á éste reconocimiento , como por una cosa que nos es útil á nosotros mismos : no buscar por consecuencia fuera de sí , ni el provecho , ni las alabanzas de los hombres : no estimar nada , y no tener na-

da tan en el corazon, como la virtud y la honradéz: no dexarse jamás separar de su obligacion, mientras que se la conoce, ni por el deseo de vivir, y mucho menos, por otra cosa alguna, ni por el temor de los tormentos ó de la muerte, ni por el de la ignominia, peor que la muerte, menos aun por el miedo de qualquiera desgracia que sea, &c. (1)?

Este pequeño número de preceptos tan sabios, y de una utilidad general y constante, entre

(1) Lo que acaba de leerse es extraído palabra por palabra de las obras de Séneca, de Epicteto, y de Marco Antonino, de quienes se hallarán las propias palabras en el sabio Prefacio de Gataker, sobre el libro de este Emperador.

los quales no hay uno solo que no respire la virtud mas pura, y que no sea conforme á la mas sana moral, basta para justificar lo que hemos dicho de la de los estoicos, y para demostrar que el autor de quien hemos hablado, no les ha hecho justicia, y los ha juzgado con demasiada ligereza.

Uno de los mas bellos ingenios de estos tiempos, que habia estudiado filosóficamente el espíritu de las diferentes sectas de la antigüedad, y cuyos principios habia tambien meditado profundamente, ha hecho de los estoicos, particularmente, un elogio que no se lee sin ternura, ni sin tomar parte en los sentimientos de respeto y admiracion que le dictaron. " Las diversas sec-

Tomo III. D

„tas de filosofía entre los an-  
 „tiguos, dice, pudieran consi-  
 „derarse como especies de reli-  
 „gion. Jamás ha habido una de  
 „aquellas, cuyos principios fue-  
 „sen mas dignos del hombre, y  
 „mas propias para formar gen-  
 „tes honradas, que las de los  
 „estoicos; y si yo pudiera de-  
 „xar un momento de pensar que  
 „soy Cristiano y Católico, no  
 „me detendría en poner la des-  
 „truccion de la secta de Zenón  
 „en el número de las desgracias  
 „del género humano.

„Ella no contrastaba sino las  
 „cosas grandes, los placeres y  
 „el dolor. Ella sola sabia hacer  
 „ciudadanos, hombres grandes,  
 „y grandes Emperadores.

„Separémonos por un mo-  
 „mento de las verdades revela-

„das, busquemos en toda la na-  
 „turaleza, y no hallaremos en  
 „ella mayor objeto que los An-  
 „toninos. Juliano mismo, Ju-  
 „liano (un voto arrancado así,  
 „no me hará cómplice de su  
 „apostasia); no, no hubo despues  
 „de él un Príncipe mas digno  
 „de gobernar los hombres.

„Mientras que los estoicos  
 „miraban como una cosa vana  
 „las riquezas, las grandezas hu-  
 „manas, el dolor, las pesadum-  
 „bres y los placeres, no se ocu-  
 „paban sino en trabajar en la  
 „felicidad de los hombres, y en  
 „exercer los deberes de la socie-  
 „dad: parece que miraban este  
 „espíritu sagrado, que creían es-  
 „tar en ellos mismos, como una  
 „providencia general que vela-  
 „ba sobre el género humano.

» Nacidos para la sociedad, to-  
 » dos creían que su destino era  
 » el trabajar para ella; con tan-  
 » ta menos carga, como que sus  
 » recompensas estaban todas en  
 » ellos mismos; y que dichosos  
 » con su sola filosofía, solo podía  
 » aumentarse su felicidad, sien-  
 » do los otros felices.”

Este homenaje rendido á la virtud estoica, debe tranquilizar á los que defienden la misma causa, y consolarlos, si sucede que los contradigan.

Un hecho que excitará la mayor indignacion en las almas honradas, y que no podría creerse si no se hubiera visto en todo tiempo, que los hombres mas recomendables por sus talentos y por sus costumbres, han tenido la misma suerte, es, que esta secta,

cuya doctrina acabamos de explicar, baxo un punto de vista tan interesante, fué el objeto de las mas negras calumnias, en el reynado de los Emperadores. Se les imputaba á los estoicos como un crimen, el valor con que hablaban de la dignidad y libertad del hombre. Nada se ahorraba para hacer sospechosa su fidelidad: se les pintaba como espíritus inquietos y revoltosos (1), como hombres que llevaban con impaciencia el yugo de las leyes

(1) *Plautum... Veterum Romanorum imitamenta prefferre: assumtâ etiam stoicorum arrogantia sectâque, que turbidos et negotiorum appetentes faciat.* Tácit. *Annal.* l. 14, cap. 57.

y de la autoridad ; en una palabra , como enemigos secretos del Príncipe y del Estado ; y así prepararon la pérdida de Séneca , de Traséas , y de varios otros estoicos igualmente virtuosos. “Esta secta , decia uno de esos vi-  
”les acusadores (1), ha produ-

(1) *Et habet (Traséa) sectatores , vel potius satellites , qui nondum contumaciam sententiarum , sed habitum vultumque ejus sectantur ; rigidi et tristes , quo tibi lasciviam exprobrent... Spernit religiones , abrogat leges... Ista secta Tiberones et Favonios , veteri quoque Reipublice ingrata nomina , genuit. Ut imperium evertant , libertatem preferunt : si perverterint , libertatem ipsam aggredientur. Cossutianus Capito , apud Tacit. *Annalium* , lib. 16 , cap. 22.*

Los

”cido ya los Tiberones y los Favonios , nombres odiosos , hasta á la antigua República : para destruir la autoridad del Príncipe , ponderan la libertad : si salieran con su empresa , atacarían la libertad misma.”

Epicteto , que tantas veces habia visto los crueles efectos de estas calumnias insidiosas , creyó debia hacer sobre esto la apología de los estoicos. Su defensa es noble , simple , precisa , y como podrían , aun hoy , hacerla sus semejantes. “Los estoicos , di-

Los detractores de los filósofos modernos dicen las mismas cosas que Cossutianus Capito , pero no las dicen tan enteramente bien.

D 4

„ ce , enseñan que el hombre es  
 „ libre : ¿ enseñan con esto á des-  
 „ preciar la autoridad del Empe-  
 „ rador ? ; No lo permita Dios !  
 „ Ningun filósofo enseña á los  
 „ vasallos á levantarse contra su  
 „ Príncipe , ni á substraer á su  
 „ poder nada de lo que debe es-  
 „ tarle sometido. Toma , ahí tie-  
 „ nes mi cuerpo , mis bienes , mi  
 „ reputacion y mi familia : todo  
 „ lo entrego ; y quando halles  
 „ que enseñe á alguno á retener-  
 „ lo á pesar tuyo , hazme morir ,  
 „ y soy un rebelde. No es esto  
 „ lo que enseñe á los hombres :  
 „ no les enseñe sino á conservar  
 „ la libertad de sus opiniones ,  
 „ de las quales los ha hecho Dios  
 „ los solos dueños .”

Poco nos importa el saber si

esta apología , que se halla en las  
 disertaciones de Arrián (1) , que  
 las recopiló , así como otros mu-  
 chos pensamientos juiciosos y fuer-  
 tes , de la propia boca de Epic-  
 teto , precedió ó sucedió (2) al  
 tiempo en que los filósofos fue-  
 ron arrojados de Roma y de to-  
 da la Italia. En uno ú otro caso ,  
 ella prueba , que aquellos que  
 con sus trabajos han extendido la  
 esfera de nuestros conocimientos ,  
 restablecido la humanidad en sus  
 derechos , freqüentemente viola-  
 dos , y destruído aquellas preocu-

(1) *Lib. 1 , cap. 29.*

(2) Este parecer es el de Sau-  
 maise , y es el solo probable. Not.  
 Salmas. in *Epicetet. pag. 4 , edit.*  
*Lugd. Bar. 1640.*

paciones funestas, manantial inagotable de disputas, de desordenes y de males, han sido en todos tiempos el objeto del ódio de los Soberanos absolutos, ignorantes y supersticiosos. Pero este mismo espíritu de persecucion, que los anima contra los solos hombres, cuyas opiniones no pueden ni mudar, ni encadenar, hace tan bien el elogio de los filósofos, así como la sátira de los tiranos; en efecto, no aborrecen á los sabios y literatos: no permiten á un farsante descomedido como Aristófanes, calumniar sobre el teatro sus costumbres y sus principios: no dispensan á sus viles delatores una proteccion pública; en fin, no arrojan de su Imperio á los que son su verdadero lustre, y cuyo juicio debe

arreglar algun dia el de la posteridad, luego que nada haya que temer de la influencia de su genio sobre su siglo, y de las luces que esparcen sobre todas las materias, en donde importa mas que la verdad sea conocida. Esto fué lo que hizo decir á un ingenio, con aquella ironia ingeniosa y fina, que oculta en sus escritos las mas útiles reflexiones: "Gritan contra los filósofos: tienen razon: porque si la opinion es la reyna del mundo, los filósofos gobiernan á esta reyna."

Otra observacion no menos incontestable, porque se funda en una larga y triste experiencia, es, que no solo baxo los reynados de malos Príncipes son inquietados los filósofos, son des-

terrados y proscritos, sino que su suerte no es menos inquieta, ni mejor, báxo el de los buenos, quando son débiles y sin carácter; porque con la bondad sucede lo que con las demas virtudes: ella necesita ilustracion: tiene tambien sus excesos, que, puede ser, no tengan menos inconvenientes que la maldad: y esto me hace acordar de una reflexion muy sensata de Agesilao, que oyendo alabar la bondad de un Rey de Lacedemonia, respondió con viveza: "¿Cómo puede ser bueno, si lo es también bien para los malos?"

Aunque Epicteto no enseñó nada que pudiera alarmar al déspota mas sospechoso, no por eso dexó de ser comprendido en aquel iniquo decreto de Domi-

ciano, que ordenaba á todos los filósofos saliesen de Roma. Entonces fué quando se retiró á Nicopolis, villa de Epiro, por librar su cabeza del furor del Tirano y de un Senado corrompido, hecho el instrumento de sus venganzas; y de tal modo envilecido por la esclavitud, que no tenia otra pasion sino la del oro: otra voluntad que la de sus maestros estúpidos, caprichosos y feroces, á los quales se habia sometido baxamente, ni otro valor que el de devorar en silencio las afrentas que recibia de ellos.

No se reflexiona bastante-mente la necesaria trabazon que los vicios tienen entre sí; ellos pesan, por decirlo así, los unos hácia los otros, y se atraen reci-

prócamente (1): al hombre le sucede con respecto á esto , lo que al universo relativamente á los diferentes fenómenos que presenta, entre los quales , no hay uno aislado , aunque no se perciba siempre el punto por el qual se tocan. Consultese la historia , y se verá la aversion por las artes,

(1) La Fontaine habia dividido esta verdad , como se vé en estos versos naturales y faciles , segun los sabia hacer:

Hermanas las virtudes ser debieran,  
así como los vicios son hermanos:  
Si de tu juicio algunos se apoderan,  
todos vienen , y están de tí cercanos.

*Lib. 8 , fabul. 25.*

las letras , las ciencias , y por los que las cultivan , constantemente unida , sea en los Soberanos , sea en los vasallos , á la ignorancia ó á las preocupaciones muchas veces mas funestas que la ignorancia , á la falsedad de los juicios , á la pequeñez del entendimiento , y á la perversidad del corazon; mientras que los Príncipes , cuyas virtudes nos han hecho su memoria tan grata , son precisamente aquellos que mas han acogido , estimado y protegido á los literatos. Tambien puede ser el interés que los Xefes del Estado toman por los progresos de la razon , la señal menos equívoca de un buen gobierno; porque quando este interés se manifiesta en los Príncipes con aquella viveza , aquella constan-

cia, y aquel tesón que debe tener para no ser estéril, supone necesariamente una infinidad de leyes, de reglamentos, de reformas, y de establecimientos sabios; tan evidentemente útiles, que reuniendo todas las voluntades particulares á la voluntad general, dan mas unidad al cuerpo político, y aumentan realmente su fuerza absoluta y relativa.

Plinio el jóven, estaba tan convencido de los buenos efectos de la instrucción, que en el Panegirico de Trajano, obra en que se ve con gusto, que el elogio de este grande hombre, resulta mas bien de la simple exposicion de los hechos, que del arte del orador, le alaba la atencion que prestaba á la educacion de los jóvenes, y del cuidado que ha-

bia tenido de hacer revivir en Roma el estudio de las bellas letras. " Los miramientos, dice, " y la consideracion que teneis " con los filósofos, y con los que " enseñan la eloqüencia, son los " que han vuelto su antigua pa- " tria á las ciencias: vos sois " quien las ha vuelto á llamar del " destierro, en donde las tenía " la barbárie del siglo preceden- " te, báxo un Principe que las " miraba como enemigas de to- " dos los vicios, de los cuales se " hallaba él mismo tocado, y " que las proscribia, no tanto por " aborrecimiento que las tuviese, " quanto por el respeto que le " inspiraban; pero vos, vos ad- " mitis, y dispensais á los sabios " y á los filósofos vuestra inti- " midad: vos leéis sus obras, y

„ gustais de su trato , porque  
 „ ellos no prescriben sino los de-  
 „ beres que vos cumplís , y los  
 „ amais tanto , quanto ellos os  
 „ honran (1).”

Tácito , siguiendo las propias  
 miras , y por inspirar íntimamen-

(1) *¡ Quem honorem dicendi magistris , quam dignationem sapientiæ doctoribus habes ! ¡ Ut sub te spiritum , et sanguinem , et patriam receperunt studia , quæ priorum temporum immanitas exiliis puniebat , cum sibi vitiorum omnium conscius Princeps inimicas vitis artes , non odio magis , quam reverentiã , relegaret ! At tu easdem artes in complexu , oculis , auribus habes : prætas enim quæcumque præcipiunt , tantumque eas diligis , quantum ad illis probaris . Plin. Panegir. cap. 47.*

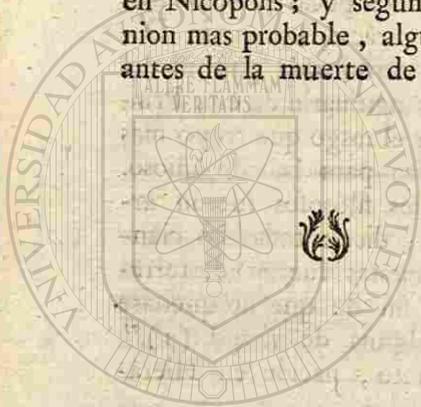
te á sus lectores el gusto y el respeto que él mismo tenia á las letras y á la filosofía , y queriendo dar en pocas palabras una idea del carácter atróz de Domiciano , termina la pintura del reynado sanguinario de este Príncipe , por el rasgo que creyó mas á proposito para hacerlo odioso . “ Hasta los filósofos fueron arrojados , dice : todas las ciencias honestas fueron desterradas , á fin de que no quedáse señal alguna de virtud (1). ”

Epicteto , nacido en Hierá-

(1) *Expulsis insuper sapientiæ professoribus , atque omni bonã arte in exilium actã , ne quid usquam honestum occurreret . Tacit. in vita Agric. cap. 2.*

[ 68 ]

polis, en Frigia, hácia el fin del reynado de Nerón, murió de edad muy abanzada, desterrado en Nicópolis; y segun la opinion mas probable, algunos años antes de la muerte de Adriano.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE MÉXICO

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

[ 69 ]

---

MANUAL  
DE EPICTETO.

---

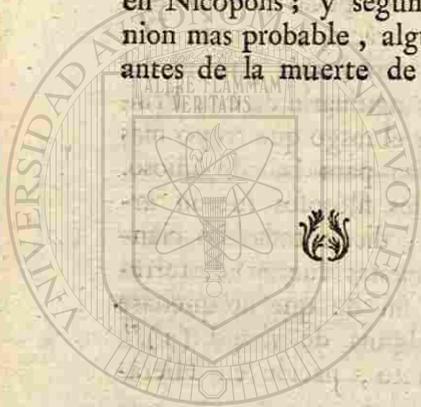
I.

**T**odo lo que hay en la naturaleza, ó depende de nosotros, ó no depende. Lo que depende de nosotros son nuestras opiniones, nuestras inclinaciones, nuestros deseos, nuestras repugnancias; en una palabra, todas nuestras acciones: lo que no depende son los cuerpos, los bienes, la reputacion, las dignidades; en fin, todo aquello que no es obra nuestra.

E 3

[ 68 ]

polis, en Frigia, hácia el fin del reynado de Nerón, murió de edad muy abanzada, desterrado en Nicópolis; y segun la opinion mas probable, algunos años antes de la muerte de Adriano.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE MÉXICO

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

[ 69 ]

---

MANUAL  
DE EPICTETO.

---

I.

**T**odo lo que hay en la naturaleza, ó depende de nosotros, ó no depende. Lo que depende de nosotros son nuestras opiniones, nuestras inclinaciones, nuestros deseos, nuestras repugnancias; en una palabra, todas nuestras acciones: lo que no depende son los cuerpos, los bienes, la reputacion, las dignidades; en fin, todo aquello que no es obra nuestra.

E 3

## II.

Las cosas que dependen de nosotros son libres por su naturaleza : nada puede forzarlas, ni servirles de obstáculo : las que no dependen, son débiles, esclavas, inciertas y extranjeras.

## III.

Acuerdate, pues, que si crees libre lo que es dependiente por su naturaleza : si miras lo que no está en tu poder como una cosa que te sea propia, encontrarás obstáculos á cada paso : te verás afligido, turbado: acusarás á los dioses y á los hombres : en vez que si tomas solamente por tuyo lo que es real-

mente tuyo, y por ageno lo que á otro pertenece, no experimentarás jamás embarazo, ni obstáculo en tus acciones : no acusarás ni vituperarás á nadie : nada harás contra tu gusto : nadie podrá ofenderte : no tendrás enemigos ; y nada desagradable te sucederá.

## IV.

Si aspiras en efecto á un fin tan noble, acuerdate, de que para conseguirlo, no debe desearse débilmente ; sino que debes renunciar enteramente ciertas cosas : abstenerse por algun tiempo de algunas otras ; y sobre todo, velar sobre tí mismo : porque si con los verdaderos bienes buscas aún las riquezas y las dignidades, no obtendrás siquiera

estas últimas ventajas, porque has deseado las otras; y perderás ciertamente aquellos bienes, que solos pueden hacerte libre y dichoso.

v.

Así, pues, á la vista de algun accidente desagradable, dí al instante: tú no eres mas que una imaginacion, y de ningun modo lo que pareces. Sirveté despues, para determinar su medida de las reglas que has aprendido, sobre todo, de la primera: exámina si esta desgracia es del número de aquellas cosas que están ó no están en nuestro poder; porque si es de la naturaleza de las que no dependen de nosotros, dí atrevidamente entonces, que ella no te toca.

v. l.

Acuerdate de que el fin de todo deséo, es el de obtener lo que se apetece, así como el fin de toda aversion, es el de evitar lo que la causa; y que el hombre es igualmente desgraciado, sea que el suceso realice sus temores, sea que no corresponda á sus deseos. Si tu aversion, pues, no recae sino sobre cosas que están en tu poder, jamás experimentarás los males que temes; pero si temes la enfermedad, la pobreza ó la muerte, siempre serás miserable. Tranquílo sobre todo lo que no está en tu mano, teme únicamente las cosas que te están sometidas: cercena desde luego todos tus de-

[74]

seos ; porque si no tienen por objeto lo que está en tu mano , tus esperanzas quedarán necesariamente frustradas. En quanto á las cosas mismas que dependen de tí , tú no te hallas todavía en estado de conocer las que es bien visto desear : contentate solamente con no buscar nada, ni huír nada , sino con moderación , con discrecion y con reserva.

VII.

Exâmina con atencion la qualidad de cada una de las cosas que contribuyen á tus placeres , que sirven para tus necesidades , ó que tú amas ; y comienza por las mas viles. Si quieres una olla, dí que quieres una olla ; porque si se rompe , no te turbarás. Si

[75]

amas á tu hijo ó á tu muger, acuerdate de que son mortales; y si la muerte te los arrebatara , no te alterarás.

VIII.

Antes de executar , piensa lo que vas á hacer. Si vas al baño , representate lo que en él pasa ordinariamente : allí se arrojan agua , se arrémpujan , se dicen injurias , y se roba. Tú te presentarás en él con mas seguridad , si te dices : "Yo quiero  
» bañarme ; pero quiero tambien  
» conservar mi independenciam ,  
» aguantando todo lo que me impone la naturaleza." Observa esta máxima en todas tus empresas : por este medio , si algun obstáculo te impide el bañarte , te dirás al punto : "Yo

[76]

» no quería bañarme solamente,  
» quería tambien conservar mi  
» libertad y mi carácter; y no  
» la conservaré si no sé sufrir  
» con paciencia las insolencias  
» que aqui se cometen.”

IX.

No son las cosas las que turban á los hombres, sino la opinion que de ellas forman. La muerte, por exemplo, no es un mal; si lo fuera, habria parecido tal á Sócrates. La opinion que se forma de la muerte, es la que la hace tan espantosa. Luego, pues, que nos hallamos impedidos ó turbados, no acusamos de ello sino á nosotros mismos; esto es, á nuestras preocupaciones.

[77]

Acusar á los otros de las propias desgracias, es el hecho de un ignorante: hacerlas caer sobre sí, es empezar á instruirse: no acusar á los otros, ni á sí mismo, es ser sabio.

X.

Jamás te ensoberbezcas con ninguna ventaja que no es tuya. Si un caballo dixera, alabándose, yo soy hermoso, se le podría sufrir; pero tú, quando te glorías de tener un hermoso caballo, sabe que de esto te jactas. Ahora, ¿qué hay en esto que te pertenezca? El uso solo de tu imaginacion. Por lo qual, si sabes arreglarla conforme á la naturaleza, entonces podrás gloriarte; porque á lo menos, te

[78]

aplaudirás del bien, que es verdaderamente tuyo.

XI.

Así como en un viage de mar, si el barco arriba á un Puerto, tú puedes baxar á tierra para hacer agua, y puedes tambien recoger algunas plantas y mariscos que se encuentran en la ruta; pero pensando siempre en tu barco, volviendo á él á menudo la cabeza para estar pronto quando el patron te llame, y á la menor señal arrojar quanto has recogido, no sea que éste te haga atar y meter en el fondo de la embarcacion, como á las bestias: del mismo modo en el viage de la vida, si en vez de un marisco ó de una seta, te se da

[79]

una muger ó un niño, puedes aceptarlos; pero si el patron te llama, corre prontamente, y abandonalo todo sin mirar atrás. Si eres viejo, no te alejes demasiado del barco, no sea que no puedas alcanzarlo ya, quando el patron te llame.

XII.

No pidas que los sucesos se arreglen á tus deseos; sino, conforma tus deseos á los sucesos: éste es el medio de ser dichoso.

XIII.

La enfermedad es un obstáculo para el cuerpo; pero no para la voluntad, á menos que ésta no consienta en ello: tú

[80]

eres cojo : ve ahí un obstáculo para tu pie ; pero tu espíritu no dexa por eso de estar libre. Si haces el mismo raciocinio sobre todos los demas accidentes de la vida , hallarás que siempre son un obstáculo para alguna otra cosa , y no para tí.

XIV.

Á cada impresion que recibas de los objetos exteriores, entra en tí mismo , y busca la facultad que para resistirlos te ha dado la naturaleza. Si ves un hermoso jóven , ó una jóven bella , encontrarás en tí la concienca para defenderte de la seduccion : contra la pena ó el trabajo , hallarás el valor ; y contra las injurias , la paciencia. Si

[81]

tomas este hábito , las fantasmas de tu imaginacion no tendrán ya imperio alguno sobre tí.

XV.

No digas jamás , sobre cosa alguna , yo he perdido aquello ; sino dí , yo lo he vuelto. Si murió tu hijo , tú lo has vuelto : si tu muger ha muerto , tú la has vuelto : si tus campos te han sido arrebatados , ¿ no es una restitucion que tú has hecho ? Pero es un malvado quien te arrojó de ellos. ¡ Eh ! ¿ qué te importa , que aquel que te lo dió te lo vuelva á pedir ? Mientras que te lo dexa gozar , usa de él como de un bien ageno , y como el viajante usa de una Hostería.

Tomo III.

F

Si quieres hacer progresos en la virtud, dexa á un lado estos razonamientos: "Si descuido mis negocios, no tendré de qué vivir; si no corrijo á mi esclavo, se hará malo:" porque es mejor morir de hambre, exento de temor y pesadumbre, que vivir en la abundancia con continuos terrores; y vale mas tambien que tu esclavo sea malo, que no que tú seas infeliz: empieza, pues, á ejercitarte en las mas pequeñas cosas. Si te han derramado el aceyte, ó robado el vino, dí: "A este precio se compra la tranquilidad; y á este precio se vende la constancia: por nada, nada se tiene." Si

llamas á tu esclavo, piensa que puede no oírte; ó, despues de haberte oído, no hacer nada de lo que le has mandado. De este modo, tu esclavo no será mejor; pero tú ganarás en ello infinito, pues le impedirás el que turbe tu alma á su gusto.

Si quieres hacer progresos en la virtud, ten bastante espíritu para pasar por necio é insensato, haciendo ver lo poco que te importan los bienes exteriores. No intentes pasar por sabio: si te miran como un personage, desconfía de ti mismo. Sabe que es difícil el conservar una voluntad conforme á la recta razon, y ocuparse al mismo tiempo en las co-

[84]

sas exteriores ; porque es preciso , que el que se aplica á la una, descuide la otra.

XVIII.

Si deseas que tus hijos , tu muger y tus amigos vivan eternamente , eres un loco ; porque es querer , que las cosas que no dependen de tí , dependan , y que te pertenezca lo que es de otro. Del mismo modo serás un loco, si pretendes que tu esclavo no cometa jamás faltas ; porque esto es querer , que el vicio no lo sea , sino que sea otra cosa.

XIX.

Nuestro dueño es aquel que tiene el poder de arrebatarnos lo

[85]

que queremos , y de que hagamos por fuerza lo que nos repugna. ¿Quieres ser libre? pues ni busques , ni huyas nada de lo que á otros pertenece : si no , serás necesariamente esclavo.

XX.

Acuerdate de portarte en la vida como en un festin. Si alargan un plato hácia tí , extiende la mano , y tómalo modestamente : si lo alejan , no lo retengas ; si no viene por tu lado , no hagas conocer de lejos que lo deseas ; sino espera con paciencia que lo arrimen. Usa de la misma moderacion con tu muger y tus hijos , con los honores y las riquezas , y serás digno entonces de ser admitido en la mesa de

F 3

[ 86 ]

los Dioses. Y si pudiendo gozar de estos bienes, los desechas y desprecias; entonces, no solo serás convidado de los Dioses, sino que partirás con ellos el soberano poder. Por este medio, Diógenes, Heráclito y sus semejantes, fueron justamente llamados hombres divinos, y lo fueron en efecto.

XXI.

Si ves á alguno afligido, y llorando la pérdida de su fortuna, la muerte, ó la ausencia de su hijo, ten cuidado de que no te engañe tu imaginacion, y vayas á creer, que este hombre es desgraciado por la privacion de estos bienes exteriores: entra al instante dentro de tí mismo, y haz esta distincion: "Esta des-

[ 87 ]

"gracia no es la que aflige á este hombre, supuesto que ella no mueve á otro; luego es la opinion que él tiene de ella la que le aflige." Haz seguidamente todos tus esfuerzos para curarle de sus preocupaciones con razones sólidas; y tambien, si es necesario, no dexes de llorar con él. Pero ten cuidado que tu compasion no pase á tu alma, y que este dolor simulado no se vuelva real.

XXII.

Ten presente que estás en el mundo, como en un teatro, para representar en él el papel que el dueño te señale. Que sea corto ó sea largo, poco importa. Si aquel quiere que hagas el de po-

F 4

bre, procura representar bien este personage. Haz lo mismo, sea el que fuere el que te encargue, ya de un cojo, ya de un Príncipe, ó de un simple particular; porque á tí toca desempeñar bien el papel que te se da, y á otro el escogerlo.

## XXIII.

Si el graznido de un Cuervo presagia algunas desgracias, no se turbe por eso tu imaginación, haz al instante este razonamiento, y dí: " Ninguno de  
 » estos contratiempos me toca,  
 » si no antes á este cuerpo vil, á  
 » mi caudal, á mi reputacion,  
 » á mis hijos ó á mi muger; pe-  
 » ro por lo que hace á mí, no  
 » hay nada que no me anuncie  
 » mi felicidad, si yo lo quiero;

» porque sean los que fueren los  
 » sucesos, en mí está el sacar de  
 » ellos un gran partido."

## XXIV.

¿Quieres ser invencible? pues no te expongas jamás á un combate, en el qual no veas que has de lograr la victoria.

## XXV.

Si ves á un hombre colmado de honores, ó elevado á un gran poder, ó bien distinguido con alguna otra ventaja, no te dexes deslumbrar de esas vanas apariencias, ni digas que es feliz; porque si la perfecta dicha y el reposo del espíritu consisten en las cosas que dependen de noso-

[90]

tros, los bienes extraños no deben hacernos envidiosos ni zelosos; y tú mismo no querrás ser General de Ejército, Senador, ni Consul, sino libre. Ahora, solo hay un medio de serlo, y éste es el despreciar las cosas que no dependen de nosotros.

xxvi.

No olvides que la ofensa no está, ni en el insulto, ni en los golpes que recibes, sino en tu opinión. Luego, pues, que alguno exalta tu cólera, sabe que ese hombre no es quien te irrita, sino la opinión que has formado de él. Procura, sobre todo, no turbarte con las fantasmas de tu imaginación; porque si una vez ganas tiempo, y ob-

[91]

tienes espera, serás mas facilmente dueño de tí mismo.

xxvii.

Ten incesantemente delante de tus ojos la muerte, el destierro, y todo lo que espanta á los hombres; pero sobre todo, la muerte. Por este medio, no tendrás pensamiento alguno báxo y cobarde, y nada desearás con demasiado ardor.

xxviii.

Si te aplicas al estudio de la sabiduría, espera ser silvado, y burlado de la multitud, que dirá: "Este hombre se ha hecho filósofo en un momento; ¿de dónde le viene esa frente or-

[ 92 ]

„gullosa?” Pero tú, procura no desplegar fausto ni fiereza; sino, aplicarte fuertemente á lo que te parezca mejor, y permanecer quieto en ello, como si fuera un puesto en que el mismo Dios te hubiera colocado. Acuérdate, además, de que si sostienes este carácter con entereza, los que habian comenzado á burlarse de ti, acabarán por admirarte: en vez de que si los bufones te hacen mudar de resolución, les darás un nuevo motivo de ridiculizarte.

XXIX.

Si alguna vez te sucede el explayarte con franqueza, queriendo agradar á alguno, sabe que caes de tu estado. Contien-

[ 93 ]

tate, pues, con ser filósofo. Si quieres parecerlo, haz que solo sea á tus propios ojos, y esto basta.

XXX.

No perturbes tu reposo con estos vanos razonamientos: “Yo viviré sin honores: no harán caso alguno de mí.” Porque si la privacion de los honores es un mal, ya no pende de otro, ni el hacerte feliz, ni hacerte vicioso. ¿Depende de tí el gozar del supremo poder, ó ser convidado á un festín? De ningun modo. ¿Pues en dónde está por eso la ignominia? ¿Cómo no serías nada en el mundo, tú que debes ser alguna cosa, en lo que pende de tí, y en aquello que puedes tambien valer lo que quieras?

[ 94 ]

“Pero yo no puedo socorrer  
„á mis amigos.” ¿Qué quiere  
decir esto? ¿Qué no les fran-  
quearás tu dinero, ni les obten-  
drás el derecho de ciudadanos de  
Roma? ¿Pero quién ha dicho  
que estos bienes dependen de no-  
sotros, y no nos son extraños?  
¿Puede darse á los otros lo que  
no se tiene? Juntad bienes, di-  
cen ellos, para que tambien los  
tengamos nosotros. Si yo puedo  
enriquecerme conservando el ho-  
nor, la buena fé y la magnani-  
midad, consiento en ello: mues-  
trame el camino, y nada dexa-  
ré de hacer para conseguirlo; pe-  
ro si exígis que yo pierda mis  
verdaderos bienes para adquirir  
los falsos, reflexionad quan in-  
justos y sin razon sois. ¿Qué que-  
reis mas, el dinero, ó un ami-

[ 95 ]

go fiel y honrado? Ayudadme  
mas bien á conservar estas vir-  
tudes, y no pretendais de mí  
cosas que me las hagan perder.

“Pero dirás todavía: yo no  
„seré útil á mi patria de ningun  
„modo.” ¿Qué servicios puedes  
hacerla? Verdad es que no la  
darás pórticos ni baños públicos;  
pero ¡qué! Tampoco son los Her-  
reros los que la surten de zapa-  
tos, ni los Zapateros los que for-  
jan las armas. Preciso es que ca-  
da qual exerza su oficio. Pero  
si das á la patria un ciudadano  
honrado y virtuoso, ¿no la ha-  
rías servicio alguno? Es cierto  
que no podrías hacerla otro ma-  
yor, y en tal caso no la serías  
inútil.

¿Qual será mi clase en el  
pueblo? preguntas: la que pue-

das obtener conservando costumbres puras é irreprehensibles. Pero si por servir á tu patria abandonas esas virtudes, ¿de qué utilidad la servirás, luego que te hayas vuelto un impúdico y un péfido?

Si prefieren á otro que á tí en un festín, en una visita ó en algun consejo, mira bien si estas preferencias son bienes verdaderos, y felicita á los que las han obtenido; pero si son males, ¿por qué has de sentir el que te hayan exceptuado de ellos? Acuérdate, de que no haciendo nada para merecer estas distinciones, que no dependen de nosotros, no tienes derecho alguno á ellas.

Del mismo modo que aquel que jamás va á la puerta de los grandes: que no los acompaña quando salen, y que no los lisongea: que no puede ni debe esperar el ser tratado tan bien como aquel que diariamente les hace la corte: que se halla siempre al paso, y que sin cesar los alaba. Tú eres injusto é insaciable, si quieres obtener estos favores sin comprarlos por su justo precio.

¿Quanto cuestan las lechugas en el mercado? Un quarto, por exemplo. Si alguno da este quarto, y se las lleva; tú, que nada ofreces, ¿crearás tener menos que aquel á quien las vendieron por su dinero? Si él tiene sus lechugas, tú tambien tienes tu quarto. Lo mismo sucede con todos esos honores. No te han convi-

das obtener conservando costumbres puras é irreprehensibles. Pero si por servir á tu patria abandonas esas virtudes, ¿de qué utilidad la servirás, luego que te hayas vuelto un impúdico y un pérfido?

Si prefieren á otro que á tí en un festín, en una visita ó en algun consejo, mira bien si estas preferencias son bienes verdaderos, y felicita á los que las han obtenido; pero si son males, ¿por qué has de sentir el que te hayan exceptuado de ellos? Acuérdate, de que no haciendo nada para merecer estas distinciones, que no dependen de nosotros, no tienes derecho alguno á ellas.

Del mismo modo que aquel que jamás va á la puerta de los grandes: que no los acompaña quando salen, y que no los lisongea: que no puede ni debe esperar el ser tratado tan bien como aquel que diariamente les hace la corte: que se halla siempre al paso, y que sin cesar los alaba. Tú eres injusto é insaciable, si quieres obtener estos favores sin comprarlos por su justo precio.

¿Cuanto cuestan las lechugas en el mercado? Un quarto, por exemplo. Si alguno da este quarto, y se las lleva; tú, que nada ofreces, ¿crearás tener menos que aquel á quien las vendieron por su dinero? Si él tiene sus lechugas, tú tambien tienes tu quarto. Lo mismo sucede con todos esos honores. No te han convi-

dado á un festín; pero tampoco has pagado al dueño de él el precio á que lo vende: este precio es una adulacion, una complacencia y una sumision. Si la cosa te conviene, págala; porque querer obtenerla sin gasto alguno, es ser injusto é insaciable. Por otra parte, ¿no tienes que substituirle á ese festín? Tú tienes ciertamente algo que le es preferible, y es, el no haber lisongeado al que no hallabas digno de ello, y el no haber sufrido el estar á su puerta aguantando su orgullo y sus desdenes.

XXXII.

Bien podemos conocer la intencion de la naturaleza por los sentimientos que inspira á todos

los hombres en lo que no les interesa personalmente. Por exemplo, quando el esclavo de tu vecino há roto un vaso ú otra cosa, no dexas de decirle, que eso es una cosa que sucede muy á menudo, solo por consolarlo. Muestra, pues, la misma tranquilidad, si al tuyo le sucede lo mismo.

Apliquemos esta máxima á objetos mas serios. Si alguno pierde la muger ó el hijo, no hay nadie que no le diga, que esa es la suerte de la humanidad; pero si nosotros nos hallamos en el mismo caso, nos desesperamos, y gritamos al instante: "¡Ah! y quan desgraciado soy!" Entonces era preciso acordarse de la sangre fria con que oimos el que á otro le habia sucedido el propio accidente.

[ 100 ]

XXXIII.

Como jamás nos proponemos tal ó tal cosa para que nos salga mal : del mismo modo la naturaleza del mal no existe en el mundo.

XXXIV.

Si alguno entregára tu cuerpo á la discrecion del primero que llegára , te indignarías sin duda ; pero no te avergüenzas de abandonar tu alma , permitiendo al primero que llega , y te llena de injurias , que la turbe y la aflija á su gusto.

XXXV.

Nada hagas sin considerar

[ 101 ]

primero lo que debe preceder, y lo que debe seguirse á la accion que proyectas. Si refrenas esta regla , empezarás alegrementte tu empresa , porque no habrás previsto sus resultas ; pero viendo al fin quanto tiene de vergonzoso , te llenarás de confusion.

XXXVI.

Tú quisieras lograr la victoria en los juegos olímpicos , y yo tambien , por cierto , porque nada hay mas glorioso. Pero examina bien antes lo que precede , y sigue á una empresa semejante ; y piensa en ella despues de este exâmen. Desde luego es preciso que te sujetes á una regla severa , esto es , no comer sino por necesidad : abstenerse de to-

G 3

da delicadeza : hacer los ejercicios aunque con disgusto , y á las horas señaladas en invierno y verano : no beber jamás frio , ni vino tampoco , á menos que no te lo manden : en una palabra, someterte sin reserva al maestro de los ejercicios, como á un Médico. Despues te será preciso baxar á la palestra , y allí , puede ser te rompas un brazo , te disloques un pie , tragues mucho polvo , seas aporreado , y despues de todo esto , correr el riesgo de ser vencido.

Si has hecho todas estas reflexiones , sé atleta si tú quieres. Pero sin esta precaucion , harás lo que los muchachos , que , en sus juegos , remedan unos despues de otros á los que luchan , á los tocadores de flauta , á los

gladiadores , que tan presto sueñan la trompeta , y un instante despues representan tragedias. Lo mismo sucederá contigo : tú serás sucesivamente atleta , gladiator , orador y filósofo ; y en el fondo del alma no serás nada. Tú imitarás , como un mono , todo lo que veas hacer á los otros , y todos los objetos te agradarán á la vez , porque no has emprendido nada despues de un maduro exámen , sino temerariamente , y arrastrado de la ligereza de tu juicio y de tus deseos. De este modo , algunas gentes , al ver á un filósofo , ú oyendo decir á otros : “ ¡ Qué bien habla „ Eufrates ! ; Quién puede ra- „ ciocinar , y explicarse con mas „ fuerza y mas sentido ! ” Forman al instante el proyecto de

hacerse sabios ellos mismos.

## XXXVII.

¡Ó hombre! considera desde luego lo que intentas emprender; exámina despues tu naturaleza, para ver si la carga que te impones es proporcionada á tus fuerzas. Si quieres ser combatiente ó luchar, mira antes tus brazos y tus muslos, y ensaya la fortaleza de tus riñones; porque no hemos nacido todos para las mismas cosas. ¿Piensas que abrazando la profesion de filósofo podrás comer, beber, y vivir con la delicadeza que lo hacías? Es necesario velar, trabajar, separarse de los parientes y amigos, y sufrir los desprecios de una esclavitud: es preciso espe-

rar toda suerte de humillaciones, olvidar la prosecucion de los honores, de los empleos en los tribunales; en una palabra, todos los negocios. Considera atentamente todo esto, y ve si quieres comprar á este precio la tranquilidad del alma, la libertad y la constancia: si no, ten cuidado de no ser á todo momento, como los muchachos, hoy un filósofo, mañana partidario, seguidamente rector, y despues Intendente del Príncipe. Estas cosas no concuerdan. Es menester resolverte á no ser sino un solo hombre, bueno ó malo. Es preciso que cultives tu entendimiento, perfecciones tu razon, ó te ocupes unicamente de tu cuerpo. Es indispensable que trabajes para adquirir los bienes interiores ó exteriores; es

decir, que es preciso sostengas el carácter de filósofo, ó el de un hombre ordinario.

## XXXVIII.

Todos los deberes se miden generalmente por las relaciones que unen á todos los hombres entre sí. ¿Es tu padre? pues debes cuidarle, cederle en todo, sufrir sus reprimendas y sus malos tratamientos. ¿Pero este padre, es malo! ¿Qué importa? ¿Te habia ligado la naturaleza necesariamente á un buen padre? No: pero á un padre, sí. Si tu hermano te ha hecho una injusticia, cumple tus deberes con él, y no pienses en lo que ha hecho, sino en lo que debes hacer, y en lo que la naturaleza

exige de tí. En efecto, nadie puede ofenderte como tú no quieras; y no serás herido verdaderamente, sino quando pienses que lo estás. Sigue esta regla: ten siempre delante de los ojos las relaciones mútuas establecidas entre los hombres, y conocerás facilmente los deberes de un vecino, de un ciudadano, y de un General.

## XXXIX.

Sabe que el principal fundamento de la religion es el tener ideas sanas y razonables de los dioses; el creer que existen y gobiernan el mundo con tanta justicia como sabiduría; el persuadirse á que debes obedecerlos, y someterte sin murmurar

á los accidentes que ocurran, como producidos por una inteligencia infinitamente sábia. Con esta opinion de los dioses, jamás podrás quejarte de ellos, ni acusarlos de indolentes hácia tí.

Pero solo hay un medio de llegar á este punto, y es el renunciar todas las cosas, sobre las quales no tienes poder alguno, y no colocar tu felicidad ó tu desgracia sino en lo que está en tu mano; porque si tomas por un bien ó por un mal algunas cosas extrañas, es preciso necesariamente, que al verte burlado en lo que deseas, ó afligido de los males que temes, vengan á ser te los autores de tus infortunios, el objeto de tu aversion y de tus quejas.

En efecto, la naturaleza ins-

pira á todos los animales la separacion y el aborrecimiento á lo que le parece dañoso, y en general á todas las causas malélicas; y el mismo instinto los lleva, por el contrario, hácia aquello que les es útil, y tambien á amar las causas de sus sensaciones agradables. Es imposible al que cree haber recibido algun daño, el mirar á su autor con gusto; porque no puede uno alegrarse del mal que experimenta: tal es el motivo de las reconvenciones que un hijo hace á su padre quando éste le niega lo que pasa por bueno; y de aquí provino la guerra cruel de Eteoclo, y Polinice, que se degollaron por haber mirado el uno y otro el trono como un gran bien; y de aquí, en fin,

se han originado tantas murmuraciones contra la providencia de parte del Labrador, del Piloto, del Mercader, y del esposo que acaba de perder á su esposa ó á sus hijos; porque la devocion hácia los dioses, se mide por el bien que hacen; y así, todo hombre que cuida de arreglar sus deseos y sus aversiones, segun las máximas prescritas, trabaja al mismo tiempo en hacerse piadoso.

En quanto á las libaciones, á los sacrificios y á las primicias que se acostumbra ofrecer á los dioses, cada uno debe seguir sobre este punto la costumbre de su país, y presentarlas con pureza, sin hipocresia, sin negligencia, sin avaricia; pero tambien, sin suntuosidad que exceda sus propios medios.

Quando vas á consultar el oráculo, ignoras lo que debe suceder, y vas á saberlo. Pero si fueras filósofo, sabrías sin su socorro qual sería el suceso: si es una de aquellas cosas que no están en nuestro poder, no puede ser para tí, ni un bien, ni un mal. No lleves, pues, ni manifiestes tampoco al adivino, ni repugnancia, ni deseo; porque entonces te llegarías á él temblando: persuade por el contrario á que quanto pueda suceder es indiferente, que no te toca, y que sea de la naturaleza que fuere, en tu mano estará el hacer de ello un buen uso, sin que nadie pueda estorvartelo. Presentate, pues, con con-

[ 112 ]

fianza delante de los dioses, como si fueras á pedirles consejo. Luego que hayan hablado, ó pronunciado sus oráculos, piensa en la dignidad de aquellos que acabas de tomar por guías, y cuya autoridad despreciarás si no los obedeces.

No obstante, no vayas á consultar el adivino, sino segun las advertencias de Sócrates; esto es: sobre las cosas que no pueden congeturarse ni preverse, ni con la razon, ni con las reglas de ningun arte. Si se trata, por exemplo, de exponerte al peligro para defender al amigo ó á la patria, es inútil preguntar al oráculo, qual sea el partido que debas tomar en semejantes circunstancias; porque si el adivino te declarára que leia en las en-

[ 113 ]

trañas de las víctimas alguna cosa funesta, cierto es que esta señal te anunciaría, ó la muerte, la pérdida de algun miembro, ó el destierro; pero la recta razon, de acuerdo con los dioses, no dexaría de prescribirte el sacrificar tus dias para salvar tu patria ó tu amigo. Cree entonces á un adivino mas ilustrado; éste es Apolo Piciano, que arrojó de su templo al que vió degollar á su amigo sin socorrerlo.

X L I.

Prescribete desde ahora una regla cierta, y un carácter constante que te sirva de ley, y de la qual no te apartes jamás, sea en medio de la sociedad, ó sea quando estés solo contigo mismo.

Tomo III. H

Calla con frecuencia ; no digas sino las cosas necesarias , y siempre en pocas palabras. Nosotros hablaríamos rara vez , si no hablásemos sino quando los tiempos y las circunstancias lo exigiesen. No nos ocupáramos jamas en cosas frívolas : no hablaríamos , ni de combates de gladiadores , ni de juegos del círculo , ni de los atletas , ni de la qualidad de los manjares , ni de los vinos , que son las cosas que ordinariamente dan pábulo á las conversaciones. Pero guardémosnos , sobre todo , de hablar de los hombres , ya sea para desacreditarlos , ya para alabarlos , ó ya para hacer comparaciones entre ellos.

Si está en tu mano , procura hacer con tus discursos que la conversacion de tus amigos recayga siempre sobre cuestiones útiles y convenientes ; y si estás , ó te hallas con extrangeros é indiferentes , calla.

No rias mucho , ni con frecuencia , ni con exceso.

Reusa , si puedes , el jurar por lo que quiera que sea ; ó á lo menos , jurar muy rara vez.

[ 116 ]

XLVI.

Evita el comer fuera de tu casa; y huye sobre todo de los públicos festines. Si absolutamente no puedes excusarte de ello, dobla entonces la atencion sobre tí mismo, no sea que insensiblemente contraygas las costumbres del pueblo. Porque si el uno de los convidados es impuro, y estás junto á él, te expones á serlo tú necesariamente, aunque jamás lo hayas sido.

XLVII.

No uses de las cosas necesarias al cuerpo, como el beber, el comer, el vestirse y alojarse, y el tener criados, sino en quan-

[ 117 ]

to lo exíge la simple necesidad; y pon límites á todo lo que no sirve sino de ostentacion y regalo.

XLVIII.

Abstente, en quanto sea posible, de los placeres del amor, antes de casarte: si los disfrutas, que sea segun la ley. Pero no juzgues con demasiada severidad á aquellos que sobre este punto tienen principios menos severos; no los reprehendas agriamente, y no publíques, ni te alabes á todo momento de tu continencia.

XLIX.

Si te cuentan que han hablado mal de tí, no te entretengas en justificarte, y responde

H 3

[ 118 ]

solamente: "Ese tal no ha conocido mis demas defectos, porque entonces habria hablado mucho peor de mi."

L.

No hay necesidad de ir con frecuencia á los teatros; pero quando se presenta la ocasion de parecer en él, no favorezcas á ningun partido, y no trates de agradar á otro que á ti solo; esto es: no desees que suceda, sino lo que suceda, y queda gustoso con que la victoria la obtenga el vencedor; por este medio esperarás el suceso con tranquilidad.

Evita sobre todo el tomar parte en las aclamaciones, en las risas, y en los grandes movimien-

[ 119 ]

tos de los espectadores del teatro; porque nada de todo esto es capaz de hacerte mejor; y se concluirá de ello, que el espectáculo ha sido el que solo ha llamado tu admiracion.

L I.

No vayas á las lecturas públicas de los poetas y oradores, y no te dexes arrastrar á ellas ligeramente. Pero si asistes, conserva la decencia y la gravedad, sin ofender con ninguna señal de displicencia al que te ha convidado.

L II.

Quando tengas que tratar algun negocio con alguno de los principales de la villa, represen-

H 4

[ 120 ]

tate lo que en tu lugar habría hecho Sócrates ó Zenón. Siguiendo iguales modelos, no harás nada que no sea razonable, y tu imaginacion no tendrá que temer un extravío.

L I I I.

Si vas á hacer la corte á algun hombre poderoso, imagínate que no lo encontrarás en casa, que se ocultará, que hallarás la puerta cerrada, ó que no te recibirá sino con un desdén insultante. Despues de todas estas reflexiones, si allí te llama la obligacion, sufre estas humillaciones, y no digas que el objeto no valia la pena; porque este es el lenguaje del pueblo, y de aquellos sobre los quales las co-

[ 121 ]

sas exteriores tienen demasiado poder é imperio.

L I V.

En las conversaciones que tengas con tus amigos, guarda-te de hablar continuamente de tus expediciones, ó de los peligros en que te has hallado; porque si para tí es un placer el referirlos, no lo es para los que lo oyen.

L V.

Evita tambien el hacerte el chancero y el bufón; porque el paso es resbaladizo, y correrás el riesgo de contraer insensiblemente las costumbres del pueblo, y de perder la estimacion de tus amigos.

## LVI.

Igualmente es peligroso el tener discursos obscenos. Si asistes á alguna de esas conversaciones, y la ocasion es favorable, reprehende con vigor al que se toma la libertad de propalar semejantes indecentes propósitos; ó á lo menos, hazle conocer tu disgusto con tu silencio, con la vergüenza de tu rostro, y con la severidad de tu porte.

## LVII.

Si á tu imaginacion se le ofrece alguna idea voluptuosa, contente, como sobre todos los demas objetos, por miedo de que esta idea no te arrastre. No ce-

das desde luego al impulso del deseo, y tómate alguna espera. Compara seguidamente los dos instantes, el del goce y el del arrepentimiento, y remordimientos que le seguirán; y no olvides sobre todo la satisfaccion interior que te espera, ni las alabanzas que te darás á tí mismo si resistes.

Quando habrás asegurado el momento en que puedes gozar, ten cuidado de no dexarte vencer del atractivo, ni de las delicias del deleyte: oponles el placer, mayor todavía, de conseguir esta victoria de tí mismo, y de poder darte este testimonio.

## LVIII.

No temas el ser visto quan-

[ 124 ]

do practiques una accion que juzgues conveniente, aunque suceda que el pueblo la dé una interpretacion maligna; porque si esta accion es mala, no la hagas; y si es buena, ¿qué te importa la desaprobacion de aquellos que te condenan injustamente?

LIX.

Estas proposiciones, ahora es dia, ahora es noche, son muy verdaderas separadamente; pero son falsas si se ponen juntas: del mismo modo en un festín, aquel que se apodera de todo lo mejor que sirven, exclusivamente, hace una cosa muy útil para su cuerpo; pero muy mala y muy grosera, si se considera la comunidad, y la igualdad que deben

[ 125 ]

subsistir entre los convidados. Luego, pues, que estés en la mesa de alguno, acuerdate, no solamente de no ocuparte en la qualidad de los manjares que se sirvan, y que exciten tu apetito, sino de no separarte del respeto que debes tener al dueño del festín.

LX.

Si representas un papel superior á tus fuerzas, lo ejecutarás mal, abandonando al mismo tiempo el que podrías hacer con aplauso y distincion.

LXI.

Así como evitas con gran cuidado quando te paseas, el no poner el pie sobre un clavo, ni

[ 124 ]

do practiques una accion que juzgues conveniente, aunque suceda que el pueblo la dé una interpretacion maligna; porque si esta accion es mala, no la hagas; y si es buena, ¿qué te importa la desaprobacion de aquellos que te condenan injustamente?

L I X.

Estas proposiciones, ahora es dia, ahora es noche, son muy verdaderas separadamente; pero son falsas si se ponen juntas: del mismo modo en un festín, aquel que se apodera de todo lo mejor que sirven, exclusivamente, hace una cosa muy útil para su cuerpo; pero muy mala y muy grosera, si se considera la comunidad, y la igualdad que deben

[ 125 ]

subsistir entre los convidados. Luego, pues, que estés en la mesa de alguno, acuerdate, no solamente de no ocuparte en la qualidad de los manjares que se sirvan, y que exciten tu apetito, sino de no separarte del respeto que debes tener al dueño del festín.

L X.

Si representas un papel superior á tus fuerzas, lo ejecutarás mal, abandonando al mismo tiempo el que podrías hacer con aplauso y distincion.

L X I.

Así como evitas con gran cuidado quando te paseas, el no poner el pie sobre un clavo, ni

[ 126 ]

torcerte una pierna, así debes evitar también, en el uso de la vida, el lastimar aquella parte noble de tu alma, que debe ser la regla de tu conducta. Si observas este precepto en todas tus acciones, el resultado será muy seguro.

LXII.

Las necesidades físicas deben ser para cada uno la regla de sus riquezas, así como el pie lo es del zapato. En encerrandote en estos límites, conseguirás siempre el justo medio: si los traspasas, serás arrastrado al desorden como á un precipicio. Lo mismo sucederá con los zapatos, si exceden la medida de tu pie; tú querrás desde luego zapatos dorados, seguidamente de púrpu-

[ 127 ]

ra, y al fin bordados; porque no hay límite para aquel que llegó una vez á exceder el de lo necesario.

LXIII.

Apenas llegan las niñas á catorce años, y ya empiezan los hombres á llamarlas sus cortejos: ellas juzgan por esto que son destinadas únicamente á sus placeres; desde entonces comienzan á componerse, y ponen todas sus esperanzas en sus adorados. Pero es menester hacerlas comprender, que no pueden agradar, y hacerse respetar, sino con la sabiduría, el pudor y la modestia.

## LXIV.

Una señal cierta de estupidez, es la de ocuparse mucho del cuerpo, de exercitarlo mucho, de beber mucho, de comer mucho, y el emplear mucho tiempo en los placeres del otro sexó, así como en las demas necesidades corporales. Todas estas funciones no deben practicarse sino de paso; y en cultivar nuestro entendimiento, es en lo que debemos emplear el tiempo y todos nuestros cuidados.

## LXV.

Si alguno te hace mal, ó dice mal de tí, acuerdate de que se ve obligado á ello, porque así

lo cree, y de que no es posible que él se aparte de su parecer, por seguir el tuyo. Si juzga mal, á él solo hace mal, así como él es el solo engañado; porque si qualquiera acusa de falsedad á un buen silogismo, el silogismo no es quien sufre, sino el que hizo un razonamiento falso. Si sabes aplicar esta regla, soportarás con paciencia á todos aquellos que hablen mal de tí; porque á cada injuria que recibas, dirás: "Este hombre cree tener »razon."

## LXVI.

Cada cosa tiene dos asas; la una que la hace facil de llevarse, y la otra muy dificil. Si tu hermano te hace una injusticia, no vayas á considerar la injusticia

[ 130 ]

solamente , porque este es el mal lado , sino , piensa mas bien que es tu hermano , y que os habeis criado juntos. Si miras su proceder báxo , este punto de vista tú lo hallarás soportable.

LXVII.

Mal razonamiento es decir: yo soy mas rico que tú , luego soy mejor : yo soy mas eloqüente , luego soy mas virtuoso. Pero este consiguiente es bien sacado : yo soy mas rico que tú , luego mis riquezas sobrepujan á las tuyas : yo soy mas eloqüente , luego mis discursos valen mas que los tuyos. Mas tú no eres , ni discursos , ni riquezas.

[ 131 ]

LXVIII.

Si alguno se baña temprano , no digas que hace mal de bañarse , sino que se baña temprano: si otro bebe mucho vino , no digas que hace mal en beber , sino que bebe mucho ; porque antes de conocer el motivo que les hace obrar así , ¿ cómo puedes saber que hacen mal ? En juzgando de este modo , siempre estás expuesto á ver una cosa , y juzgar sobre otra.

LXIX.

Jamás digas que eres filósofo , ni publiques bellas máximas delante de los ignorantes , sino práctica lo que estas máximas

I 2

[132]

prescriben. En un festín , por exemplo , no digas cómo debe comerse , sino , come como se debe. Acuerdate de quan lejos estaba Sócrates de toda ostentacion. Los jóvenes iban á suplicarle los recomendáse á otros filósofos , y él mismo los llevaba, sin quejarse del poco caso que hacian de su persona.

LXX.

Si se agita delante de los ignorantes alguna cuestión de filosofía , observa el mas profundo silencio ; porque hay mucho peligro en desechar con prontitud lo que no se ha digerido bien. Luego que alguno diga que no sabes nada ; si escuchas esta injuria ó reconvençion sin alterarte,

[133]

sabe que desde aquel punto comienzas á hacer progresos en el estudio de la sabiduria ; porque las ovejas no van á enseñar á su Pastor la yerva que han comido ; pero despues de habersela apropiado por una buena digestion, ellas dan lana y leche. Siguiendo esta regla , no hagas una vana ostentacion de tu saber delante de los ignorantes , sino , prueba con tus acciones el buen uso que has sabido hacer de los preceptos de la filosofia.

LXXI.

Si has arreglado bien tus deseos y tus apetitos , no tengas por eso vanidad alguna : si solo bebes agua , no digas á cada paso que solo bebes agua. ; Mira

I 3

[134]

quantas ventajas te llevan los pobres en su frugalidad, y en la dureza con que tratan sus cuerpos! Si quieres ejercitarte en el trabajo y en la pobreza para tí, y no para los otros, no abrases las estatuas; pero si te hallas atormentado de una sed ardiente, toma agua fresca, y vuélvela á arrojar sin tragarla, y no se lo digas á nadie.

LXXII.

El estado y carácter del ignorante es, no esperar jamás de él mismo su bien ó su mal, sino de las cosas que están fuera de su poder; y el estado y el carácter del filósofo, el esperar de sí mismo todo su bien y todo su mal.

[135]

LXXIII.

Señales por las quales se conoce que un hombre hace progresos en el estudio de la sabiduría: un tal, no vitupera ni alaba á nadie: no se queja, ni acusa á nadie: no habla de sí, como si fuera un hombre importante, ó que sabe alguna cosa: si encuentra algun obstáculo que retarda, ó impide la execucion de sus proyectos, á nadie culpa sino á sí mismo: si alguno le alaba, se burla secretamente de este adulator: si lo reprehenden, no se disculpa; antes bien, se examina y observa como un convaleciente, por miedo de interrumpir el principio de la curacion, antes que su salud

I 4

se halle enteramente restablecida: él es el dueño absoluto de sus deseos: no tiene aversion sino á lo que es contrario á la naturaleza de las cosas que penden de nosotros: nada desea con demasiada vehemencia: si le tratan de estúpido é ignorante, no se incomoda por eso; en fin, él desconfía de sí mismo, como de un enemigo, y de un hombre que le arma lazos sin cesar.

## LXXIV.

Si alguno se alaba de entender y de explicar las obras de Crisipo, dí para tí: Si Crisipo hubiera escrito con menos obscuridad, este hombre no tendría por consecuencia de qué gloriarse. Pero yo, ¿qué es lo que pienso? co-

nocer la naturaleza, y seguirla. Pregunto, pues, ¿qual es su mejor intérprete? Dícenme, que Crisipo. Yo lo compro, pero no lo entiendo: entonces busco quien me lo explique. ¿En todo esto no hay un gran mérito? Quando he hallado este intérprete, me resta el poner en práctica los preceptos del filósofo: esta es la sola cosa de que pueden alabarme; porque si me contento con admirar la explicacion de los libros de Crisipo, no soy sino un simple gramático, y no un filósofo; con la sola diferencia, de que explico á Crisipo en vez de Homero. Luego, pues, que alguno me propone el explicarme á Crisipo, me cuesta mas vergüenza el no manifestar acciones conformes á sus preceptos, que

[138]

el no entender sus escritos.

LXXV.

Sé fiel á estas máximas, y observalas como leyes que no puedes violar sin impiedad. No te se dé nada de quanto puedan decir acerca de tu persona, porque esto no pende de tí.

LXXVI.

¿Hasta quando diferirás el poner en práctica estas grandes lecciones, y el obedecer en todo á la voz de la razon? Acabas de oír las máximas que deben arreglar tu vida, y las has presado tu consentimiento; ¿pues qué nuevo maestro esperas todavía para dar principio á la re-

[139]

forma de tus costumbres? Ya no eres un niño, sino un hombre hecho. Si persistes en la inaccion y en la indolencia: si de un dia en otro vas dexando el cuidado de corregirte: si añades detenciones á detenciones, y resoluciones á resoluciones sin efecto, vivirás y morirás como un ignorante, sin conocer que ningun progreso has hecho en el estudio de la sabiduría.

Comienza, pues, desde hoy á vivir como un hombre que aspira á la perfeccion, y que ha dado ya algunos pasos en la carrera. Que todo lo que te parezca muy hermoso y muy bueno, sea para tí una ley inviolable. Si el dolor ó el deleyte, la gloria ó la infamia te se presentan, acuerdate de que aquel es el mo-

[140]

mento del combate : que la bar-  
rera se abre : que los juegos olím-  
picos te llaman : que ya no es  
tiempo de volverse atrás ; en fin,  
que tu adelantamiento ó tu rui-  
na dependen de la ganancia ó de  
la pérdida de la victoria. De es-  
te modo llegó Sócrates á aquel  
alto grado de sabiduría , en don-  
de se le ha visto adelantar siem-  
pre hácia este objeto, sin perder  
ni un solo paso, ni escuchar tam-  
poco sino á la recta razon. Por  
lo que hace á tí, aunque no seas  
todavía un Sócrates , debes vivir  
sin embargo , como si lo tuvie-  
ras por modelo.

LXXVII.

La primera y mas necesaria  
parte de la filosofia , es la que

[141]

trata de la práctica de los pre-  
ceptos ; por exemplo , de la obli-  
gacion de no mentir. La segun-  
da tiene por objeto las demostra-  
ciones , es decir, las razones por  
las cuales no debe mentirse. La  
tercera dá la prueba de estas de-  
mostraciones , y determina su na-  
turaleza ; como por exemplo, lo  
que hace su fuerza y su certi-  
dumbre : lo que es demostracion,  
consequencia , oposicion, verdad  
y falsedad. Esta tercera parte es  
necesaria para la segunda , y la  
segunda para la primera ; pero  
la primera es la mas necesaria de  
todas , y en la que se debe pa-  
rar mas. Nosotros trastornamos  
este orden , y nos paramos mas  
en la tercera : ella sola consu-  
me nuestro tiempo y nuestros  
cuidados , y abandonamos ente-

[ 142 ]

ramente la primera : mentimos sin escrupulo ; pero siempre estamos prontos á probar con sólidas razones , que no debe mentirse.

LXXVIII.

Ten siempre presente en la memoria esta plegaria : “ ¡ Gran  
» Júpiter, y tú , poderoso desti-  
» no , conduceme en todo aque-  
» llo que has resuelto en tus decre-  
» tos que yo deba hacer : pron-  
» to estoy á seguirte constante-  
» mente ; en efecto , aun quando  
» me obstinára en resistirte , se-  
» ría siempre necesario el seguir-  
» te á pesar mio.”

Acuerdate además , de que  
» el que cede á la necesidad , es  
» verdaderamente sabio y hábil  
» en el conocimiento de los de-

[ 143 ]

»cretos de los dioses.”

En fin , dí con Sócrates : Ca-  
ro Critón , “ si los dioses lo han  
» querido así , cumplase su vo-  
» luntad : Anito y Mérito pue-  
» den muy bien hacerme morir ;  
» pero no sabrán hacerme mal.”

F I N.

VIDA  
DE TEOFRASTO.

Si los talentos ó habilidades que pertenecen al entendimiento pueden ser sofocados por la desgracia, y recibir grandes socorros de las ventajas de la fortuna; tambien es bien difícil, en el seno de las riquezas, el preferir desvelos laboriosos al dulce reposo de la molicie. Por esta razon se ha observado en todos tiempos, que el hombre que debe elevarse algun dia sobre los otros por las producciones de su ingenio, nace ordinariamente en aquel estado de

desgracia ó mediocridad, que impone la necesidad del trabajo.

Es cierto que en esta penosa situacion, el hombre baxo y desidioso no dexa la inaccion sino obligado por las necesidades fisicas que le urgen; pero si noble y esforzado fué arrojado por la suerte á las últimas clases de la sociedad, se indigna del desprecio de la turba brillante á quien la casualidad del nacimiento, ó los favores de la fortuna, ha ensoberbecido, y se eleva por efecto de su ingenio sobre todas las clases, y se venga así por la admiracion que inspira de su injusta extraccion.

De este modo Teofrasto osó luchar contra los rigores de la suerte. Nació en una clase comun: Melánte, su padre, era

[146]

un simple Batanador: su patria fué Erésá, en la Isla de Lesbos.

Los vecinos de este jóven, que la Grecia debia admirar algun dia, le creían condenado para siempre á seguir la obscura industria de su padre. Pero, por fortuna, un cierto Alcippo, ó Leucippio (1), daba en Erésá lecciones de filosofia, y recibió al jóven Teofrasto en el número de sus discípulos.

No podia éste permanecer largo tiempo en esta escuela po-

---

(1) Leucippio de Abdera fué el autor de los principios desenvueltos despues por Domócrito, su discípulo, y por Epicuro. Pero el Leucippio, de que aquí se trata, era de esta misma Villa de Erésá, en donde tenia escuela.

[147]

co floreciente, quando en la Grecia entera resonaba la gloria de Platón. De todas partes venian las gentes á escuchar las lecciones de este eloqüente filósofo: su ardiente imaginacion inflamaba todos los espíritus: los fieros tiranos de la Sicilia, demasiado corrompidos para gustar de sus principios, querian á lo menos contarle entre el número de sus cortesanos, y el jóven Teofrasto se creyó digno de escucharlo.

Se embarcó, llegó á Athenas, fué recibido en la Academia, y siguió largo tiempo al brillante discípulo de Sócrates; pero le dexó por Aristóteles, luego que este ingenio ambicioso, cansado de no ser célebre sino por los principios de su maestro, emprendió levantar escuela con-

K 2

tra escuela , y doctrina contra doctrina.

Nuestro jóven filósofo habia tenido hasta entonces el nombre de Tirtame ; pero este nombre poco sonoro , heria el oído delicado de su nuevo maestro : Aristóteles le dió el de Teofrasto (1), por el qual daba una especie de homenaje á la divina eloqüencia de su discípulo.

No obstante , la religion de los Griegos , traída por las Colonias egipcias y fenicias , que los habia civilizado , alterada á la vez , y hermoscada por las invenciones ingeniosas de sus pro-

(1) Teofrasto , que tiene un lenguaje divino , una divina eloqüencia.

pios poétas , y embarazada de estúpidos errores del vulgo , estaba herizada de todo género de supersticiones. Pero estas supersticiones , ridículas á los ojos de los sabios , eran amadas de sus Sacerdotes y de sus encargados de las víctimas , á los quales enriquecian ; y del pueblo , que gusta mas bien de ser seducido , que no ilustrado. Sospechaban que Aristóteles no creía la eficacia de los sacrificios ; los devotos , y sobre todo , los hipócritas se preparaban á intentar contra él una acusacion de impiedad ; él buscó , contra sus enemigos , un retiro en Chalcis , en la Isla de Eubéa ; queriendo , decia , ahorrarse á los Atenieses un nuevo crimen contra la filosofía.

Ninguno de sus discípulos

[150]

manifestaba los mismos talentos que Teofrasto; y así fué á éste á quien dexó por su partida á la cabeza de su escuela, 322 años antes de nuestra era.

Báxo de un tal maestro, el Peripatetismo no podia degenerar. Teofrasto reunió mas de dos mil discípulos, y no se desdenó de hacer partícipe de sus lecciones á Pompilio, uno de sus esclavos, persuadido á que los frutos de la sabiduría deben prodigarse á todos aquellos que son capaces de apreciarlos.

De este modo salió de su escuela Menandro, el autor mas célebre de la nueva comedia, é hizo ver sobre el teatro la pureza del estilo, la honestidad de las costumbres, y la filosofía que habia sacado de las lecciones de

[151]

su maestro. El tiempo nos ha privado de la lectura de sus obras; pero algunas de sus sábias máximas, de las quales estaba penetrado, han llegado hasta nosotros.

¡Ó dias felices, aquellos en los quales el hombre ocioso no va al teatro sino por agradar á su displicencia, y vuelve instruído en las máximas mas provechosas de sabiduría!

Si de Teofrasto no conociéramos sino escritos, dudariamos todavía si debiamos colocarle entre los verdaderos filósofos. Especulaciones justas, profundas, ingeniosas, superiores á los conceptos vulgares, constituyen el talento, y no la filosofía. Ésta consiste en la práctica de la virtud; pero de aquella virtud es-

clarecida por la razon. Teofrasto lo sabía; y así no se distinguió menos por la dulzura de sus costumbres, y por su carácter humano y bienhechor, que por sus luces y su eloqüencia.

El amor de sus conciudadanos fué la recompensa de sus virtudes: la admiracion de los extrangeros, y la estimacion de los Reyes, fueron el homenaje que obtuvieron sus talentos. Él se vió honrado de Casandro, hijo de Antípater, y Rey de Macedonia: Toloméo, Rey de Egipto, intentó llevarle junto á sí. El sabio, si es hombre privado, no consume su vida en viages; pero es reconocido á la estimacion de los Príncipes, porque ésta, prueba en ellos calidades que pueden ser útiles á sus naciones.

Los amigos de la sabiduría pueden reconocer, por el exemplo de Teofrasto, quan grande es su imprudencia quando desdeñan la estimacion del pueblo, que afectan frecüentemente despreciar. Un cierto Agnonides no temió acusar á nuestro sabio de impiedad; pero solo consiguió hacer caer sobre sí la indignacion de los ciudadanos, y le costó no poco trabajo el evitar su propia proscripcion.

Tanto amor, sin embargo, no pudo asegurar el reposo á Teofrasto. Sofocles, hijo de Anfíclides, traxo una ley (306 años antes de la era vulgar) que prohibia, baxo pena de muerte, á todo filósofo de tener escuela, sin estar autorizado por un decreto del Senado y del pueblo. Sin

duda lograba aquel un gran credito para dudar, que semejante cláusula fuese inútil, y que el decreto pudiera obtenerse. Todos los filósofos salieron de Athenas; pero su destierro no duró mucho. Sofocles fué acusado á su vez el año siguiente, y condenado á pagar una multa crecida. Los filósofos fueron llamados, y Teofrasto obtuvo el permiso de volver á abrir su escuela.

Bastantes gentes, porque su entendimiento es corto, creen que la inteligencia de un solo hombre no puede extenderse sino á un solo objeto. No pensaba así el amable y sabio sucesor de Aristóteles, porque hallaba en su continua aplicacion, en la vasta extension de su ingenio, en

la limpieza de sus ideas, en la viveza de sus conceptos; y en fin, en la larga duracion de su vida, el medio de seguir con fruto todo género de estudios; y así dexó un gran número de obras sobre materias de lógica, de física, de metafísica, de moral, de geometria, de fisiología, de política, de historia natural, de medicina, de literatura, de poética, de retórica, de música, de gramática; y no tuvo á menos el escribir tambien dos libros sobre el amor.

Diógenes Laercio nos ha conservado los titulos de sus obras, las quales componian mas de 400 volúmenes.

“Dícese que Teofrasto, próximo á morir, acusaba á la naturaleza de haber prodigado á

„ los Ciervos y á las Cornejas  
 „ una larga vida , la qual les era  
 „ inútil , y de no haber conce-  
 „ dido á los hombres sino un  
 „ corto número de años ; á aque-  
 „ llos , que si sus dias fueran mas  
 „ largos , podrian penetrar todas  
 „ las ciencias , y conducir las ar-  
 „ tes á su perfeccion.”

Pero este pensamiento no es  
 justo , ni propio de un discipu-  
 lo de Aristóteles. Debíó aprend-  
 er de su maestro lo que las ob-  
 servaciones modernas han confir-  
 mado ; esto es , que de todos los  
 animales , excepto el Elefante , es  
 el hombre el que goza de mas  
 larga vida.

Los Griegos confirmaron el  
 juicio de Aristóteles , y miraron la  
 eloqüencia de Teofrasto como di-  
 vina. Ciceron le llama el mas ele-

gante y mas sabio de los filóso-  
 fos.

Séneca , que le era un poco  
 menos favorable ú afecto , y que  
 no quería admitir la divinidad de  
 su eloqüencia , le concedia , no  
 obstante , una elocucion dulce,  
 clara , y producida sin trabajo.

Un rasgo de su vida nos ha-  
 ce conocer la delicadeza del oído  
 ateniense. Él fué jóven á Athe-  
 nas , y quasi no salió de allí , y  
 así la elegancia de su diction le  
 habia procurado la general acep-  
 tacion ; sin embargo , no habia  
 podido contraer toda la finura de  
 la pronunciacion ática.

Un día que regateaba con una  
 vendedora una cosa que quería  
 comprar , le dixo aquella : “ Ex-  
 „ trangero , no la puedo dar me-  
 „ nos : ” Ella conoció en el acen-

[158]

to de Teofrasto, que no era ateniense, y esta observacion causó cierto disgusto al filósofo.

Segun Diógenes Laercio, Teofrasto murió de 85 años; pero los manuscritos de sus caracteres dicen los escribió á la edad de 99. De un pasage de S. Jerónimo se infiere, que falleció á los 107. Es verdad que el Santo parece habla de un Temístocles; pero como le hace decir al fallecer, poco mas ó menos, las mismas palabras que atribuye Ciceron á Teofrasto, se cree que sea este mismo de quien se trató, y que su nombre ha variado por la ignorancia ó negligencia de los copiantes. Lo que puede inspirar alguna desconfianza es, que varios escritores han conservado los nombres de los filósofos,

[159]

de vida extraordinariamente larga, y entre ellos no se hace mencion de Teofrasto. Gocemos de lo poco que nos queda de sus escritos; porque, ¿qué nos importa presentemente la edad que tenia quando los compuso, y el tiempo en que falleció?

---

NOTA.

*No se incluyen aquí los caracteres de Teofrasto, por hallarse ya traducidos al castellano, con arreglo al texto griego, de orden del Supremo Consejo de Castilla, por D. Ignacio Lopez de Ayala.*

## PENSAMIENTOS MORALES

DE TEOFRASTO,

conservados por Diógenes  
Laercio , y por Stobéo.

I.

Mas seguro es entregarse á un caballo sin freno , que á discursos imprudentes y desordenados.

II.

Apenas empezamos á vivir, quando morimos.

III.

Amenudo desechamos con

desden las mas grandes dulzuras de la vida , por ir tras un humo bien vano de gloria.

IV.

Ó abandona enteramente el estudio de la sabiduría , porque ella exige grandes trabajos , ó entregate á este estudio sin reserva , porque te aguarda una grande gloria.

V.

Tú callas en la mesa , bien haces , si eres necio ; pero haces mal , si tienes entendimiento.

VI.

No hay gasto mas costoso, que el del tiempo.

Tomo III.

L

## VII.

En la vida sobrepuja mucho la vanidad á lo útil.

## VIII.

Rendir homenaje freqüente-mente á la divinidad, es la prueba de una sincera devocion: ofrecerla muchas víctimas, es manifestar solamente la riqueza.

## IX.

Es obligacion sagrada alimentar en su ancianidad á nuestros Padres, respetar sus juiciosos deseos, y conformarnos con ellos. No cumplir con esta obligacion, es faltar á un tiempo á las leyes de la naturaleza, y á las de la sociedad, que son los dos cimientos de la justicia.

## X.

Tambien debemos los cuidados mas tiernos, y todos los socorros que inspira la humanidad, á la esposa y á los hijos. Estos nos recompensarán de ello en los servicios que nos harán en la vejez; y nuestras mugeres en los socorros que nos prodigarán en nuestras enfermedades, por su inclinacion á partir con nosotros nuestros gustos y nuestras penas, como prueba del reconocimiento que tienen á nuestro amor.

## XI.

Si te hallas obligado á contratar con alguno, ten cuidado de que sea con un hombre firme y constante.

El sabio no presta sinó con prudencia, y recoge con dulzura lo que ha prestado. Tú has mostrado humanidad en haber sacado de apuro á tu amigo: no te hagas odioso en el momento de retirar lo que te debe.

La mentira, inventada por la envidia y por la calumnia, tiene al principio alguna fuerza; pero no tarda en perderla.

Sabe respetarte á tí mismo, y nadie te hará avergonzar.

Pocas leyes son menester para los hombres virtuosos. No es la ley la que arregla su conducta, antes bien, ésta sirve de modelo á la misma ley.

Los envidiosos son los mas desgraciados de los hombres: ordinariamente no sentimos sino los males que experimentamos; pero el envidioso se aflige igualmente de sus propias desgracias, y del bien de los otros.

La sociedad se mantiene por la beneficencia, por los honores que se prodigan á la virtud, y por el castigo que persigue al crimen.

¿Qué es amor? La pasión de un alma ociosa.

## XIX.

Nada es más frecuentemente estéril, que el amor de la fama.

## XX.

Una muger debe manifestar su entendimiento, no en los negocios de estado, sino en el gobierno de su casa y familia.

## VIDA

## DE MENANDRO.

La censura de la antigua comedia griega era temible. El ciudadano que ella sacrificaba á la risa pública, estaba expuesto en pleno teatro, baxo su nombre, con sus mismos vestidos, y con una máscara parecida á sus facciones. Esta libertad podia ser útil en un pequeño Estado, donde las costumbres públicas eran todavía honestas. Por el temor de la vergüenza, evitaba las faltas que las leyes habrían castigado, y las que éstas no habrían

¿Qué es amor? La pasión de un alma ociosa.

Nada es más frecuentemente estéril, que el amor de la fama.

Una muger debe manifestar su entendimiento, no en los negocios de estado, sino en el gobierno de su casa y familia.

## VIDA DE MENANDRO.

La censura de la antigua comedia griega era temible. El ciudadano que ella sacrificaba á la risa pública, estaba expuesto en pleno teatro, baxo su nombre, con sus mismos vestidos, y con una máscara parecida á sus facciones. Esta libertad podia ser útil en un pequeño Estado, donde las costumbres públicas eran todavía honestas. Por el temor de la vergüenza, evitaba las faltas que las leyes habrían castigado, y las que éstas no habrían

[ 168 ]

podido vengar. La comedia indicaba á la patria los sugetos que debia temer; y afrentados por sus conciudadanos reunidos ya, no podian ser temibles.

Pero quando las costumbres se corrompieron generalmente, quando los Generales, los Magistrados, los Oradores, los Clérigos y los Sofistas se hicieron el argumento de las comedias; esta misma libertad fué mirada como una licencia peligrosa, que esparcía en todos los espíritus la inquietud y la desconfianza. La llaga demasiado envenenada no podia manifestarse sin causar horror. Entonces se vió nacer la nueva comedia, la qual no hablaba de los vicios, respetaba los sugetos, y se contentaba con pintar lo ridículo. Aristófanes habia

[ 169 ]

sido el Príncipe de la antigua comedia, y Menandro lo fué de la nueva.

Florece á éste hácia la ciento y quince olimpiada, cerca de 318 años antes de nuestra era. Nació en Athenas: fué discípulo de filosofía de Teofrasto, y del arte del teatro, del poeta Cómico Alexis. Compuso mas de cien comedias, de las quales no han quedado sino fragmentos, y obtuvo varias veces el premio de las representaciones escénicas. El gran número de obras que daban los antiguos poetas dramáticos, parece una prueba de que el arte era menos difícil entonces, que ahora; y sobre todo, de que el mecanismo de la versificación griega, era mas cómodo que el nuestro.

[ 170 ]

Menandro no tuvo rivales en la elegancia y pureza del estílo. Sus enemigos le echaban en cara lo numeroso de sus plagios ; pero no será cierto que haya robado á sus predecesores , si supo hermosearlos.

Dice Horacio, que no es pequeña gloria el agradar á los Xefes de las naciones. Menandro tuvo esta fortuna y este honor, pues mereció la estimacion y la amistad del Rey de Macedonia, y de Toloméo , hijo de Lagus, Rey de Egipto. La antigüedad ha conservado largo tiempo las cartas que habia escrito á este último Príncipe. Habia dexado algunas otras obras en prosa, á las quales no ha respetado mas el tiempo, que á sus versos.

No tenia mas de 52 años

[ 171 ]

quando se ahogó bañandose en el Piréo. Allí se le elevó un sepulcro , el qual se mostraba todavía á los viageros en tiempo de Pausanias (1).

---

(1) En el 2.<sup>o</sup> siglo de nuestra era, cerca de cinco siglos despues de la muerte de Menandro.

PENSAMIENTOS MORALES  
DE MENANDRO.

I.

La paz mantiene al Labrador hasta sobre rocas estériles ; y la guerra lo destruye hasta en el centro de las mas ricas campiñas.

II.

Quando pensamos hacer una navegacion de quatro días , no nos descuidamos en prevenir quanto puede sernos necesario ; pero no pensamos del mismo

modo en procurarnos algunos recursos para la vejez : este es un viage que tenemos tiempo de preveer , y para el qual no hacemos prevencion alguna.

III.

Tu mano no puede detener la piedra que acaba de arrojar , ni tu boca la palabra que acaba de proferir.

IV.

Una moza en la edad de agradecer , no necesita hablar : su mismo silencio es eloqüente , y la persuasion tiene su asiento en sus labios cerrados.

V.

Mientras que gozamos una vida pacífica , y no estamos agi-

[ 174 ]

tados de temor alguno , no atribuímos nuestra prosperidad á la fortuna ; pero así que caemos en la desgracia , al punto la acusamos de ser la causa de todos nuestros males.

VI.

Si tu cuerpo padece , llama al Médico : si tu espíritu desfallece , llama á tu amigo ; porque la dulce voz de la amistad , es el remedio mas seguro contra la afliccion.

VII.

Encontrar corazones compasivos , es el mayor consuelo en los infortunios.

VIII.

La pobreza debía ser el mas

[ 175 ]

pequeño de los males , supuesto que al instante puede ser socorrida por un amigo.

IX.

En el fuego se exâmina el oro , y en los contratiempos se conocen los amigos. El que lisongea á su amigo en la prosperidad , ama la prosperidad , y no al amigo.

X.

Si envidias la suerte de aquellos mortales que parecen tan brillantes , aprende á leer en sus corazones , y los verás sufrir y padecer como nosotros.

XI.

Si en los males que te afligen piensas en los motivos ó me-

[ 176 ]

dios que ellos te ofrecen para consolarte , podrás soportarlos con menos pena y trabajo ; pero si no te ocupas sino de lo que sufres , y á esto no le opones lo que puede suavizarlo , jamás verás el fin á tus dolores.

X I I.

La esperanza es el único bien que le queda al desgraciado.

X I I I.

¡ Ó rico soberbio ! Á tí , que levantas tu cabeza hasta los Cielos , la muerte te la hará baxar bien presto. Tú posees hoy mil fanegas de tierra , y mañana sobrarán siete pies de ella para tu sepultura.

[ 177 ]

X I V.

¿ Hay un ente mas desgraciado que el pobre ? Éste dice la verdad , y nadie quiere creerle : trabaja , vela , y se fatiga para que otro usurpe , y disfrute tranquilamente el resultado de sus afanes.

X V.

¿ Habrás sido tú el solo de los mortales , formado para ser siempre dichoso , y no hacer mas que aquello que lisongea tus caprichos ? Si con esta condicion te han dado los dioses la vida , te han engañado ; convengo en ello , y tienes razon para quejarte ; pero si has recibido la vida con las mismas leyes que nosotros , y si

Tomo III.

M

[ 178 ]

respiras el mismo ayre que nosotros, tú debes soportar con resignacion los males que son nuestro patrimonio. Tú eres hombre; es decir, que entre todos los animales, eres el que se eleva á mayor altura para caer seguidamente mas baxo. Sería injusticia el murmurar de ello; porque no hay animal mas endeble que el hombre; y esta criatura tan débil, es la que se ocupa de los mas grandes proyectos, y cuya caída arrastra y envuelve con ella los mayores males.

XVI.

Las palabras causan bastantes males; ellas pierden amenudo al que las profiere: calla, pues, ó dí algo que valga mas que tu silencio.

[ 179 ]

XVII.

No mires si soy jóven: examina solamente si mis discursos son de un hombre prudente.

XVIII.

Los animales son en cierto modo mas dichosos, y mas razonables que el hombre. Mira esa bestia de carga, objeto de tu desprecio: parece que la suerte se ha empeñado en agobiarla; pero obligada á soportar lo que la impone la naturaleza, no sufre por lo menos mal alguno que pueda atribuírselo á sí mismo. Solo el hombre no está contento con todos los males que la necesidad acumula sobre su cabeza,

M 2

[180]

y sabe todavía forjarselos nuevos: un estornudo turba su espíritu (1): una palabra desagradable lo irrita: un sueño le ástuta: el canto de un mochuelo lo pone fuera de sí; los procesos, las preocupaciones, la ambicion, y las leyes que nuestros crímenes solos han hecho necesarias, son otros tantos males que nosotros hemos añadido á la naturaleza.

XIX.

Quando un padre reprehen-

(1) Los antiguos miraban los estornudos como presagios funestos; y de ahí viene el uso, que aún subsiste, de hacer votos por el que estornuda.

[181]

de ásperamente á su hijo, y es severo en sus discursos, en su corazon no dexa de ser padre.

XX.

¿Sabes tú qual es el mas esforzado de los hombres? Aquel que puede soportar sin quejarse el mas grande número de injusticias.

XXI.

Si los llantos remediáran nuestras penas; si desde que uno se queja dexára de sufrir, sería necesario comprar las lágrimas á peso de oro. Pero la fortuna es insensible á nuestros gemidos, y sigue siempre su capricho, sin escuchar nuestros gritos, ni advertir nuestro silencio. ¿De qué

M 3

[ 182 ]

sirve, pues, llorar? de nada, sin duda; pero ¡ ah ! la desgracia hace nacer las lágrimas, así como los árboles producen sus frutos.

XXII.

No hay armas mas poderosas, que las virtudes.

XXIII.

La codicia se vuelve contra aquel á quien domina. En queriendo robar el bien de otro, frecuentemente queda uno engañado en sus culpables esperanzas, y ve pasar su propia fortuna á manos ajenas.

[ 183 ]

XXIV.

Si prestas tu oído crédulo á la calumnia, ó tienes un mal corazón, ó la simplicidad de un niño.

XXV.

Los tres Soberanos que gobiernan despóticamente á los hombres, y les hacen obrar, son: la ley, el uso y la necesidad.

XXVI.

La voz del viejo es agradable al viejo: el infante agrada al compañero de su infancia; y la muger dá la preferencia á su sexô: el enfermo se consuela con la vista del enfermo, y el

M 4

[ 184 ]

aspecto del desgraciado ofrece un cierto consuelo al que gime en los infortunios.

XXVII.

Olvida lo que diste, y acuerdate de lo que has recibido. Pero el reconocimiento envejece prontamente, y apenas sobrevive al beneficio.

XXVIII.

Si eres pobre, y casas con muger rica, no digas que tomas muger, sino dí, que te entregas á la esclavitud.

XXIX.

Las buenas costumbres, y

[ 185 ]

no las galas, son las que adornan á las mugeres: ellas son, ó la ruina, ó la felicidad de las familias.

XXX.

El tiempo es el que aclara la verdad; y ésta suele mostrarse quando no se piensa en buscarla.

XXXI.

Todos somos sabios quando se trata de dar consejos; pero si es indispensable evitar defectos, entonces no somos sino niños.

XXXII.

Atreverse á emprehender mucho, es exponerse á cometer bastantes faltas.

[ 186 ]

XXXIII.

La ignorancia no ve ni aun  
lo que se ofrece á su vista.

XXXIV.

Si quieres que te hagan jus-  
ticia, sé justo.

FIN DEL TOMO TERCERO.

---

COLECCION  
DE FILÓSOFOS MORALISTAS  
ANTIGUOS.

---

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



PENSAMIENTOS MORALES

DE ISÓCRATES,

TRADUCIDOS DEL FRANCÉS

AL CASTELLANO

P O R

*D. Enrique Ataide y Portugal.*

TOMO CUARTO.



CON LICENCIA.

En Madrid, en la Oficina de AZNAR.  
AÑO M.DCCC.II.

*Se hallará en la Librería de Castillo,  
frente á las gradas de S. Felipe.*

GOBIERNO DE ESPAÑA  
SECRETARÍA DE HACIENDA



FONDO HISTÓRICO  
RICARDO COVARRUBIAS

[5]

COMPENDIO  
DE LA VIDA  
DE ISÓCRATES.

Isócrates nació en Atenas el primer año de la olimpiada 86, cinco años antes de la guerra del Peloponeso, y 436 antes de la era cristiana (1). Teodoro, su padre, era Mercader de instrumentos de música, que fabrica-

(1) Nos contentamos con dar aquí un compendio sucinto de su vida; y con hacerle conocer sobre todo, como filósofo y moralista.

A 3

[6]

ban sus esclavos. Este comercio no le enriquecía demasiado para vivir con abundancia, y dar á sus hijos la mejor educación. Isócrates, mas feliz que Demóstenes, cuyos primeros años fueron desperdiciados, fué instruído en la eloqüencia por los mas hábiles maestros de su tiempo; y tuvo la ventaja de contar en este número á Pródico, Gorgias, Tisias y Terameno, casi todos revestidos de empleos públicos, y que en medio del ejercicio de sus honrosos cargos, enseñaban el arte de hablar bien, el qual les habia hecho llegar al estado en que se hallaban.

Toda la ambicion de Isócrates era la de servir á su patria como orador, y hacer conocer sus talentos y sus virtudes

[7]

en el gobierno del Estado; pero lo débil de su voz, y una timidez insuperable, no le permitieron jamás el subir á la tribuna: y así se ciñó á componer varios discursos sobre diferentes materias, y á abrir una escuela de eloqüencia, en la qual formó discípulos, que no solo fueron grandes oradores, sino maestros hábiles, famosos políticos, y excelentes escritores en todo género.

Su vida fué muy larga, y en ella no experimentó aquellas incomodidades, quasi siempre inseparables, de la mucha edad. Ciceron cita la vejez de Isócrates como un exemplo de aquellas vejeces dulces y agradables, efecto ordinario de una vida tranquila, sábia y arreglada.

En sus últimos años compu-

[8]

so su Panatenaica, que tenemos todavía, y en la qual se ven brillar algunas centellas de su antiguo ingenio.

La pérdida de la batalla de Chêrona le causó la mas viva pena; y puede decirse, que él fué uno de aquellos á quien este revés funesto arrebató á la Ciudad de Atenas. Él previó todas las conseqüencias; y no pudiendo sobrevivir á la libertad de su patria, se obstinó, durante algunos dias, en no tomar alimento alguno, y murió en fin á los noventa y nueve años de su edad.

Si los autores se pintan en sus escritos, no se puede concebir una idea bastante ventajosa del carácter de Isócrates. En ellos se ven por todas partes

[9]

excelentes lecciones de moral para las repúblicas, para los Monarcas, y para los particulares: se hallan tambien sobre la religion, ideas tan sanas, como podian esperarse de un filósofo nacido en el seno del paganismo, y abandonado á sus solas luces. Las fábulas indecentes relativas á los dioses, que el genio de los poetas habia acreditado, le inquietaban; y en uno de sus discursos declama fuertemente contra los principales inventores de la antigua mitología. Todas sus obras anuncian una nobleza de alma, y una generosidad tan grande como la que se habia observado en varios rasgos admirables de su vida.

Muchas personas se han formado de este orador una idea

[ 10 ]

absolutamente falsa , pues no le miran sino como un escritor pulido y agradable , sin ver apenas en él un filósofo grande , y un excelente moralista. Para desengañarlas , es suficiente traer aquí los testimonios de Platon , y de Dionisio de Halicarnaso. Escuchemos luego á Platon , el qual, en su diálogo intitulado *Phedro* hace hablar así á Sócrates :

“ Isócrates es jóven , mi caro  
„ Phedro ; pero quiero decirte lo  
„ que de él vaticino. Yo lo en-  
„ cuentro de un ingenio supe-  
„ rior á Lysias para la eloqüen-  
„ cia , sin contar con que tiene  
„ mas gusto para la virtud y  
„ para la sana moral. De suerte,  
„ que con el tiempo , y si per-  
„ severa en el género de estudio,  
„ al qual se aplica , no habrá de

[ 11 ]

„ qué admirarse si algun dia so-  
„ brepuja á todos los oradores  
„ que le han precedido , así como  
„ un hombre se aventaja á un  
„ muchacho : y si en este estú-  
„ dio no halla con qué satisfacer  
„ sus deseos , puede ser que se  
„ le vea , apoderado de un mo-  
„ vimiento divino , elevarse á al-  
„ guna otra cosa mas sublime,  
„ porque este jóven es filósofo  
„ naturalmente.”

Dionisio de Halicarnaso no es menos favorable á Isócrates, que Platon. “ Lo que hace para siempre digno de elogio á Isócrates , dice este crítico juicio- so , es la eleccion de asuntos siempre nobles , siempre grandes , y siempre dirigidos á la pública utilidad. No se propu- so solamente el hermosear el

[ 12 ]

» arte de la palabra , sino que  
» quiso tambien perfeccionar las  
» almas , y enseñar á sus discípulos  
» á gobernar sus familias , su  
» patria , y el cuerpo entero de  
» la Grecia. Todos sus discursos  
» respiran , y hacen nacer el amor  
» de las virtudes públicas y privadas.”

Nada puede añadirse á estos testimonios , sino la exposicion misma de la moral de Isócrates: el público por sí mismo verá, por los extractos que hoy ponemos á su vista , si Platon y Dionisio de Halicarnaso han exâgerado. Tres de sus discursos , de los quales , dos han sido compuestos para Nicoclés , Rey de Salamina , y el tercero dirigido á un jóven ateniense , nombrado Demónico , nos han surtido el

[ 13 ]

mayor número de máximas: tambien hemos extractado algunas , de otros diferentes discursos sobre diversos asuntos. Presentaremos alguna vez en masa ciertos lugares un poco mas extendidos , llenos de grandes lecciones , que no debiamos omitir , y que no habriamos podido reducir á máximas separadas. En fin , hemos tratado de formar un cuerpo de moral interesante , propio para hacer conocer el grande escritor , del qual hemos sacado estos excelentes preceptos.

El manual de Epicteto , que ya se ha publicado , encierra , así como el discurso de Isócrates á Demónico , una continuacion de máximas morales mas ó menos extendidas ; pero estas máximas son bien diferentes , ya por el fon-

[ 14 ]

do, y ya por la forma. Epicte-  
to, filósofo austero, traza reglas,  
y prescribe preceptos á todos los  
hombres, para enseñarles á poner  
su virtud y su felicidad al abri-  
go de todas las opiniones huma-  
nas, y de todos los acaecimien-  
tos. Su sabio será dulce y firme,  
porque no se espantará, no se  
irritará, no se afligirá, ni se ale-  
grará de nada; pero será frio y  
apático. La moral de Epicteto es  
pura y sana; su estilo es vivo  
y ajustado, pero sin dulzura y  
sin gracia.

Isócrates, filósofo mas agra-  
dable, y menos severo, enseña á  
su jóven discípulo, no solo á  
mantenerse feliz y virtuoso en  
medio de los hombres, sino á  
agradar á aquellos con los qua-  
les debe vivir; á no incomodar-

[ 15 ]

los con su manejo: á usar de  
prudencia y circunspección en el  
gobierno económico de sus inte-  
reses; y á prestarse tambien al-  
guna vez á las circunstancias de  
los tiempos, y al gusto de las  
personas. Su moral, aunque muy  
pura generalmente, no es siem-  
pre de la mayor severidad: la  
dicción es grave, pero dulce y  
suave: el escritor hizo estudio  
de contentar el entendimiento con  
la precision del estilo: de elevar  
el alma con la grandeza y no-  
bleza de los sentimientos; y de  
halagar el oído con los encantos  
y harmonía del language.

PENSAMIENTOS MORALES  
DE ISÓCRATES.

## I.

En los discursos de moral no hay que buscar cosas nuevas, porque estas materias no nos ofrecen sino verdades simples y comunes, sacadas de las acciones ordinarias de la vida. El mérito de estas obras consiste en juntar, quanto es posible, las máximas esparcidas entre todos los hombres, y presentarlas de un modo interesante.

## II.

Las lecciones que se dirigen á los particulares, solo aprovechan á ellos mismos: instruir á los Soberanos y á los pueblos, es asegurar al mismo tiempo la autoridad de los unos y la felicidad de los otros.

## III.

Estimad sobre todo al hombre sabio, que tiene grandes miras, y persuadiros á que un amigo de buen consejo, es de todos los bienes, el mas precioso, el mas necesario, y el mas digno de un Rey.

## IV.

Creed que contribuís eficazmente á extender vuestro Impe-

Tomo IV. B

[ 18 ]

rio, si gustais de que os inspiren el gusto de los conocimientos útiles.

v.

Segun sea la sabiduría del Soberano, así será la gloria y la prosperidad de su reyno.

vi.

Trabajad en sobrepujar á los otros en mérito, tanto como los sobrepujais en grandeza y dignidad.

vii.

No os imagineis que los cuidados del estudio, tan útiles por otra parte, no sean de socorro alguno para hacernos mas virtuosos y mas sabios: el hombre sería demasiado infeliz, si habien-

[ 19 ]

do hallado el medio de adiestrar y domesticar los animales mas feroces, no pudiera formarse él mismo para la virtud.

viii.

Traed junto á vos quantos sabios haya en vuestro reyno: traedlos tambien, si es necesario, de los países mas remotos: buscad á los poetas y filósofos mas estimables: oíd las máximas de los unos, y practicad las lecciones de los otros. Por lo que hace á las artes y las habilidades, contentaos con ser juez; pero en todo lo que tiene relacion con el reynar, sed zeloso de disputar vos mismo el precio.

ix.

No es necesario exhortaros á

B 2

que os instruyais, si conoceis bien quanta indignacion causa el que el insensato gobierne al sabio, y que el hombre sin mérito, mande al hombre de un mérito distinguido. Mientras mas os choque la ignorancia en los otros, mas priesa debeis daros para adquirir conocimientos útiles.

## X.

Amad á los hombres, y amad á vuestros vasallos. Si no amásemos á todos los seres, cuyo cuidado nos está confiado como hombres y animales, ¿cómo podriamos gobernarlos? Amad, pues, al pueblo, y hacedle amar vuestra autoridad. Persuadido á que todo gobierno se mantiene con el cuidado de saber manejar los intereses de la multitud: vos sa-

breis protegerla y contenerla á un propio tiempo: vos elevaréis á los honores á los mas dignos ciudadanos, y defenderéis á los otros de la opresion.

## XI.

Cambiad y reformad las ordenanzas y las costumbres viciosas: adoptad los sabios reglamentos de los extrangeros, si vuestra sabiduria no os los dicta mejores: no establezcáis sino leyes justas, útiles y conseqüentes, tan poco capaces de producir enredos entre los ciudadanos, como propias para acabarlos prontamente; porque tales son las qualidades que debén tener las buenas leyes. Haced de modo que sea tan facil el enriquecerse en el comercio, como arruinarse pley-

[ 22 ]

teando; por este medio se evitará lo uno, y se apresurarán hácia lo otro. Sea siempre vuestra justicia imparcial, y sorda al favor, y vuestros juicios, siempre los mismos, no se muden sino segun los objetos. La dignidad del Príncipe, y el adelantamiento de los pueblos, piden que estos sentimientos tengan el carácter de buenas leyes, y sean tan inmutables como ellas.

XII.

Gobernad vuestro reyno como un padre gobierna su familia. Sed tan magnífico quando se trata de desplegar el aparato de la magestad real, como económico en vuestra vida doméstica, y en la administracion de vues-

[ 23 ]

tras rentas: éste es el medio de sostener el honor de vuestra clase, y de ser para todo.

XIII.

No intentéis brillar con estériles profusiones, las quales se desvanecen, y no dexan despues señal alguna: mostrad magnificencia, sea en las grandes ocasiones en que debéis manifestaros, en la adquisicion de posesiones sólidas, ó en recompensar á los amigos fieles. Los gastos de esta especie no los perderéis, y serán mas provechosos para vuestros descendientes, que las vanas suntuosidades.

XIV.

Sed fiel inviolablemente á la religion de vuestros padres. Acor-

B 4

[ 24 ]

daos de que el homenaje de un corazon recto y virtuoso honra mas á los inmortales, que la pompa del culto exterior y la multitud de victimas: mas bien se obtiene de ellos lo que se les pide por la justicia, que por los sacrificios.

XV.

Conferir los empleos mas brillantes á vuestros mas inmediatos parientes; pero reservad los mas importantes para vuestros mas sinceros amigos.

XVI.

Creed que vuestra prudencia, la virtud de vuestros amigos, y el amor de vuestros vasallos, son la mejor custodia de vuestra persona: por estos me-

[ 25 ]

dios sobre todo se adquiere y conserva la autoridad.

XVII.

La fortuna de los particulares no debe ser indiferente; ellos no pueden arruinar sus negocios sin perjudicar los vuestros, ni aumentar sus riquezas sin aumentar vuestros tesoros. La opulencia de cada ciudadano es un fondo seguro para los buenos Reyes (1).

---

(1) No se cree generalmente que deba añadirse nada á las máximas de Isócrates, por ser claras y fáciles de entender. Pero aquí no podemos escusar el citar una respuesta de Enrique IV, la qual tiene mucha relacion con la máxima presente. Un Embaxador extranjero le pre-

Sea vuestro reyno un asilo seguro para todos los extrangeros, y encuentren en él una justicia siempre pronta. Si van á vuestra Corte, preferid á aquellos que manifiesten zelo en merecer vuestros beneficios, á aquellos que os traen presentes: honrar á los primeros, es honraros á vos mismo.

Mostraos en todas las circunstancias que os halleis, amigo de

preguntó, ¿quanto le valia la Francia? "Lo que yo quiero" respondió este buen Rey. Era porque procuraba á sus vasallos los medios de enriquecerse, y por lo mismo contaba siempre con lo que tenían.

la verdad, y religioso observante de vuestras promesas: vuestra simple palabra debe ser mas sagrada, que los juramentos de los otros (1).

No trateis de gobernar vuestro pueblo con el terror, ni de intimidar á la inocencia. Quando vuestros vasallos hayan aprendido á amaros, mas que á temeros, vos mismo los amaréis sin temerlos.

(1) Si la buena fé y la verdad, decia Juan el Bueno, Rey de Francia, fueran desterradas de todo el resto del mundo, debieran encontrarse en la boca de los Reyes.

No hagais nada con cólera: afectad que estais irritado, siempre que sea preciso y oportuno. No seais menos exâcto en inquirir las faltas, que en castigarlas con moderación, y en que la pena sea siempre inferior al delito.

No saque su fuerza vuestra autoridad, ni de la dureza del mando, ni del rigor de los castigos, sino de la superioridad de vuestra sabiduría, y de la opinion que tengan los ciudadanos de que sois mas ilustrado que ellos mismos sobre sus verdaderos intereses.

Procurad el adquirir los conocimientos que debe tener un guerrero; y pronto siempre á defenderos, mostrad que sois amigo de la paz, por vuestra aversion á toda usurpacion.

Tened con los Estados pequeños las mismas consideraciones, que las que queriais tuviesen con el vuestro otras Potencias mas poderosas.

No lleveis siempre con rigor vuestros derechos, y no trateis de combatir sino quando os sea útil el vencer. Nadie es despreciable quando cede por ventaja

[ 30 ]

suya , sino quando triunfa en perjuicio suyo.

xxvi.

No honres con el título de grande al que forma proyectos sobre sus fuerzas , sino al que, sabio en sus deseos , puede executar todo lo que emprehende.

xxvii.

No admire al Príncipe que supo adquirir un grande Imperio , sino al que sábiamente gobierna los Estados que ha recibido de sus padres. Cree que para ser verdaderamente dichoso, no hay necesidad de mandar á pueblos numerosos enmedio de los peligros y los temores , sino contentarse con la fortuna que se tiene , manifestarse como uno

[ 31 ]

debe ser , y no tener sino deseos moderados para poder satisfacerlos.

xxviii.

No hagais amigos por casualidad , y no os inclineis sino á hombres dignos de vuestra amistad. Buscad Ministros zelosos, mas bien que cortesanos lisongeros.

xxix.

Mostraos difícil en la elección de vuestros amigos , y preferid siempre á aquellos que os harán mas perfecto , y que darán á los otros una idea mas alta de vos mismo.

xxx.

Experimentad con cuidado á

[32]

los hombres que os rodean, y persuadiros á que las personas retiradas de vuestra Corte, os creen semejante á aquellos con quienes gustais vivir.

XXXI.

Para empeñaros á escoger bien vuestros Ministros, no olvidéis jamás que sois responsable de su conducta.

XXXII.

Mirad como un amigo seguro al hombre sincero que os advierte vuestras faltas, y no al que os aprueba todo lo que decís y haceis.

XXXIII.

Dexad á la sabiduría la libertad de hacerse oír: ella se

[33]

apresurará á daros sus consejos en los negocios espinosos.

XXXIV.

Aprended á distinguir el verdadero amigo, del lisongero artificioso; y jamás favorezcáis el vicio en detrimento de la virtud.

XXXV.

Escuchad lo que vuestros cortesanos dicen unos de otros: éste es el medio de conocer á la vez, tanto á los que hablan, como á los que son el objeto de sus discursos.

XXXVI.

Castigad la calumnia como castigariais el crimen.

Tomo IV.

C

Vos mandais á los otros; mandaos á vos mismo : pensad que es indigno de un Monarca el hacerse esclavo de sus pasiones , y que éste debe ser dueño de sus deseos , mas que de sus vasallos.

No hay que aplaudirse de lo que podria ser obra del malo ; haced consistir vuestra principal gloria en la virtud , que nada tiene de comun con el vicio.

Los honores mas sólidos no son aquellos que os rinden públicamente ; porque estos son con frecuencia hijos del temor. Lo

que debe lisongearos es , el ver á los ciudadanos en el seno de su familia , admirar la grandeza de vuestra alma , mas bien que la elevacion de vuestra clase.

Si os sucede el tener gustos despreciables , encubridlos ; pero no temais manifestar vuestro ardor por las cosas grandes.

No exijais de los simples particulares , el que sean arreglados en su vida , mientras que vos os permitis el vivir sin regla : manifestaos , por el contrario , un modelo de sabiduría , porque el pueblo toma el exemplo de sus dueños.

[36]

XLII.

La mejor prueba que podeis tener de la prosperidad de vuestro reyno, será la de llegar á ver al fin á vuestros vasallos mas ricos y mas sabios.

XLIII.

Sed mas zeloso en dexar gloria á vuestros hijos, que no riquezas : estas son perecederas, y la gloria es inmortal. El oro puede ser el precio de la gloria ; pero la gloria no se compra con el peso del oro. Los hombres sin mérito pueden ser ricos ; el mérito solo , puede ser celebre.

XLIV.

Sed tan magnífico quando os manifestais al pueblo, como sim-

[37]

ple y austéro en vuestra vida privada, y como conviene á un Príncipe : de este modo la multitud herida del resplandor de vuestra persona, os creerá digno de mandar ; y vuestros privados, en la distancia proporcionada para conocer la fuerza de vuestra alma, tendrán de vos la misma opinion.

XLV.

Observaos en vuestras acciones y en vuestras palabras : esta atencion os hará evitar bastantes faltas.

XLVI.

Lo esencial sería el mantenerse en los limites de una exâta moderacion ; pero como no es facil el determinar estos limites,

C 3

[ 38 ]

preferid el quedaros del lado de acá , mas bien que del lado de allá. Mas cerca se está de la moderacion , no yendo hasta el cabo , que quando se pasa de él.

XLVII.

Sed grande y popular á la vez. El ayre de grandeza conviene al poder soberano , y la popularidad al comercio de la amistad. Es difícil observar el justo medio , porque ordinariamente , el que afecta grandeza , enfada ; y el que se pica de popularidad , se envilece. Es necesario reunir las dos qualidades , evitando el uno y otro extremo.

XLVIII.

Para adquirir un conocimiento perfecto de los deberes del

[ 39 ]

Soberano , unid la experiencia al estudio. El estudio os indicará los medios para obrar en la ocasion , y la experiencia y el uso os procurarán la facilidad.

XLIX.

Exâminad la conducta de los Príncipes y de los particulares ; considerad quales hayan sido sus conseqüencias , y lo pasado os instruirá para lo futuro.

L.

Al ver á unos simples ciudadanos exponerse á morir para merecer elogios despues de su muerte , ¡ quán indigno sería de un Monarca el excusarse de hacer acciones que le cubriesen de gloria durante su vida!

C 4

[40]

L I.

Haced de suerte que las estatuas, y las imagenes que queden de vos, acuerden mas bien los rasgos de vuestras virtudes, que los de vuestra persona.

L I I.

Emplead todos vuestros cuidados en poner os y vuestro reyno al abrigo de todo peligro; pero si os es necesario arrostrar los riesgos antes que vivir en el oprobrio, sabed morir con honor.

L I I I.

Aunque hagais lo que hagais, no olvideis que sois Rey, y acordados de no hacer jamás cosas impropias de la magestad del trono.

[41]

L I V.

Temed el morir todo entero: compuesto de un cuerpo fragil y de una alma inmortal, trabajad á lo menos para dexar una eterna memoria de la mas noble porcion de vos mismo.

L V.

Acostumbraos á hablar de las bellas acciones, á fin de aprender á pensar cómo hablareis, y executad aquello que os haya hecho aprobar una sana razon.

L V I.

Lo que admirais, imitadlo; y las lecciones que diereis á vuestros hijos, ponellas vos mismo en práctica.

[ 42 ]

LVII.

Gobernar ó dominar, son dos cosas que frecuentemente confunden, y sin embargo son bien diferentes. El que gobierna, consagra todos sus cuidados á la felicidad de los que le obedecen; y el que domina, por el contrario, hace servir á sus placeres los trabajos y las penas de aquellos á quienes manda.

LVIII.

Un Príncipe sabio, en vez de procurarse placeres con los sudores ajenos, no excusa los suyos para que sus vasallos sean felices.

LIX.

Un buen Monarca, bien di-

[ 43 ]

ferente de los otros Príncipes que encargan los trabajos, y se reservan los placeres, toma á su cargo las fatigas, y hace comunes las ventajas.

LX.

¡Cómo podrian dexar de ser sagrados, los dias consagrados á la felicidad de los pueblos!

LXI.

Los homenajes de un corazon libre y fiero, son infinitamente mas lisongeros que las bajas adulaciones de un alma servil.

LXII.

En obrando con tiranía, se cae inevitablemente en los ma-

[ 44 ]

les que ella arrastra, y tarde ó temprano se sufre lo que se hacía sufrir á los otros.

LXIII.

El poder tiránico es una carga que agobia, y pesa tanto á los opresores, como á los oprimidos.

LXIV.

El medio mas seguro que tiene un Principe para no hallarse agobiado con el peso de los negocios, es el ocuparse en ellos: el verdadero reposo para él, no es el fruto de la inaccion, sino un sabio empleo del tiempo, y un trabajo sostenido.

[ 45 ]

LXV.

Un verdadero Monarca no trata de imprimir, ni inspirar respeto con la severidad del semblante, sino con la dignidad de su conducta. Como dueño y no esclavo de sus pasiones, quiere con un trabajo moderado asegurarse de los placeres durables, y no prepararse largos trabajos por placeres de un momento.

LXVI.

No descuides nada, dice Isócrates á Filipo, para asegurarte la amistad de Atenas. Mucho mas glorioso es ganar el afecto de los pueblos, que forzar plazas. Las conquistas forman siempre enemigos, y á los soldados es á quie-



Theseo, ilustres por una virtud rara y por un valor sublime, todos se apresurarán á alabar á los guerreros de Troya, y á los que les son parecidos. Los mas famosos de aquellos héroes reynaron en pueblos pequeños y en islas estrechas; y sin embargo llenaron toda la tierra de lo célebre de sus nombres (1): porque, sin duda, no son los mas amados entre ellos, los que se han adquirido á sí mismos el gran poder que mas deseaban, sino los que

---

(1) Testigo Ulises, cuyo nombre tanto se ha extendido, aunque reynó sobre la pequeña isla de Itaca: esta isla, dice Ciceron, que colocada sobre la punta de una roca, parecia desde lejos un simple nido.

han hecho á la Grecia los servicios mas señalados.

Y no solo con respecto á los héroes de Troya han tenido estas disposiciones, sino con relacion tambien á todos los Griegos que han seguido sus huellas. Por exemplo, si celebran nuestra república, no es por haber adquirido el Imperio de las mares: enriquecido su tesoro con las contribuciones de sus aliados; destruído, agrandado ó gobernado á su gusto los pueblos de su dominacion: estas ventajas que en otro tiempo hemos gozado, no nos han atraído sino reconven- ciones; pero lo que toda la tierra admira en nosotros, son las batallas de Marathón y de Salamina, y principalmente el genero-

[ 50 ]

so abandonó que hicimos de nuestra Ciudad por la felicidad de la Grecia (1). Por esta misma regla juzgan á los Lacedemínios: su derrota en los Termópilas es mas célebre que todas sus victorias. Se contempla con un sentimiento de admiracion y de amor, el trofeo erigido contra ellos por los bárbaros; en tanto, que no pueden verse sin gemir los que ellos mismos han erigido contra los Griegos: el uno es para nosotros el testimonio del valor, y

---

(1) Los Ateníenses, por salvar la Grecia, abandonaron dos veces la Ciudad, que dos veces fué quemada y destruida; la primera por Xerxes, y la segunda por Mardonio, su General.

[ 51 ]

los otros no son mas que un monumento de ambicion (1).

L X I X.

Para convencersos de mi exâctitud en observar la justicia, acordaos de las circunstancias en que subí al trono. Los tesoros de mi padre se hallaban agotados: las rentas estaban en el mayor desorden: la confusion reynaba en todas partes: todo pedia los mas

---

(1) Nicoclés, Rey de Salamina, en un discurso, que Isócrates supone haber sido dirigido por este Monarca á sus vasallos, les da cuenta de los principios de su administracion y de su conducta; principios que hemos recopilado como una leccion importante.

D 2

[ 52 ]

grandes cuidados , mucha atencion y crecidos gastos. Yo no ignoraba que en semejantes coyunturas suele mostrarse poca delicadeza sobre los medios , y que frecuentemente se ve uno obligado á obrar contra su carácter. Ninguna consideracion ha sido bastante para hacerme abandonar mis principios : todo lo he arreglado con la mas escrupulosa integridad , sin descuidarme en aquello que podia contribuir á la gloria y á la prosperidad de mi reyno.

Bien distante de aquella ambicion que codicia las posesiones de otro , y que para emprender usurpaciones sobre los vecinos , no necesita mas que creerse superior en fuerzas , se me ha visto resistir á los exemplos

[ 53 ]

que tenia á la vista , rehusar tambien los países que se me ofrecian , y preferir el encerrarme en los límites de mis antiguos Estados , mas bien que retroceder de sus fronteras , por la violencia y la injusticia.

Sobre el artículo de la moderacion , tengo que decir mas en favor mio. Yo sabia que nada es mas grato á los hombres , que sus mugeres y sus hijos : que las injurias hechas á estos objetos de su ternura , son las que menos perdonan : que semejantes ultrages , ocasionan las mas tristes catástrofes ; y que varios particulares , y hasta Monarcas , han sido sus víctimas. Con respecto á esto , nada he tenido que echarme en cara ; y desde el primer momento de mi reynado,

[54]

tomando un empeño legítimo, me he privado todo otro gusto; no porque ignoráse que á los Príncipes se les perdonan fácilmente estas debilidades, siempre que en sus placeres respeten el honor de sus vasallos, sino porque he querido que mi conducta estuviese al abrigo de la mas ligera sospecha, y poder ofrecerla como un modelo á mi pueblo, sabiendo que el común de los ciudadanos sigue siempre el exemplo de sus dueños. Yo consideré tambien que los Reyes debian ser mas perfectos que los simples particulares, con proporcion á la superioridad de su gerarquía; y me parece que en ellos sería el colmo de la injusticia el obligar á sus subditos á no desmandarse, en tanto que ellos

[55]

quebrantaban toda ley. Viendo por otra parte muchas almas bastante comunes, que triunfaban de las otras pasiones, y muchos grandes personages que se habian dexado vencer del deleyte, yo he logrado gloriarme de haber resistido á sus atractivos, y de haberme elevado con este esfuerzo, no sobre el simple vulgar, sino sobre los héroes mas recomendables en toda otra virtud. Por mí, nada conozco mas criminal que esos Príncipes que se ve, en desprecio de un vinculo formado por la vida, mudar de objeto todos los dias, y afligir con su inconstancia á una compañera, á la qual nada querrian perdonarla. Estos Príncipes, que fieles á sus otros empeños, no forman ningun escrúpulo de

violar el mas sagrado de todos, y el mas inviolable, no conocen que una conducta semejante, les prepara, hasta en sus mismos Palacios, disensiones y turbulencias. Pero un Monarca sabio, no contento con mantener la paz en sus Estados, debe estudiar el modo de hacerla reynar en su propia casa, y en todos los lugares que habita: estos son los deberes que prescriben la templanza y la justicia.

Despues de estos motivos y reflexiones, y con arreglo á ellas, he preferido entre las virtudes la templanza y la justicia; y entre los placeres, aquellos que nacen de las acciones honestas, y cuyo fruto es la gloria.

Cada uno de vosotros (es un Príncipe que traza él mismo á sus vasallos sus obligaciones), cada uno de vosotros debe desempeñar su empléo con rectitud y con puntualidad, porque si por defecto de uno ú otro faltais á lo que os está prescrito, los negocios fallarán, á lo menos por vuestra parte. Guardaos, pues, de desdenar ó abandonar el objeto que se os haya confiado: no os figureis que éste sea con respecto al estado de una ligera importancia: aplicad á él la mas severa atencion, y convenceos de que el todo irá bien ó mal, segun que cada parte será bien ó mal arreglada.

[ 58 ]

LXXI.

Cuidad de los negocios públicos, como de los vuestros propios, y no mireis como una mediana ventaja los honores que se hacen al zelo de vuestros Ministros.

LXXII.

Respetad los bienes de otro, si quereis poseer tranquilamente los vuestros.

LXXIII.

Sed con respecto á los otros, lo que quereis que yo sea con respecto á vos.

LXXIV.

No os apresureis en enriqueceros : preferid siempre á una

[ 59 ]

grande fortuna, una buena reputacion. Entre los bárbaros (1), como entre los Griegos, són los mas distinguidos por sus virtudes, aquellos que gozan de la mas sólida prosperidad.

LXXV.

Creed que las injustas ventajas mas bien son escollos, que no riquezas.

LXXVI.

No mireis, ni como una pérdida, lo que deis; ni como una

---

(1) Se sabe que los Griegos llamaban extrangeros á todos aquellos que no eran ciudadanos de su república, y bárbaros á todos los que no eran Griegos.

[60]

ganancia, lo que os dieren. Ni se pierde ni se gana siempre, dando ó recibiendo: ni uno ni otro es ventajoso, sino segun las circunstancias, y en tanto que se obra por un principio de virtud.

LXXVII.

No executeis con disgusto ninguna orden mia: mientras mas servicios me hagais, mas utilidad encontraréis.

LXXVIII.

Cada uno de vosotros debe persuadirse á que el mas secreto de vuestros malos designios no me puede estar oculto, y á que yo estoy presente á sus deliberaciones en espíritu ó en pre-

[61]

sencia. Esta reflexiõn os hará tomar partidos mas sabios.

LXXIX.

No oculteis, ni lo que poseéis, ni lo que haceis, ni lo que proyectais hacer; creed que el disfráz no camina jamás sin el temor.

LXXX.

Evitad en vuestra conducta las vias obscuras y torcidas: haced que aquella sea tan simple y tan franca, que no presente presa á la calumnia.

LXXXI.

Sed vosotros mismos los jueces de vuestras acciones: haced cuenta que son malas, si deseais

[ 62 ]

que yo las ignore; y que son buenas, si llegando á mi noticia, han de darme de vosotros mejor idea.

LXXXII.

Si veis que algunos ciudadanos obran contra mi autoridad, no temais el romper el silencio: denunciarlos: ocultar el crimen, es tener parte en él.

LXXXIII.

No tengais por dichoso al que hace el mal al abrigo del secreto, sino á aquel que sabe abstenerse de él. Tarde ó temprano sufrirá el uno la pena que merece; y el otro recibirá la recompensa, de la qual es digno.

[ 63 ]

LXXXIV.

No forméis, sin mi acuerdo, ni asociaciones, ni asambleas: ellas pueden ser útiles en otros gobiernos; en una Monarquía serán peligrosas.

LXXXV.

No os contenteis con abstenos de cometer faltas, sino con hacer todo aquello que sea capaz de destruir hasta la mas mínima sospecha.

LXXXVI.

Creed que nada es mas seguro, ni mas sólido, que mi favor.

Trabajad en mantener la constitucion presente, sin suspirar por una mutacion; las revoluciones que trastornan los estados, no reservan las fortunas particulares.

No es solamente el carácter de los Reyes, sino el de los vasallos, el que hace dulce ó rigurosa la administracion. La falta de docilidad en aquellos á quienes se gobierna, obliga frecuentemente á tratarlos con mas severidad que se querria.

Contad menos con mi indulgencia, que con vuestra virtud.

Estad persuadidos á que vuestra seguridad depende de la mia: si mis negocios prosperan, los vuestros prosperarán tambien.

Si se trata de obedecer, sed simples, dóciles y adictos á los usos recibidos, y observadores exáctos de las ordenanzas del Soberano; pero mostraos con magnificencia y grandeza, quando se trate de desempeñar funciones públicas, y de hacer executar mis órdenes.

Excitad los jóvenes á la virtud, no solo con avisos y preceptos, sino enseñandoles con

[66]

vuestro exemplo lo que deben ser los buenos ciudadanos.

XCIII.

Criad vuestros hijos con la debida sumision al Príncipe, y acostumarlos desde luego á que sea su principal estudio el exercicio de esta virtud. Ellos se hallarán mas en estado de mandar, quando sepan obedecer. Sean honestos y fieles, y tomarán parte en nuestra prosperidad; y arriesgarán su fortuna, si son viciosos y perversos. La mas bella y mas sólida riqueza que podiais dexarles, es mi benevolencia.

XCIV.

Mirad como digno de horror y compasion al hombre que fal-

[67]

ta á la buena fé, y abusa de la confianza. Un hombre semejante, debe pasar su vida, necesariamente, sobresaltado, temiendo á todo el mundo, y desconfiando de sus amigos, tanto como de sus enemigos.

XC V.

No se debe envidiar la suerte de los que poseen inmensas riquezas, sino la de los que nada tienen que echarse en cara. Una conciencia pura, es la que hace pasar los dias con felicidad.

XCVI.

No os figureis que el vicio sea mas útil que la virtud, y no sea odioso sino en el nombre: juzgad de la diferencia de las cosas,

E 2

[ 68 ]

por las diferencias de nombres  
que se les ha dado.

XCVII.

No tengáis envidia á los ciu-  
dadanos que ocupan los prime-  
ros puestos, sino procurad, con  
una noble emulacion, y con los  
mismos servicios, elevaros á la  
misma clase.

XCVIII.

Amad y respetad al que se  
halla honrado con el favor del  
Principe, á fin de que podáis  
obtener para vos mismo la pro-  
pia ventaja.

XCIX.

Lo que dices en presencia  
nuestra, pensalo en ausencia  
nuestra.

[ 69 ]

C.

Manifestadnos vuestro afecto,  
mas bien con obras, que no con  
palabras.

CI.

No hagas á los otros lo que  
no querrias aguantar de ellos.

CII.

Lo que en otro vituperais,  
no lo manifesteis en vosotros mis-  
mos.

CIII.

Esperad el ser dichosos ó  
desgraciados, segun vuestras ma-  
las ó buenas disposiciones, con  
respecto á vuestro Principe.

E 3

[70]

CIV.

No os contenteis con alabar á las gentes honradas, imitadlas.

CV.

Sean leyes para vosotros mis simples palabras: tened cuidado de conformaros con ellas, y acordaos de que, para adelantar, debéis obrar con arréglo á lo que ordéno.

CVI.

Para concluir, en una palabra, sed, con respecto al Príncipe que os manda, lo que quisierais que fuesen, con respecto á vosotros, los que os obedecen. Unios solamente á este Príncipe: poco hay que detenerse acerca

[71]

del bien que de ello puede resultaros. Sí, por lo que hace á mí, yo continúo gobernandoos como antes, y vos me estais sumisos siempre; y así, no tardará el que veais el aumento de vuestras fortunas, el engrandecimiento de mi Imperio, y la prosperidad de todo el reyno. Iguales adelantamientos, no se pagan bastantemente con el precio de todos los peligros y de todos los trabajos; pero aquí, vuestra fidelidad sola, y vuestra exâctitud, os conducirán sin fatiga al colmo de la felicidad.

CVII.

Los partidarios del vicio, y los de la virtud, rara vez están de acuerdo, mi querido Demó-

E 4

nico (1); pero principalmente difieren con respecto á la amistad. Los unos conservan afecto á sus amigos, aunque estén ausentes; y los otros, por el contrario, solo les manifiestan cariño mientras están presentes. La amistad de los malos es poco durable; pero el tiempo no altera jamás la de los buenos. Por esto, y porque es cierto que el

---

(1) Demónico, á quien dirige Isócrates un discurso de moral, era un jóven ateniense, hijo de un Hippónico, conocido en la historia de Atenas por su nacimiento, por sus grandes riquezas, y por su mérito personal. Lo que se ha sacado del discurso que precede á las máximas, merece ser citado enteramente, como se hace.

deséo de la ciencia y el amor de la gloria, nos arrastran á imitar á los que se manifiestan zelosos de conciliarse la estimacion pública, os envío este discurso como una prenda de mi amistad, y como una prueba, de la que me unia á Hippónico, vuestro padre; porque los hijos, no deben heredar menos la amistad, que los bienes de sus progenitores.

La fortuna se presta á nuestros votos, y nosotros nos hallamos dispuestos, el uno y el otro, del modo mas favorable: vos teneis un extremo deséo de aprender, y para mí es un placer el enseñar: vos estais apasionado al estudio de las letras, y yo gusto de dirigir á los que se entregan á este estudio. Si es

[74]

bueno el exhortar á los amigos á que se apliquen á la eloqüencia, éste es otro género de instrucción mucho mas interesante: dirigir los jóvenes: ocuparse en formar sus costumbres: inspirarles la virtud mas bien que exercitarlos en el arte de la palabra; este es un punto tanto mas esencial, como que es infinitamente mejor conducirlos á vivir bien, que enseñarlos á que hablen bien.

No es mi deséo, mi caro Demónico, el ofreceros aquí preceptos de eloqüencia, sino lecciones de moral. Es preciso que aprendais temprano lo que debe buscar ó evitar un jóven de vuestra edad: con qué personas debe acompañarse; en fin, cómo debe arreglar su vida: porque solo aquellos que saben con-

[75]

ducirse, y han entrado en el verdadero camino, son los que pueden llegar al fin que se proponen, y asegurarse de la virtud, que es el mas grande y el mas sólido de todos los bienes. La hermosura es una flor que puede ajarse con una enfermedad, y á quien el tiempo hace desaparecer: las riquezas, frecuentemente instrumentos del vicio, nos entretienen en una vida floxa, y llevan la juventud al deleyte: la fuerza del cuerpo, unida á la prudencia, no es ciertamente la menor ventaja; sola aquella, daña mas que aprovecha: tanto como ella es útil á los atletas para sus exercicios, tanto es perjudicial para las operaciones intelectuales. La sola virtud es siempre provechosa: ella no aban-

[76]

dona en la vejez á aquellos en quienes se ha aumentado y fortificado con la edad : infinitamente preferible á las riquezas y á la cuna , encuentra siempre facil lo que parecería imposible: soporta con valor lo que espanta á la multitud : se avergüenza de la indolencia , y se honra con el trabajo. Es facil vencerse de lo expuesto por los combates de Hercules , y por las hazañas de Teséo : grabada en el alma de estos dos héroes , la virtud imprimió sobre todas sus acciones el sello de una grandeza , á la qual , la duracion de los siglos no ha podido aún borrar la memoria.

Pero sin salir de vuestra familia , ¡ó Demónico ! acordaos de la conducta de vuestro pa-

[77]

dre : ella es el mas bello exemplo que se os puede proponer para que le sigais.

Fiel á la virtud , jamás se abandonó á la ociosidad : fortificando su cuerpo con el trabajo , afirmó su alma con la costumbre de los peligros : justo apreciador de las riquezas , gozaba de sus bienes como un hombre persuadido á que no era inmortal , y los administraba con tanta economía , como si hubiese creído que no debía morir : digno de ser honrado , y lleno de magnificencia , nada se veía que no fuese noble en su modo de vivir : inclinado sin reserva á sus amigos , les profesaba mas afecto que á sus mismos parientes : conocia que para formar los nudos de la amistad , la in-

[78]

clinacion tiene mas fuerza que la ley : la eleccion , que la necesidad : las relaciones del carácter, que los derechos de la sangre.

El tiempo me faltaria si quisiera entrar aqui en todos los pormenores de su vida. Puede ser que algun dia pueda emprender tan gustosa ocupacion ; y baste al presente el haberos presentado este pequeño bosquejo, para que pueda servir de modelo. Si , mi querido Demónico, vos debeis mirar las virtudes de vuestro padre , como regla vuestra , y mostráros zeloso de imitarlas. ; Cómo ! si los Pintores pueden retratar las mas bellas facciones de los vivos , ; no seria una vergüenza , que los hijos no supiesen trazar con sus acciones el quadro de las virtudes de sus

[79]

padres ? Creed que no hay atleta que deba tener tanto cuidado en triunfar de su rival , como el que vos debeis emplear para igualaros en mérito á vuestro padre. Pensad tambien que para conseguirlo debeis atender á ocupar vuestro entendimiento con excelentes máximas : si el cuerpo se fortifica con los trabajos moderados , el espiritu se perfecciona tambien con las instrucciones sabias.

Voy á trazaros en pocas palabras los preceptos que me parezcan mas propios para haceros adelantar en las sendas de la virtud , y para que , observandolos, os atraigan la estimacion de todos los hombres.

Honrad á los inmortales, aun-  
mas con la fidelidad de vuestros  
juramentos, que con la multitud  
de víctimas: la una, solo prue-  
ba la comodidad y la riqueza;  
y la otra, testifica la inocencia y  
la virtud. Adorad siempre á la  
Divinidad, y principalmente en  
las fiestas públicas: así verán que  
honrais á los dioses, y que ob-  
servais las leyes.

## CIX.

Portaos con vuestros padres,  
como vos quisierais que vues-  
tros hijos se condujesen algun  
dia con vos mismo.

## CX.

Entre los ejercicios del cuer-

po, inclinaos menos á los que  
pueden aumentar vuestras fuer-  
zas, que á los que deben man-  
tener vuestra salud, y no espe-  
reis á hallaros fatigado para sus-  
penderlos (1).

---

(1) Licurgo no habria adopta-  
do esta máxima para los de Espar-  
ta. Isócrates, de un carácter dul-  
ce, hombre estudioso y de gabi-  
nete, enseñando la eloquencia, de la  
qual habia hecho un estudio par-  
ticular, no aconseja sino ejercicios  
moderados, propios á mantener la  
salud del cuerpo, sin ofender las  
operaciones intelectuales. La His-  
toria nos ha trasmitido exemplos  
de grandes personajes, que con un  
cuerpo, propio para sostener las  
mas duras fatigas, han tenido un  
entendimiento cultivado con el es-  
tudio, y adornado con los mas bel-  
los

## CXI.

No os permitais, ni risas imoderadas, ni discursos presuntuosos: las unas anuncian un defecto de sentido, y los otros descubren la locura.

## CXII.

Creed que jamás es decente el decir lo que sería vergonzoso hacer.

Los conocimientos, que han unido el talento de hablar al de executar, y han sabido servirse de la pluma, tan bien como de la espada.

## CXIII.

No mostreis un rostro duro y severo, contentaos con un porte grave y recogido: el primero designa el orgullo, y el segundo la prudencia.

## CXIV.

Persuadiros, á que lo que sienta bien á un jóven, es la modestia, el pudor, el amor de la templanza, y el de la justicia. Estas son las virtudes que deben formar el carácter de la juventud.

## CXV.

Si os sucede el cometer alguna accion vergonzosa, no os lisongeéis de que pueda quedar absolutamente ignorada; pues

[84]

quando pudierais ocultarla á los otros, no lo quedará de vos.

CXVI.

Temed á Dios: honrad á vuestros padres: amad á vuestros amigos, y obedeced las leyes.

CXVII.

No busqueis jamás placeres que no sean honestos. Los placeres son un bien quando se avienen con la honestidad; y son un mal, luego que se apartan de ella.

CXVIII.

Temed el dar ocasion á las imputaciones de la calumnia, aunque sean tan falsas como se quiere: la mayor parte de los hom-

[85]

bres, juzga por lo que oye decir.

CXIX.

Todo lo que haceis, hacerlo como si debiera saberlo el público: lo que hubiereis callado durante algun tiempo, se descubrirá despues.

CXX.

En no permitiendos lo que desaprobais en los otros, merecereis ser estimado.

CXXI.

Sed codicioso de saber, y seréis sabio.

CXXII.

Conservad con el ejercicio

F 3

[ 86 ]

los conocimientos que hayais adquirido ; y adquirid con el estudio los que os falten. No retenir una instruccion útil , y no guardar los presentes de los amigos , son dos cosas igualmente vergonzosas.

CXXIII.

Todo el tiempo que teneis desocupado , empleadle en escuchar á las gentes instruidas ; por este medio aprenderéis sin fatiga lo que ellas han aprendido con un largo trabajo.

CXXIV.

Un tesoro de bellas máximas es preferible á un conjunto grande de riquezas. Estas son pasajeras , y nos abandonan ; las

[ 87 ]

otras nos quedan. De todas nuestras posesiones , sola la sabiduria es inmortal.

CXXV.

No temais el hacer un viaje largo para encontrar hombres que enseñan ciencias útiles. Los Comerciantes , para aumentar sus bienes , arrostran atrevidamente las mares : ¿pues no seria en los jóvenes una cobardia la mas vergonzosa , el rehusar un viaje por tierra , para enriquecer su entendimiento?

CXXVI.

Sed fino en vuestras modales , y afable en vuestros discursos. La política pide que se salude al primero que se encuen-

F 4

[ 88 ]

tra ; la afabilidad quiere que se le hable con honestidad (1).

CXXVII.

No dexéis de ser político con todo el mundo ; pero no os familiariceis sino con las gentes virtuosas : éste es el medio de evitar la enemistad de los unos, y de conciliaros la amistad de los otros.

CXXVIII.

No habléis con mucha frecuencia á las mismas personas,

---

(1) Isócrates entra en menudencias que podrian parecer prolixas, si no se tuviera presente que escribe á un jóven.

[ 89 ]

ni de la misma cosa largo tiempo : todo nos cansa.

CXXIX.

Con trabajos voluntarios debeis prepararos para soportar la fatiga quando fuere necesario.

CXXX.

Trabajad en señorear todas las pasiones, á las cuales os seria vergonzoso el sujetaros, como la codicia, la cólera, el placer y el dolor. No os dexéis arrastrar del interés, si contais por ganancia lo que puede aumentar vuestra gloria, mas bien que vuestras riquezas : vos sabeis reprimir la cólera si os mostrais dispuesto con respecto á aquellos que cometen faltas, como quisierais que lo estuviesen con

[ 90 ]

respecto á vos , si vos mismo las hubierais cometido : no os dexaréis dominar del placer , si miráis como una vergüenza el obedecer al deleyte , vos que mandáis esclavos ; en fin , vos os endureceis contra los infortunios , echando una ojeada sobre las miserias agenas , y acordandoos de que sois hombre.

CXXXI.

Sed mas religioso todavía en mantener vuestra palabra , que en guardar un depósito : el que se pica de virtuoso , debe ser tan exácto en todos sus empeños , que su simple palabra sea mas segura , que el juramento de los otros.

[ 91 ]

CXXXII.

Si hay necesidad de desconfiar de los malos , la confianza es debida á las gentes de bien ; pero no confieis un secreto sino al que tenga tanto interés en guardarlo , como vos mismo.

CXXXIII.

Si se os requiere para que jureis , no consentais en ello , como no sea para sacar á algun amigo de embarazo , ó para purgaros de una acusacion difamante. Aun quando no debierais afirmar sino la verdad , desde que se trata de interés , no interpongais jamás el nombre de los dioses , por el temor de que os sospechen avaro ó perjuro.

## CXXXIV.

Antes de ligaros con alguno, sabed cómo éste se ha portado en sus primeras amistades; es de creer, que no se porte con vos, sino como se ha portado con los otros.

## CXXXV.

Sed tan difícil en formar empeños, como atento á no romperlos: tan vergonzoso es mudar amigos sin cesar, como no tenerlos.

## CXXXVI.

Probad á vuestros amigos, pero sin comprometeros: fingid necesidades que no tengais, y confiarles secretos, que nada os importe se revelen: si ellos cor-

responden á vuestra confianza, os aseguraréis mas de ellos; y si faltan á ella, no recibireis daño alguno (1).

## CXXXVII.

Vos conoceréis á vuestros amigos en el interés que tomen en vuestras desgracias, y en el zelo que manifiesten en vuestras miserias. En el crisól se prueba el oro, y en la adversidad, al amigo verdadero.

---

(1) Los medios que propone el orador para asegurarse de la fidelidad de un amigo, podrian parecer á algunas personas astucias y artificios poco dignos de un alma franca y generosa; y otros no hallarán en ellos sino prudencia.

[ 94 ]

CXXXVIII.

Uno de los primeros deberes de la amistad, es el de salir al encuentro á las peticiones de sus amigos, y el de ofrecerse uno mismo á socorrerlos en la ocasion.

CXXXIX.

Si en materia de ofensa es vergonzoso el ser vencido por sus enemigos (1), contad que no lo

---

(1) Los antiguos, en general, pensaban que no solo no habia nada malo en vengarse, sino que seria malo no vengarse, y que seria una señal de cobardia y debilidad, el ceder en injuria á un enemigo. La venganza era entre los Atenieses, lo que es el punto de honor en-

[ 95 ]

es menos el dexarse vencer de los amigos en beneficios.

CXL.

Reconoced por verdaderos amigos á los que se afligen por vuestras desgracias; pero mas aún, á aquellos que no se afligen por vuestras satisfacciones: muchos toman parte en las adversidades de sus amigos, y tienen envidia de sus prosperidades.

CXLI.

Hablad de vuestros amigos ausentes, delante de vuestros ami-

---

entre los Franceses; tan cierto es, que necesitamos un motivo mas que humano, para hacer que vengamos un sentimiento que nos es tan natural.

gos presentes , á fin de que estos conozcan , que no los olvidaréis estando ellos ausentes.

## CXLII.

Reyne en vuestros vestidos el aséo , mas no el luxo : éste no es propio sino de una vana ostentacion , y el otro de una decencia honesta.

## CXLIII.

Amad las riquezas , no para acumular tesoros , sino para usar bien de ellas. El que las encierra y no las disfruta , es tan digno de desprecio , como un hombre que compráse caballos de mucho valor , y no supiera montarlos.

## CXLIV.

Distinguid en vuestras riquezas lo necesario y lo superfluo: haced que os sirvan para las necesidades y los gustos de la vida , porque allá se van el poseér y el gozar (1).

(1) Aquí el autor no es fácil de entenderse ; yo no sé si he cogido bien su idea. Por lo demás, la máxima francesa , que creo ser la de Isócrates , es conforme á las ideas de muchas gentes del mundo ; pero no á los principios del cristianismo , que nos manda emplear lo superfluo , no en los gustos de la vida , sino en el socorro y alivio de los necesitados , y que de este empleo de nuestros bienes nos hace una regla y una obligacion indispensable.

No estimeis los crecidos bienes, sino por ponerlos en estado de soportar una gran pérdida, ó poder socorrer en una necesidad á un amigo honrado: fuera de esto no tengais sino un mediano apego á las riquezas.

## CXLVI.

Contentaos con vuestra situacion presente, pero sin dexar de hacer esfuerzos para mejorarla.

## CXLVII.

No eches en cara á nadie su mala fortuna: lo futuro es incierto, y la suerte es la que todo lo arregla acá abaxo.

No sirvais sino á las gentes virtuosas: vuestros beneficios, colocados así, son un tesoro. Servir á los malos, es mantener á un perro extraño, que no os ladrará menos que á los otros: los malos tienen tan poco miramiento con los que les sirven, como con los que les dañan.

## CXLIX.

El adulator y el embustero os deben ser igualmente odiosos; los dos son igualmente temibles á qualquiera que les presta su confianza. Si mirais como vuestros mejores amigos á los que os adulan en vuestros defectos, no hallaréis una persona que por

corregiros quiera incurrir en vuestro aborrecimiento.

## C L.

Evitad todo lo que puede anunciar orgullo, y recibid con política á quantos os rodean. La fiereza y el desden inquietan hasta á los mismos esclavos; la política y la afabilidad se concilian todos los corazones. La política prohíbe el manifestarse triste y repugnante, y chocar con los amigos, quando estos se arrebatan hasta sin motivo: ella quiere que se les ceda en la cólera, y que para hacerles advertencias, se espere á que ésta haya calmado: ella no está mas distante de afectar un tono serio delante de los que rien, que de gustar de reir delante de los que ha-

blan con seriedad; lo que se hace fuera de tiempo desagrada siempre. El hombre bien criado obliga tanto con sus modales, como con sus servicios, y teme imitar á aquella clase de amigos que choca, aun quando obliga: sobre todo, evita aquel tono de reconvencion y de reprimenda, que inquieta y agria los espíritus.

## C L I.

Huíd las ocasiones de beber; pero si la sociedad os empeña á ello, retiraos antes que el vino os sorprenda. Turbada una vez la cabeza con la embriaguez, es como aquellos carros, cuyos caballos, despues de haber arrojado al conductor, se abandonan á sí mismos, y se precipitan á

[ 102 ]

medida de la fuga que llevan.  
¡ De cuántos extravíos no es capaz el hombre , quando la razon no le conduce !

CLII.

Manifestad por la elevacion de vuestros pensamientos, que aspirais á la inmortalidad ; y por el moderado uso de las cosas , que os reconoceis mortal.

CLIII.

Vos sabreis quan preferible es la moderacion en los discursos á la aspereza , si pensais que puede sacarse alguna utilidad de los demas defectos , y que la groseria perjudica siempre. El que se ve ofendido de las palabras , suele vengarse con las obras.

[ 103 ]

CLIV.

¿ Queréis contraer amistad con alguno ? decid bien de él delante de gentes que puedan contarselo : nosotros nos sentimos dispuestos á ser amigos de aquel que dice bien de nosotros, y propensos al aborrecimiento hácia aquel que habla mal.

CLV.

Quando deliberéis , tomad exemplos en lo pasado para lo futuro : lo que es conocido yá , os hará juzgar de lo que no conocéis todavia.

CLVI.

Sed lento en resolver , y pronto en executar.

G 4

Creed que si los buenos sucesos vienen de los dioses, los buenos deseos vienen de nosotros (1).

Puede suceder que tengais que consultar á vuestros amigos en

(1) Esta máxima tiene relacion con lo que dice Horacio: *Det vitam, det opes; æquum mi animum ipse parabo*: que Júpiter me dé la vida y las riquezas: yo me daré á mí mismo la moderacion; pero la tal máxima no es conforme á las ideas cristianas, las cuales nos representan á Dios como autor de todo lo que hacemos, de todo lo que decimos, y de todo lo bueno que pensamos.

cosas sobre las cuales temais el abriros enteramente; en tal caso, hablad de ello báxo el nombre de un tercero, y como de un negocio que os es indiferente; por este medio sabreis cómo ellos piensan sin comprometeros.

Quando querrais tomar consejo de otro para vuestros negocios, exâminad desde luego cómo administró éste los suyos: qualquiera que ha arreglado mal sus propios negocios, apenas manejará mejor los de otro.

Nada os hará deliberar con mas madurez, que el reflexionar los inconvenientes de las resoluciones precipitadas: jamás se

cuida mejor la salud , que quando se meditan las conseqüencias desagradables de una enfermedad.

## CLXI.

Si vivís junto á los Reyes, tomad sus costumbres y sus usos (1). Viendoos tomar parte en sus gustos , creerán que los aprobais ; y éste es el medio mas simple de atraeros la consideracion del público , y el favor del Príncipe.

---

(1) "Tomad sus costumbres y sus usos" sin duda , con tal que estas costumbres no sean malas , y estos usos no sean criminales ; de otro modo , esta máxima no será jamás de una sana moral.

## CLXII.

Obedeced las leyes establecidas por los Monarcas ; pero mirad sobre todo su voluntad , como la ley suprema. Con el pueblo es menester un cierto tiento en una democracia ; pero en una Monarquía , solo el Soberano debe agradarse (1).

## CLXIII.

Quando esteis colocado , no empleéis á los hombres viciosos,

---

(1) Escribiendo Isócrates á un jóven educado , báxo un gobierno popular , y trasplantado á la Corte de un Monarca , le recomienda la mas perfecta sumision á la voluntad del Príncipe , báxo cuyas leyes vive.

[ 108 ]

pues debeis persuadiros á que os imputarán quanto malo hagan ellos.

CLXIV.

Salid de vuestros empleos mas estimado, que rico: los elogios del público son preferibles á las riquezas.

CLXV.

No protejais, ni defendais una accion mala, porque os crearán capaz de hacer lo que disculpais á otro.

CLXVI.

No os descuideis en elevaros en poder sobre los demas; pero mostraos justo en vuestra elevacion con todo el mundo: de este modo verán, que el dar á cada

[ 109 ]

uno lo que le es debido, no lo haceis por debilidad, sino por un espíritu de equidad.

CLXVII.

Preferid siempre una pobreza sin tacha, á las riquezas mal adquiridas: éstas no pueden sernos útiles sino durante la vida; en vez que la providad nos colma de la gloria, hasta despues de la muerte. Las unas no suelen ser sino el patrimonio de los malos, y la otra la porcion de las gentes de bien.

CLXVIII.

No envidies la fortuna del malo que prospera, sino mas bien, la suerte del hombre de bien, que no merecia sufrir. Este, aun quando de presente no tenga

[ 110 ]

ventaja alguna, tendrá siempre sobre el hombre injusto la dulce esperanza de un dichoso por venir.

CLXIX.

Contentaos con tener un cuidado razonable con vuestra persona, y cultivad cuidadosamente vuestro espíritu. Un buen entendimiento, es lo que hay mas grande en el hombre, reunido á lo que hay mas endeble.

CLXX.

Fortificad vuestro cuerpo con el trabajo; y vuestro entendimiento con el estudio: lo uno os servirá de instrumento para executar lo que habreis resuelto, y lo otro os ilustrará en las resoluciones que debais formar.

[ 111 ]

CLXXI.

Antes de hablar, pensad lo que vais á decir: la lengua en muchos, previene la reflexion.

CLXXII.

No habéis sino quando estéis perfectamente instruido, ó quando os halleis obligado á romper el silencio. Solo en este caso, vale mas el hablar, que el callar; fuera de esto, mas vale callar, que hablar.

CLXXIII.

Nada hay estable en este mundo. Tened siempre presente esta verdad, y no os dexareis, ni transportar de la alegría

[ 112 ]

en la prosperidad , ni abatir tampoco por el dolor , en la desgracia.

CLXXIV.

En los buenos ó malos sucesos , no os alegréis , ni os afligáis sin medida , y no expongáis jamás á la vista del público vuestro gozo ó vuestra tristeza. Es extraño , que mientras se tiene tanto cuidado en ocultar el dinero , se publiquen por todas partes con indiscrecion los sentimientos que se experimentan.

CLXXV.

Temed mas la infamia , que el peligro : solo el malo es quien debe temer la muerte ; el hombre de bien , solo debe temer la ignominia.

[ 113 ]

CLXXVI.

No os arrojéis al peligro sin necesidad ; pero si os es preciso correr las fortunas de la guerra , no temáis sino la vergüenza , y no busquéis vuestra prosperidad sino en vuestro valor. El morir es el destino comun de los hombres ; pero el morir con gloria , es el privilegio del hombre virtuoso.

CLXXVII.

Para inspiraros mas el gusto de las cosas honestas , pensad que no existen otros placeres verdaderos , que los que ellas procuran. En el estado de una floxa indolencia , y en una entera satisfaccion de los sentidos , la pena sigue de cerca al placer ; se em-

Tomo IV. H

[ 114 ]

pieza por lo uno, y se acaba por lo otro: en vez que los esfuerzos y los sacrificios, que piden la práctica de la virtud, y la atención á arreglar sabiamente la vida, son siempre recompensados con un deleyte sólido y puro: el placer viene despues de la pena. Ahora, en todas las cosas, la memoria de lo pasado es mucho mas viva que el sentimiento de lo presente; y ordinariamente quando nos inclinamos á una accion, es menos por la accion misma, que por lo que debe resultar de ella.

CLXXVIII.

Imaginad tambien que los hombres sin principios tienen el derecho de hacer todo lo que quieren: sobre este tono se han

[ 115 ]

anunciado en el mundo; pero los que se pican de ser regulares, no sabrian, sin merecer la desaprobacion del público, ser descuidados en la práctica de la virtud.

CLXXIX. (\*)

Mas importa á los Estados, que á los particulares, el huír de los vicios, y practicar las virtudes. El hombre impío y perverso puede morir antes de sufrir la pena de sus delitos; en vez que los Imperios, que en

---

(\*) Las máximas siguientes son extractadas de diversos discursos del mismo autor: ellas ofrecen cada una diferentes puntos de moral, que no tienen conexión alguna entre ellos.

H 2

[ 116 ]

algun modo son inmortales, dexan á los dioses y á los hombres el tiempo de castigarlos.

CLXXX.

Ordinariamente se está dispuesto á tratar con maña á los que están prontos á defenderse; en vez de que tanto mas se exige, quanta menos resistencia se encuentra en ellos.

CLXXXI.

Por estimable que sea el que es moderado por carácter, debe estimarse mas á aquel que lo es por reflexion y por principios. Todo hombre que solo es virtuoso por instinto, puede mudar por capricho; pero quando á una feliz propension se une la conviccion de que la virtud es

[ 117 ]

el mayor de los bienes, debe presumirse, que jamás se apartará de los sentimientos que ella inspira.

CLXXXII.

Nada hay en la naturaleza que sea bueno ó malo absolutamente; el mal ó el bien resulta del uso y de las circunstancias de las cosas. En la felicidad es preciso desear la paz, porque un estado de tranquilidad, es mas propio para asegurarnos el goce de los bienes que hemos adquirido; en la desgracia, es necesario pensar en la guerra, porque en medio de la turbulencia y del tumulto, y por el atrevimiento en las empresas, se podrá ver cambiarse la fortuna.

H 3

[ 118 ]

CLXXXIII.

No todos deben obrar del mismo modo en las mismas circunstancias; cada uno debe arreglarse á los principios que desde luego adoptó.

CLXXXIV.

La floxedad de un pueblo no se manifiesta menos en las deliberaciones relativas á emprender una guerra, que en el modo de hacerla. La fortuna tiene la mayor parte en los sucesos de los combates: las resoluciones de una república denuncian sus verdaderos sentimientos.

CLXXXV.

Lo que hace y mantiene floreciente á un Estado, ni es la

[ 119 ]

fuerza, ni la hermosura de las murallas, ni una grande multitud de hombres juntos en un mismo recinto, sino la excelencia y la sabiduría del gobierno. El gobierno es para una república, lo que la razon para un hombre: él es el alma de ella: él solo hace encontrar recursos en todos los negocios; aleja las desgracias, y fixa la felicidad. Ciudadanos, Ministros, leyes, todo se forma sobre él; y la dicha de los pueblos, depende de la bondad del régimen político.

CLXXXVI.

Las hazañas de nuestros antepasados pueden hacer honor á aquellos, de sus descendientes, que se esfuerzan á seguir sus huellas; pero ellas llenan de ver-

H 4

[ 120 ]

güenza á los que por su molicie y sus desórdenes deshonran tan noble origen.

CLXXXVII.

Todos los hombres aspiran á la dicha; pero no todos saben lo que puede conducirlos al término; y cada uno tiene su modo de ver. Hay quien vea como corresponde el fin que se propone, y que se pone en estado de llegar á él; y otros toman una ruta enteramente opuesta, y jamás le alcanzan.

LCXXXVIII.

El sabio no pierde el tiempo en deliberar acerca de lo que ya sabe; y obra con arreglo á sus propias luces. Luego que determina, lejos de creerse ilus-

[ 121 ]

trado sobre lo por venir, se persuade á que nada puede saberse sino por conjeturas, y á que la sola fortuna puede decidir del suceso.

CLXXXIX.

Si se ha encontrado una multitud de remedios para las enfermedades del cuerpo, solo hay uno eficaz para los vicios, que son las verdaderas enfermedades del alma; y éste es el sufrir que nos reprehendan valerosamente nuestras faltas. En efecto, ¿no sería una inconsekuensiencia bien extraña, el aguantar las operaciones mas dolorosas, como el hierro y el fuego, para precaver mayores males, y empezar por desechárlos consejos, antes de saber si son útiles?

[ 122 ]

CXC.

Las esperanzas deben fundarse, menos sobre las faltas de sus enemigos, que sobre el estado de sus negocios, y sobre la sabiduría de sus consejos. Los sucesos favorables debidos á la imprudencia de otro, son de corta duracion, y están sujetos á tristes mutaciones; en vez de que los que no se deben sino á sí mismo, tienen una base sólida, y son menos expuestos á una mudanza.

CXCI.

Nada hay tan dañoso como el poder sin límites, envidiado de todos los hombres: él perturba el sentido y la razon á los que se entregan á él; en una

[ 123 ]

palabra, puede compararse á las cortesanas, cuyos atractivos pierden á los que se abandonan á ellos.

CXCII.

Los beneficios que se reciben en la estrechéz, son los que menos se olvidan.

CXCIII.

La dureza del carácter es tan perjudicial á nosotros mismos, como á los que nos rodean: en lugar de que la dulzura se hace amar, no solamente en los hombres, en los animales, y en todos los seres, sino tambien en los dioses. Llamamos habitadores del olímpo á las divinidades bienhechoras; y damos

nombres mas tristes (1) á las que presiden á las calamidades y á los castigos. Los particulares y los pueblos elevan templos y altares á las unas, en

(1) Estos nombres corresponden á las palabras francesas, *dañosos*, *perniciosos*. Las divinidades que presidian á los castigos, eran las furias y otras. Aunque las furias tuviesen un altar en Atenas, en el Areópago, á fin de revocar el juicio que este Tribunal habia pronunciado contra ellas en favor de Orestes, ordinariamente no se les erigian altares á estas clases de divinidades, ni se les hacian sacrificios; se trataba solo de apaciguarlas con ceremonias que llamaban *apompai*, ceremonias que miraban á alejar el mal que ellas hubieran podido hacer.

tanto que se contentan con apaciguar á las otras con ceremonias lúgubres, sin honrarlas ni en las plegarias, ni en los sacrificios.

## CXCIV.

Si no tenemos todos sino un cuerpo mortal, los elogios prodigados á la virtud, y á la duracion de un hombre ilustre, nos hacen participar de la inmortalidad, cuyo deseo debe sostener é inflamar nuestro valor.

## CXC V.

En general se colma de alabanzas á aquellos que desean aumentar ansiosamente y sin cesar, el tesoro de gloria que poseen; mientras que aquellos hombres fuertemente adictos á los objetos que el vulgo admira, no

[ 126 ]

son mirados sino como almas vi-  
les é interesadas.

CXCVI.

La muerte en medio de las  
armas, no es siempre gloriosa : el  
morir en la guerra es bueno pa-  
ra los padres, los hijos y la pa-  
tria ; pero quando muriendo no  
se hace mas que ocasionar su  
ruina, ajar su gloria y aniqui-  
quilar el fruto de los sucesos  
pasados , la muerte entonces no  
es mas que una ignominia.

CXCVII.

La fuerza y la ligereza pe-  
recen con el hombre ; y las cien-  
cias y las artes le sobreviven , y  
subsisten siempre para provecho  
del género humano. Con res-  
pecto á estas reflexiones , deben

[ 127 ]

las gentes sensatas estimar sobre  
todo á los ciudadanos justos y  
sabios que los gobiernan , y des-  
pues de estos , á los compatrio-  
tas que los honran con sus ta-  
lentos. Los hombres distinguidos  
en todo género , hacen célebre  
á su patria , y por ellos solos  
se juzga de todo un pueblo.

CXCVIII.

Ordinariamente no se pon-  
deran , ni estiman tanto los hi-  
jos que hacen revivir padres es-  
timables , como , por exemplo,  
aquellos que , nacidos de padres  
duros y crueles , manifiestan in-  
clinaciones enteramente opuestas.  
Y en general , se está mas satis-  
fecho con un bien inesperado,  
que con una ventaja que se es-  
peraba con justicia.

Hacer el elogio de una virtud extraordinaria, no es menos difícil, que alabar un mérito mediano. Aquí faltan las acciones al orador; y allá, los discursos faltan á las acciones.

## CC.

Infinitamente vale mas el estar suficientemente instruído en las cosas esenciales, que conocer con perfeccion las inútiles; y tener alguna superioridad sobre los otros en los objetos interesantes, que brillar en las personas bagatelas.

## CCI.

Reprehender con deséo de ofender, es papel de un acusa-

dor: reprehender con el deséo de corregir, es el oficio de un amigo que desea ser útil; y es menester juzgar diferentemente del mismo discurso, pronunciado con diferentes intenciones.

## CCII.

El servicio de la patria era para los Atenienses (1), no un comercio en que tuviesen que ganar, sino un ministerio en donde pagaban sus personas. El primer cuidado, luego que en-

---

(1) Esto es lo que dice Isócrates de los Atenienses, en el mas hermoso tiempo de su administracion, del Tribunal del Areópago, en sus mas hermosos dias, y de la atencion que prestaban para formar la juventud.

[ 130 ]

traban en ejercicio, era el exáminar, no si sus predecesores habian descuidado algun provecho, sino si algun objeto esencial se habia escapado á su vigilancia.

Los ciudadanos necesitados, lejos de tener envidia á los ricos, eran tan zelosos de los intereses de las casas opulentas, como de los suyos propios, persuadidos á que la prosperidad de estas casas era para ellos un recurso siempre abierto. Los ciudadanos acaudalados, sin despreciar á la indigencia, miraban como vergonzoso para ellos, la pobreza de sus compatriotas, y los socorrian en sus necesidades.

Bien puede juzgarse lo que antiguamente era el Areópago, por lo que aun pasa en él en nuestros dias. Hoy mismo, to-

[ 131 ]

dos aquellos que llegan á ser sus miembros, no importa qual haya sido su conducta, y qual sea su carácter; apenas han entrado en él, quando avergonzandose de entregarse á sus malas inclinaciones, las sacrifican al espíritu del cuerpo. ¡ Tanto miedo supieron inspirar nuestros padres á los malos, é imprimir en el lugar de sus asambleas una memoria indeleble de su virtud y de su sabiduría!

Este Tribunal era el de las costumbres. Creer que habrá mejores ciudadanos donde haya mejores leyes, era un error, segun nuestros mayores; porque en esta suposicion, nada impediría á los Griegos el que todos fuesen virtuosos, pudiendo cada pueblo tomar de los otros

sus reglamentos. Pero no son estos reglamentos, sino una regularidad constante, la que hace crecer, y da fuerza á la virtud. La mayor parte de los hombres se conduce segun los principios, en los quales se ha criado. En quanto á la precision de las leyes, y á su multitud, ha de creerse que esto no anuncia otra cosa que la decadencia de un Estado: son otros tantos diques, que ha sido forzoso oponer á los crímenes, á medida que se iban multiplicando. Por esto los sabios ciudadanos, en vez de cubrir de leyes (1) los muros de sus Pórti-

(1) Las leyes en Atenas estaban grabadas en tablas de madera ó de metal, y suspendidas baxo los Pórticos de los principales edificios,

cos, se ocupaban en grabar en sus corazones los principios de justicia. No, no con decretos, sino con costumbres, se gobierna bien una república. Aquel que ha contraído el hábito del vicio, no temerá violar los mas bellos reglamentos; y aquel, por el contrario, que ha adquirido fuertes impresiones de virtud, se conformará gustoso á las ordenanzas útiles. Penetrados de estas verdades, nuestros mayores trataban menos de castigar los desórdenes, que de evitar todo motivo de castigo. Creían que éste era su oficio, y que el cuidado de los castigos, debía aban-

cios, para que todo el mundo pudiera leerlas.

donarse á los enemigos.

Su atencion se extendia á todos los miembros del Estado; pero principalmente á la juventud. Veian que esta edad, dominada por una accion inquieta, y tiranizada por un tropel de pasiones violentas, tiene sobre todo necesidad de que se inclinen sus disposiciones del lado de la virtud, y de que la ocupen en trabajos que le agraden; que para ser firme en los buenos principios, es preciso haber recibido una educacion honesta, y estar imbuído en máximas y sentimientos generosos. Como las facultades son diferentes, no es posible el prescribir á todos los mismos ejercicios: ellos se arreglaban sobre los bienes de cada uno. Á los que tenian una

mediana fortuna, los inclinaban hácia el lado de la agricultura y del comercio, convencidos, por una multitud de exemplos, de que la pereza hace nacer las necesidades, y que las necesidades engendran el crimen: cortando así el principio de los vicios, pensaban haber suprimido todas las faltas que producen. Á los mas ricos, los ocupaban en el ejercicio del caballo, en el de la caza, y en el de la filosofía, aplicandolos al estudio de las ciencias y de las letras; seguros de que por este medio se harian hombres distinguidos, ó á lo menos evitarian todos los desórdenes de su edad.

Despues de haberlos velado en la adolescencia, no los perdian de vista en ningun tiempo.

Dividiendo las campiñas en lugares, y el pueblo en tribus, ve-  
laban tambien sobre la conducta  
de cada particular. Aquellos, cu-  
ya vida no era regular, eran ci-  
tados ante el Areópago, el qual  
advertia á los unos, amenazaba  
á los otros, ó los castigaba se-  
gun lo merecian: ellos sabian que  
hay dos medios de arrastrar al  
crimen ó de exterminarlo; que  
en los pueblos en donde no se  
piensa, ni en precaverlo, ni en  
castigarlo, en donde los Tribuna-  
les pecan por demasiada indul-  
gencia, los mejores naturales se  
pervierten; pero que por todas  
partes en donde es tan difícil á  
los culpados el ocultarse, como  
el obtener gracia, si son descu-  
biertos, el vicio desaparece y las  
costumbres se purifican.

Hay hombres que han teni-  
do la desvergüenza de decir, que  
la injusticia, aunque generalmen-  
te aborrecida, era provechosa  
en la mayor parte de las cir-  
cunstancias; que la equidad  
por el contrario, bien que es-  
timada y respetada, era perju-  
dicial á nuestros intereses, y me-  
nos ventajosa para nosotros mis-  
mos, que para aquellos con quie-  
nes tenemos que vivir. Ellos se  
engañan, sin duda, y no ven  
que nada hay mas apropósito

(\*) Hay en la arenga sobre la  
paz, un lugar comun sobre la jus-  
ticia, que se ha creído deber ci-  
tar, sin omitir nada de él.

[ 138 ]

para hacernos obtener verdaderas ventajas , verdaderos adelantamientos , la verdadera gloria; en una palabra , la verdadera felicidad , que la práctica de todas las virtudes. En efecto , las qualidades del alma son las que nos aseguran la posesion de los bienes que podemos desear ; y así , el descuidarse en perfeccionar el alma , es descuidar , sin saberlo , el medio mas conveniente para hacerse mas ilustrado y mas feliz que los otros. Podrian , por otra parte , figurarse , que las personas mas fieles al respeto que debemos á los dioses , y á la justicia debida á los hombres , prontos á sufrirlo todo , y á hacerlo todo por no apartarse de ello , serán menos favorecidas que los perversos , y

[ 139 ]

no gozarán de privilegio alguno , ni cerca de los dioses , ni de los hombres? En quanto á mí , me hallo persuadido á que ellas solas pueden procurarse ventajas sólidas , y á que las satisfacciones de los malos son funestas siempre. Esos hombres injustos que pretenden usurpar las posesiones ajenas , y que miran esta usurpacion como un gran bien , semejantes á aquellos animales voraces , que se dexan coger con cebos groseros , se apoderan codiciosamente de su presa ; pero bien presto caen en el exceso del mal : en lugar de que las almas justas y religiosas , gozan en lo presente de un estado tranquilo y seguro , y pueden prometerse todavia una felicidad sólida y durable por el resto de sus dias.

[ 140 ]

Si hay exemplares en contrario, á lo menos son muy raros. Ahora, supuesto que no se nos ha concedido el leer en lo futuro, y ver con certidumbre lo que debe sucedernos de feliz, exige la prudencia el elegir lo que es mas comunmente útil. En fin, ¿no sería una contradiccion visible, el creer que la equidad es una disposicion del alma, mas agradable á los dioses que la injusticia, y el pensar que los hombres justos tendrán una vida mas miserable que los malos?

CCIV.

Un orador que se presta al gusto de los que le escuchan, consigue tanto mas facilmente el inducirlos al error, quanto el

[ 141 ]

placer que nace de sus discursos, es como un velo que les oculta la verdad.

Nosotros no tenemos nada que temer en esta línea del que se pica de ser franco: como no trata de seducirnos, solo ilustrándonos acerca de nuestros verdaderos intereses, nos hará mudar de parecer.

CCV.

Nadie puede, ni juzgar de lo pasado, ni deliberar sobre lo futuro, sin comparar diversos pareceres, y sin haberlos oído todos sin especie alguna de prevención.

CCVI.

La moderacion es costosa y dura á la mayor parte de los

[ 142 ]

hombres ; porque estos gustan tanto de llenarse de vanas esperanzas , y son tan codiciosos de toda ganancia , aun injusta , que los mas ricos , no contentos jamás con su fortuna , y deseosos siempre de lo que no tienen , se exponen á perder lo que poseen.

CCVII.

La mayor parte de los hombres , es mas enemiga de aquel que la reprehende sus faltas , que de aquel que se las hace cometer.

CCVIII.

Mas favorablemente se escucha un discurso pronunciado , que otro escrito : el uno se mira como inspirado por la nece-

[ 143 ]

sidad y los negocios , y el otro dictado por el interés ó por el orgullo.

CCIX.

Qualquiera que tiene sentimientos elevados , debe elegir los mas grandes modelos , y esforzarse para seguirlos.

CCX.

Mirad como sabios , no á aquellos que disputan con sutileza objetos frívolos , sino á aquellos que tratan con elocuencia materias importantes ; no á aquellos , cuya alma poco constante fluctua al gusto de las vicisitudes humanas , sino á aquellos que saben soportar igualmente la buena y la mala fortuna.

[ 144 ]

CCXI.

La eloqüencia sabe quitar la máscara al vicio, y preconizar la virtud. El ignorante se instruye con ella, y el sabio se hace conocer. Nosotros encontramos en el arte de hablar, la señal menos equívoca del talento de pensar. Un discurso sólido, justo y razonable, es la imagen de un alma recta y sincera. Con la palabra conducimos los hombres á la verdad que se oculta, y á la verdad que se contesta.

CCXII.

El que reprehende y el que acusa, emplean necesariamente con poca diferencia el mismo lenguaje; pero siendo su intencion diferente, no debe juzgarse del

[ 145 ]

mismo modo de los dos, aunque digan las mismas cosas. Á los que por malignidad reprehenden, debe aborrecerseles, como hombres mal intencionados; y á los que reprehenden con justo motivo, debe agradecerseles, y mirarlos como amigos fieles.

CCXIII.

No se debe envidiar la suerte de aquellos hombres soberbios, que se erigen en tiranos de su patria, ni la de aquellos ambiciosos, que se abrogan un poder enorme; sino mas bien la de aquellos espíritus moderados, que muy dignos de honores supremos, se contentan con los que el pueblo les concede.

Tomo IV.

K

Ciegos quasi todos los hombres en sus elecciones, desean con mas ardor lo que les es perjudicial, que lo que puede aprovecharles, y trabajan para sus enemigos, mucho mas que para ellos mismos.

## CCXV. (\*)

Deben seguramente mirarse como los autores de nuestras mas brillantes prosperidades, y como

(\*) El elogio de los grandes hombres que gobernaron la república de Atenas antes de las guerras contra los Persas, no debe omitirse en este lugar; y con él se concluirá el extracto de la moral de Isócrates.

dignos de los mayores elogios, aquellos Atenienses generosos que expusieron su vida por la felicidad de la nacion: mas no sería justo olvidar los hombres célebres, que antes de aquellas guerras gobernaron nuestra república. Estos fueron los que formaron el pueblo de Atenas, y los que llenándole de valor, prepararon á los bárbaros, temibles adversarios.

Lejos de descuidar los negocios públicos, lejos de servirse de los tesoros nacionales como de sus bienes propios, y de abandonar el cuidado de ellos como cosas extrañas, los administraban con la misma atención que su patrimonio, y los respetaban, como debe respetarse el bien ajeno. Ellos no colocaban la felicidad

en la opulencia; y les parecia que gozaba las mas sólidas y mas brillantes riquezas aquel que practicaba las acciones mas honrosas, y dexaba mayor gloria á sus hijos. No se les veia combatirse entre ellos con audacia, ni abusar de sus fuerzas, y volverlas contra sus compatriotas; sino, temiendo las reconvençiones de sus conciudadanos, aun mas que una muerte gloriosa en medio de sus enemigos, se avergonzaban de las faltas comunes, mas que ahora nos avergonzamos de las faltas personales. Lo que los fortificaba en estas felices disposiciones, eran sus leyes llenas de sabiduría, las cuales miraban menos el arreglar las discusiones, que el mantener puras las costumbres. Sabian que

para los hombres virtuosos no hay necesidad de multitud de ordenanzas; y que un corto número de reglamentos, basta para hacerles obrar de concierto en los negocios públicos ó particulares. Ocupados unicamente en el bien general, se dividian y separaban para disputarse mutuamente, no la ventaja de destruir á sus rivales para dominar solos, sino la gloria de adelantarlos en servicios hechos á la patria; se acercaban y unian, no para aumentar su crédito ó su fortuna, sino para multiplicar el poder del Estado. El mismo espíritu animaba su conducta con respecto á los otros Griegos: no los ultrajaban: querian mandar, y no tiranizar: querian conciliarse el amor y la confianza de los pue-

blos : ser llamados Xefes , antes que Señores : libertadores , mas bien que opresores ; y ganar los pueblos con beneficios , antes que reducirlos con la violencia. Sus simples palabras eran mas seguras que nuestros juramentos , y los convenios escritos , eran para ellos decretos del destino. Menos zelosos de hacer conocer su poder , que de manifestarse dispuestos en favor de los mas débiles , deseaban que los mas poderosos lo estuviesen tambien con respecto á ellos. En fin , cada república no era á los ojos de cada uno , sino un pueblo particular : la Grecia era una patria comun.

Aquellos hombres que se muestran baxo un exterior que impone , que con el adorno de su ciencia , ó con la afectacion de sus virtudes , pretenden hacerse estimar mas que valen , no son ordinariamente sino impostores perjudiciales. Los sabios , por lo contrario , que han establecido y arreglado el culto de la divinidad , aun quando hubiesen exagerado las penas reservadas al crimen , y las recompensas destinadas á la virtud , son los verdaderos bienhechores del género humano : sí , á estos respetables mortales , que han sido los primeros que nos han inspirado el temor de los dioses , es á

[152]  
quienes debemos la ventaja de  
no haber vivido como los bru-  
tos.

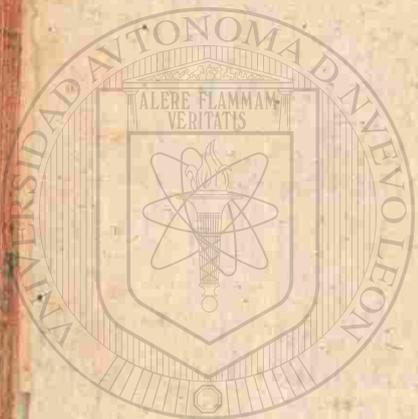
FIN DEL TOMO CUARTO.



UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA

SEPTIMO  
MAYO  
1960



B561

.M4

A7

FHRC

156988

AUTOR



UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

®

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

